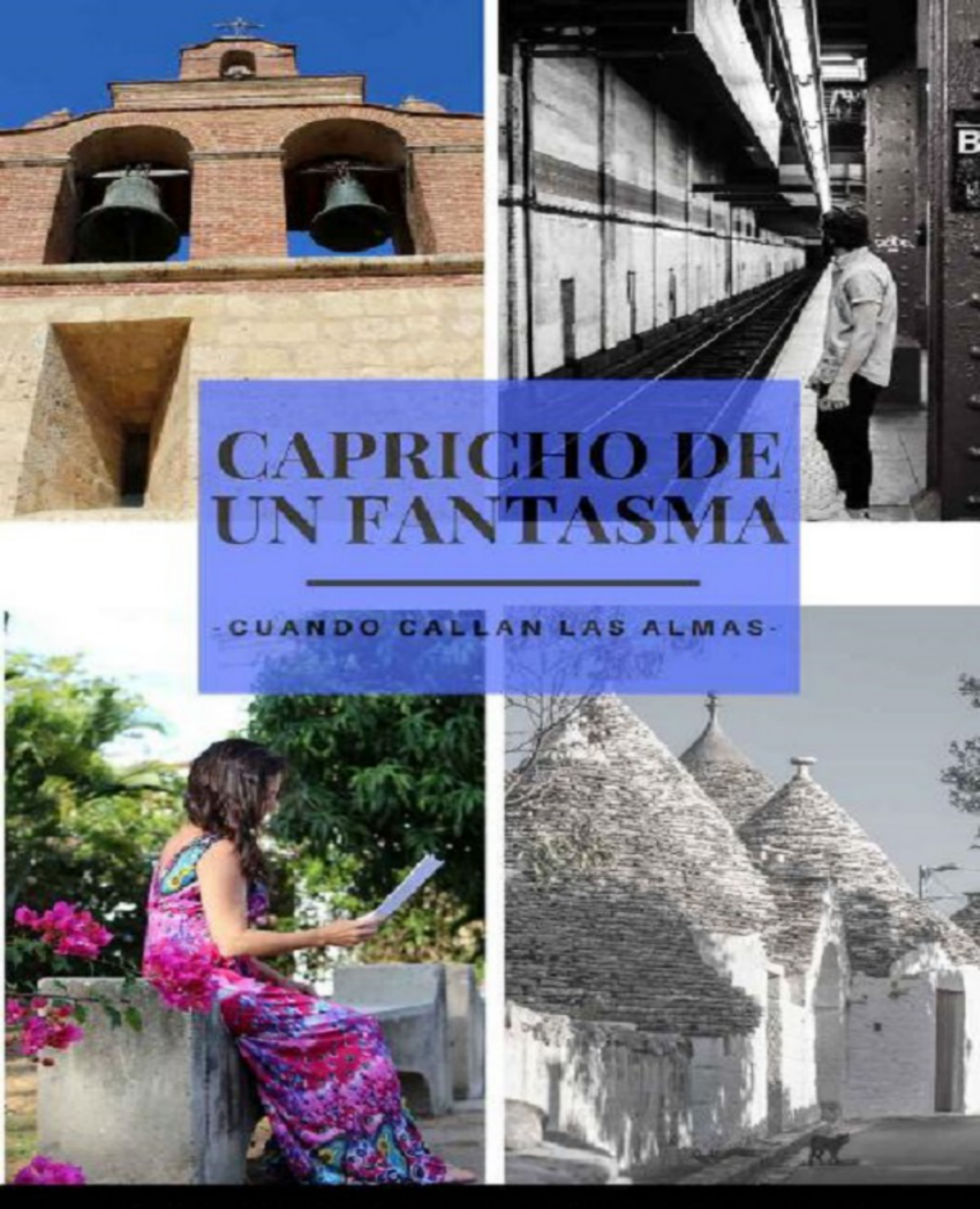

CAPRICHO DE UN FANTASMA
-CUANDO CALLAN LAS ALMAS-
UNA HISTORIA DE ARLENE SABARIS

Capricho de un fantasma

Primera Parte

Cuando Callan las Almas

Por Arlene Sabaris

Prólogo

"Capricho de un Fantasma" relata una historia de amor que atraviesa los obstáculos del miedo, el abandono, la muerte, el desamor y el tiempo. Nos lleva en un viaje de autodescubrimiento no solo por el mundo físico, sino también a través del mundo complejo que se encuentra dentro de cada alma solitaria. "Cuando Callan las Almas", la primera parte de la novela, introduce a los personajes en el marco de una celebración del amor que reúne a un grupo de amigos separados por los años, la distancia y el temor. Este encuentro, despertará los recuerdos de Andrés y Virginia, nuestros protagonistas, llevándolos en un recorrido apasionante por sus propias memorias y sumergiendo al lector en su mundo de silencio infinito.

Gran parte de la historia se desarrolla en un paraíso tropical de la República Dominicana en el verano del año dos mil diecisiete; Sin embargo, los recuerdos de los amantes viajarán una y otra vez a distintos lugares en el tiempo y espacio, invitándonos a descubrir una historia de amor donde sobran protagonistas...

Andrés y Virginia desesperadamente buscarán el coraje para decir lo que callan sus almas en un camino pleno de romance y suspenso que te hará recordar tu propia historia de ese amor que nunca fue y evocará la ilusión de aquellas historias que todavía no te atreves a escribir.

Capítulo 1

El antiguo reloj de pared marcaba las siete de la noche. Aquella inmensa casa parecía susurrar por los pasillos su propia historia. Mientras tanto, Virginia tomaba su tercera taza de té de menta e intentaba redactar por última vez el informe que debía enviar antes de la medianoche. No era una tarea sencilla pensar en el trabajo sabiendo que a sólo unos pasos estaba él…

La habitación pintada totalmente de blanco le transmitía paz; la vista desde su balcón a la piscina de la hermosa villa campestre invitaba a un chapuzón y sus dedos inquietos sobre el teclado le sugerían que le enviara un mensaje de texto a su vecino del cuarto de al lado. Escogió la paz…

Siguió intentando despejar sus pensamientos, meditó unos minutos y volvió al teclado. Finalmente, cerca de las ocho de la noche, logró enviar el correo electrónico que esperaban en su oficina y pudo cerrar con entusiasmo la computadora. Le dio el último sorbo a su cuarta taza de té y el sabor familiar de la menta le recordó aquellos tiempos felices de mojitos y margaritas, cuando las risas a escondidas con sus amigas eran la orden del día y las historias graciosas sobre estrellas que se van al infinito alumbraban las madrugadas, mientras caminaban en la Zona Colonial de una fiesta a otra. Ella nunca fue una chica de fiestas, pero sí una apasionada de la música, disfrutaba cada canción e incluso de cada pausa, los cláxones de conductores impacientes y hasta la melodía que parecía provenir de la brisa acariciando los muros de piedra colonial que encerraban terribles fantasmas… sus propios fantasmas.

El sonido de unos pasos agitados interrumpió sus pensamientos y se quedó atenta esperando a que alguien llamara a la puerta de su habitación, pero no pasó nada. Se recostó una vez más en la inmensa cama con sábanas blancas y olor a flores frescas. Sintió que alguien pasaba cerca de su puerta y pensó que quizá había sido una empleada de la casa. Regresó a soñar despierta con su recién abandonada juventud… apenas pasaron unos instantes cuando el sonido de los pasos la hizo incorporarse. Esta vez puso más atención y su corazón dio un salto cuando escuchó que tocaban la puerta y la llamaban por su nombre.

— ¿Virginia? Soy yo, Andrés… ¿Puedo pasar?

—Sí… pasa…

—Voy a salir a cenar, ¿quieres ir?
—Sí, sí, ¡me muero de hambre! Salgo en un momento.

El mundo siguió girando, a pesar de que se había parado por un instante o, mejor dicho, por dos… primero para Andrés, que había tenido que armarse de valor para tocar la puerta después de su primer intento fallido. Luego se detuvo para Virginia, que dejó de respirar cuando escuchó la voz de Andrés atravesar la puerta. Imposible saber quién intentaba parecer más indiferente o quién estaba más enamorado; su historia era indescifrable a sus propios ojos y a ojos de cualquier espectador. La casa de playa donde estaban hospedados era el escenario ideal para definir hacia donde iría su relación, quizá había llegado el momento de que descubrieran qué pasaba entre ellos y por qué, aunque se conocían desde hacía mucho, habían sido incapaces de mirarse a los ojos el tiempo suficiente para descubrir sus verdaderas intenciones.

Tendrían dos días y dos noches completas solos en esa casa, pues el resto de los invitados no llegaría hasta el fin de semana, así que esa noche del miércoles sería la primera vez que se sentarían a cenar sin que hubiera nadie en medio… porque juntos habían salido muchas veces, pero, ¿solos? ¡Solos jamás! Quizá eso les ayudaría a desenmarañar su historia; nunca habían estado solos, algo superior a ellos dos lo había estado impidiendo todos estos años… ¡Quizá ese algo no había venido a la playa! ¡Quizá por fin podrían mirarse a los ojos!

Capítulo 2

Sus ojos café brillaban irresistibles esa noche, pensó ella, a pesar de que apenas y levantó la vista. Se incorporó y decidió cambiarse los pantalones cortos y la camiseta que llevaba por un vestido de playa con flores lilas y azules que llegaba al tobillo, el vaivén de su ancha falda imitaba el movimiento de las olas. También se puso unas sandalias azules adecuadas para caminar en la arena y un bolso diminuto donde apenas cabía su teléfono celular. El cabello, ahora largo a media espalda, un poco distinto a como lo llevaba cuando se conocieron, estaba recogido en el inicio de su cuello con sencillez; no quería parecer muy arreglada. Salió del cuarto y caminó por el pasillo escudriñando los cuadros en las paredes y procurando no hacer ruido. Sabía que ellos eran los únicos en la casa, pero la costumbre de salir de casa a hurtadillas de su hija pudo más y se dirigió con sigilo a la sala. Allí lo encontró sentado con la impaciencia típica de los hombres cuando tienen hambre, moviendo la rodilla derecha descontroladamente y mirando el reloj de pulsera que apenas marcaba diez minutos desde la última vez que se vieron.

—Podemos irnos… ¡Estoy lista! ¿Dónde quieres cenar?”

— ¡Por fin! — La molestó él, como siempre hacía— Lo que quieras, podemos ir al restaurante que está en La Marina.

—De acuerdo.

La villa donde estaban hospedados pertenecía al lujoso y popular complejo vacacional Villas Paraíso, que se erguía presuntuoso en la línea de playa de Las Galeras en la península de Samaná. Múltiples celebridades tenían propiedades allí, por lo que encontrarse a algún actor en la playa era cosa de todos los días. También las familias de alto abolengo disfrutaban los fines de semana en sus villas privadas, respirando aire fresco mientras las aguas del cristalino océano Atlántico se mecían a sus pies y el sol en eterno verano del Caribe Tropical bronceaba sus espaldas. En Villas Paraíso al traspasar la entrada principal viajabas a una dimensión paralela donde no había cuentas que saldar; solo estaban el mar, la música, las piñas dulces, las copas de vino y tú. Un verdadero paraíso tropical donde no pasaba nada pero a la vez podía pasar cualquier cosa; el cielo era literalmente el límite.

Andrés y Virginia salieron sin prisa, subieron al carrito de golf en el que podían trasladarse dentro del complejo y se dirigieron al

restaurante. Él conducía y ella pretendía mirar el paisaje. Hablaron del clima, como era de esperarse, y finalmente, para hacer más ameno el camino, ella le preguntó qué le parecía el novio… Cierto, estaban allí por una boda, la de una amiga en común. Iveth se había casado y divorciado muy joven y ahora había encontrado el amor en Gastón, un joven fotógrafo muchos años menor que ella, a quien había conocido en sus clases de Yoga. Era un chico apuesto y caballeroso que había nacido y vivido en Grenoble, Francia, hasta el traslado de su padre a la República Dominicana en una misión diplomática el año anterior. Se había instalado con su familia, compuesta solamente por Gastón y su madre, Elise. Recién graduado en Periodismo por la prestigiosa universidad de su ciudad natal, había hecho también estudios especializados en fotografía, por lo que encontró quehacer rápidamente y abrió un estudio fotográfico especializado en exteriores. Hablaba, además del francés, un español fluido, un portugués respetable y un inglés vergonzoso. Todo un galán. Como hubiese dicho la tía Esther, si ella tuviera 20 años menos… En fin, Iveth y Gastón llevaban juntos unos seis meses cuando decidieron casarse y allí estaban todos unos meses después, esperando a los invitados internacionales, a los familiares y amigos cercanos de la pareja. Un grupo de amigos de la novia decidió rentar una villa y la organizadora de la boda, una chica simpática llamada Lourdes, se encargaría de gestionarla. Cuando Andrés recibió su llamada para que confirmara si iba acompañado y si podía compartir habitación, él le dijo que iría solo y que no necesitaba alojamiento, pues usaría la villa de sus padres. De inmediato, ella le preguntó si podía cederle lugar allí para guardar algunas cosas en los días previos a la celebración y si había espacio para acoger a algunos invitados de emergencia, a lo que él respondió que estaría allí desde el lunes para gestionar algunos temas de mantenimiento, por lo que estaba a la orden si necesitaba algo.

Esta boda tenía un itinerario largo, pues primero habría un ensayo el jueves, luego una cena de compromiso el viernes y, finalmente, la celebración sería el sábado. Algunos invitados llegarían desde el miércoles para el ensayo, por eso Virginia estaba allí, era una de las damas de honor y debía traer desde la ciudad todo el ajuar de la novia y otros encargos. Lourdes no tenía villas contratadas hasta el jueves, así que cuando ella llegó, debió alojarse en la villa de Andrés.

Cuando sus miradas se cruzaron en la puerta, se dieron el susto de sus vidas. Ninguno de los dos estaba esperando encontrarse con

el otro, él no sabía quién era la visita que iba a alojar y ella no sabía que iba a alojarse con él… Ambos querían la cabeza de Lourdes en aquel momento. Casi dos años sin verse cara a cara y encontrarse así de repente, sin tiempo para pensar un saludo adecuado. Se verían en la boda, eso estaba claro, ambos lo sabían, pero había tiempo y alcohol suficientes para preparar el momento. Ahora, frente a frente, en el recibidor de la villa diecisiete, las palabras no les salían, el tiempo se hizo infinito y una fina llovizna de verano comenzó a caer ese veintiuno de junio a las dos de la tarde. Este día de solsticio sería muy largo…

Capítulo 3

Llueve a cántaros en la carretera de camino a Samaná, pasa del mediodía y Virginia solo piensa en llegar a la villa, entregar los paquetes que le encargaron llevar a la organizadora y sentarse a escribir el informe que esperan en su oficina. Su empresa de asesoría inmobiliaria está asociada a una multinacional a la que debe rendir informes cada mes y, a pesar de que el de junio no se vence hasta el viernes veintitrés, debido a los días feriados de *La Fête nationale du Quebec*, su casa matriz solamente recibiría informes hasta el miércoles veintiuno. Las horas en carretera la habían aburrido inmensamente. Se había pasado las tres horas del camino desde la capital ensayando una conversación imaginaria con Andrés, en la que él respondía justo las líneas que ella había redactado en su cabeza para él; enfrentaban sus fantasmas del pasado y quedaban como amigos por y para siempre. Sin silencios incómodos, sin confesiones inconclusas y, sobretodo, sin ilusiones. Sería inevitable verlo en la boda o inclusive antes, así que debía estar lista.

Lourdes esperaba las decoraciones con ansias y la había llamado un par de veces para comentarle que tenía el alojamiento listo, que ya estaba esperándola en la Villa 17 para recoger todo y que ella no tuviera que moverse innecesariamente. Aparcó al lado de un jeep negro en el estacionamiento de la casa; en la entrada, en un auto dorado, estaba recostada una chica agitada y ansiosa que esperaba hablando por teléfono con algún suplidor. Se emocionó al ver entrar a Virginia y la abordó enseguida a la vez que instruía a un pobre chico que la acompañaba a que sacara todo del auto, pues los estaban esperando en alguna parte.

—Aquí estarás alojada, Virginia, al menos hasta el sábado, que ya debes trasladarte a la villa de la novia. ¡Gracias por venir antes, has salvado mi vida! —exclamó Lourdes, emocionada.

— ¿Entonces estaré sola acá hasta el viernes? ¿Hay empleados durmiendo aquí? —preguntó Virginia mientras se adentraban en los jardines de la casa para alcanzar el timbre.

— ¡Oh, no! ¡No estarás completamente sola, quiero decir! No te preocupes, los empleados no duermen en la casa, pero el dueño sí, seguro que se conocen; está invitado a la boda —dijo Lourdes entusiasta mientras tocaba la puerta.

— ¡Ya va! —gritó Andrés desde dentro mientras abría la puerta.

— ¡Aquí dejo a la huésped! Gracias de nuevo por tu hospitalidad. Debo irme, así que los veo luego a ambos. ¡Ciao! —se despidió presurosa Lourdes alejándose hacia el auto.

Mientras tanto, Virginia, con los nervios de punta, parada frente a él, con la computadora colgada de un hombro, la maleta a su lado en el suelo y las manos llenas de vestidos cuidadosamente guardados en sus protectores, apenas y lo saludó con un:

—Hola, ¡no sabía que esta era tu casa!

—Yo tampoco sabía que eras mi huésped… ¿Necesitas ayuda? —dijo él tomando la maleta y señalando la computadora.

Ella no contestó y se limitó a seguirlo. Se veía igual que antes… ¿O más guapo? Ese último matrimonio definitivamente le había hecho bien, lástima que terminara apenas dos años después. Definitivamente no le había afectado, no se veía triste para ser alguien que recién se había divorciado cinco o seis meses antes. ¡Cuántas cosas pasaron por su cabeza mientras caminaban hacia la habitación! «Estoy muy callada», pensó, y decidió hacer un comentario sobre el clima. Él parecía muy confundido de que ella estuviera allí, así que tal vez también estaba nervioso, ¿o quizá no? Virginia nunca había sido buena para saber lo que él pensaba… Si tan solo lo hubiera sido…

Afuera, la fina llovizna había dado paso a un sol radiante que se reflejaba en la piscina. Toda la sala parecía una extensión del jardín trasero, pues las inmensas paredes de cristal que separaban la casa del patio no tenían cortinas. La luz inundaba la casa y los verdes paisajes del jardín trasero integraban la naturaleza con el vanguardismo, mientras el olor a vainilla desatado en el ambiente le recordó a Virginia que necesitaba un café.

Recorrieron juntos el pasillo. La casa tenía dos habitaciones en el primer piso y dos más en el segundo. Una mezzanina con vista a la piscina alojaba una terraza adornada con jardines verticales, una romántica y diminuta pérgola de madera, hamacas gemelas y la imperdible vista de la bahía. Él la condujo a una habitación del primer piso mientras le indicaba que él estaba en la de al lado, ya que arriba estaban reparando los baños y no terminarían hasta el día siguiente. Su cuarto con amplias ventanas también olía a vainilla y volvió a pensar en el café, esta vez fue más atrevida y se lo pidió sin titubeos a su anfitrión, que inmediatamente la llevó a la cocina y aprovechó para mostrarle el resto de la casa.

Café en mano, subieron a la mezzanina, a la cual se accedía desde la sala y, tras ver las hamacas, pensó que ese era su lugar favorito en la casa, hasta que recordó que aún debía enviar aquel

informe… Sus pensamientos de plácido descanso se esfumaron en un santiamén. Le agradeció el café y le dijo que debía trabajar. Bajaron las escaleras en silencio y al llegar al salón, Andrés se sentó en el sofá y tomó el control del televisor.

— ¿Quieres que te avise para salir a cenar? Marilú se marcha a las seis de la tarde —dijo Andrés, refiriéndose a la chica encargada de la cocina.

—Sí, claro. Espero terminar este informe pronto —respondió Virginia mirando su reloj, que ya marcaba las tres de la tarde.

Se marchó al cuarto, café en mano. Al entrar, buscó su computadora y un lugar para colocarla. Divisó un escritorio blanco donde reposaban una máquina de café eléctrica que no había visto antes, además de café y tés variados listos para preparar y dos tazas de fina porcelana a juego con el papel tapiz primaveral de la habitación. Definitivamente este lugar había sido decorado por y para una mujer. Terminó de beber su café, encendió la computadora, comenzó a escribir y se sirvió su primera taza de té de menta.

Capítulo 4

Una leve sonrisa se dibujó en su rostro cuando escuchó la noticia de la boda. Siempre había apreciado a Iveth y sabía cuánto había sufrido en su primer matrimonio; su amistad había durado ya muchos años. Se habían conocido en la agencia de viajes donde primero habían sido compañeros y de la que ella ahora era gerente general. Fue en esa agencia de viajes donde él había visto a Virginia por primera vez hacía poco más de diez años. La recordaba con el cabello negro y corto bordeando sus hombros, un traje sastre gris y su voz melodiosa preguntando si podía por favor decirle dónde estaba la oficina de Iveth Castillo. Ese día él se ofreció a conducirla con la amabilidad típica de un caballero educado en Quebec y la acompañó hasta que, una vez con Iveth, ella los presentó. Algo pasó ese día, pues el resto de la tarde no pudo evitar pensar en ella un par de veces, aún no sabía por qué. Ahora, tantos años después, seguía pasando lo mismo…

Esa tarde de junio, mientras veía una película de James Bond para equilibrar las cursilerías inevitables de los días por venir y tomaba una copa de coñac sentado en la sala de la villa, el sonido de las ametralladoras fue interrumpido por el de un auto acercándose a la propiedad. La vio a través de la ventana de la sala bajar del automóvil gris platinado y empezar a descargar infinidad de vestidos, una maleta y quién sabe cuántos ajuares más. Lourdes le avisó de su huésped anticipada unos días antes, pero se refirió a ella como «Betina», y él pensó que sería una amiga del novio. Su cabello ahora largo recorría su espalda, los pantalones cortos de mezclilla dejaban ver sus piernas bien formadas y, a pesar de que ensayó más de una forma de saludar mientras esperaba detrás de la puerta a que tocaran el timbre, no consiguió disipar su sorpresa cuando finalmente salió a su encuentro.

Trató de hablar pausadamente para no evidenciar sus nervios, pero no pudo disimular su sorpresa, que era tan genuina como su inquietud. Levantó su maleta y la llevó directamente a su habitación, pensó que quizá debía invitarle un trago y justo entonces ella le pidió un café. Su padre estaría avergonzado de él, ¡ella había tenido que pedirle algo de beber! Tantos años ejerciendo la diplomacia en Quebec no habían servido para nada. Andrés era hijo de un funcionario del servicio exterior asignado por muchos años a Canadá y una dama de alta sociedad dominicana, había

estudiado Negocios Internacionales y hablaba con fluidez el inglés y el francés. Llegó a Quebec siendo un niño, pero guardaba recuerdos agradables de las estancias de verano con su abuela materna en Santiago de los Caballeros, la segunda ciudad más importante de su país natal. Ya retirado su padre, la familia regresó al país y él hizo lo mismo al terminar sus estudios en Quebec; sus dos hermanas menores, Anne y Sophie, sin embargo, habían nacido en Canadá y habían hecho allí su vida, solo regresaban en épocas festivas; su hermano mayor, Dante, era violinista profesional y viajaba con la filarmónica de Quebec todo el año. Todos los hijos de aquella pareja, don David y doña Sonia, habían sido educados en el más fino de los protocolos, conocían cada palabra apropiada para cualquier situación inapropiada y definitivamente todos sabían las reglas de etiqueta para recibir una visita: ¡él las había quebrantado todas!

Regla n.º 1: No hacer esperar a la gente en la puerta si ya sabemos que están allí. Espiar qué trae puesto y con quién viene no es correcto. (¡Quebrantada!)

Regla n.º 2: No se detenga a charlar en la puerta, hágales pasar y cierre la puerta. (¡Quebrantada! ¡Por poco tiempo, por suerte!)

Regla n.º 3: Preguntar si la persona desea tomar algo. (¡Quebrantada!)

Regla n.º 4: Mostrar la casa si la visita es de confianza. (¡Quebrantada!)

Había reaccionado tarde, pero al menos todavía podría mostrarle la casa y eso hizo una vez le brindó café. « ¡Estoy embriagado!», pensó… ¿cómo podía haber olvidado cosas tan elementales? Pero apenas había tomado el primer sorbo de su coñac cuando escuchó el auto llegar.

Comenzó a enmendar su error mostrándole el primer piso, siguió con el segundo y se detuvieron en el entrepiso, su lugar favorito de la casa, aquel que doña Sonia había diseñado con ilusión evocando el jardín de lo que había sido su casa por casi veinte años en Quebec. Pensó dejar los jardines exteriores como última parada del tour, considerando que la piscina climatizada era un atractivo que merecía las fanfarrias finales, pero ella interrumpió bruscamente su elaborado mapa mental cuando prefirió irse a su cuarto. Mientras bajaban las escaleras pensó en fingir indiferencia, pero una vez en la sala le comentó algo sobre salir a cenar, ella asintió y así quedaron en verse más tarde.

Pulsó el botón de reanudar en su película de James Bond y unos minutos después pensó en la época en la que él también había

tenido que hacer informes, se apiadó de ella y la perdonó de inmediato.

Su primer trabajo en la capital dominicana fue en aquella agencia de viajes, como encargado de los programas educativos internacionales. Pronto se hizo popular entre las chicas por su incomparable gentileza y caballerosidad, tan distinta a la actitud de los demás jóvenes. Su inteligencia era evidente y sus temas de conversación, infinitos, pero sin duda su mejor atributo era su amabilidad. Allí hacía los informes, no solo de su gestión, sino que ayudaba con los suyos a los compañeros que no manejaban otros idiomas con fluidez.

Ahora corregía informes. Era profesor titular en el Instituto de Formación Diplomática y Consular. También tenía una empresa que daba servicios de traducción de documentos y de eventos. Su porte juvenil, a pesar de acercarse peligrosamente a los cuarenta, se debía a las muchas horas que pasaba nadando y jugando tenis, sus actividades deportivas preferidas. También jugaba ajedrez y disfrutaba del vino tinto si era en buena compañía. Esa tarde, mientras llegaba la hora de cenar, recordó una que otra aventura que involucraba una botella de vino y a Virginia… Se acercó un par de veces a la habitación hasta que finalmente tocó. Pasaban de las siete.

Se sentó en la sala a esperar con visible ansiedad, hasta que unos minutos más tarde vio las flores lilas y azules de su vestido asomarse al pasillo. Salieron en el carrito de golf hablando sobre el clima y entonces ella preguntó qué le parecía el novio de Iveth. Evidentemente ella no sabía que él los había presentado, así que sin abundar en detalles le dijo que lo conocía y era un buen muchacho.

La Marina estaba a cinco minutos de la villa, así que no tuvieron mucho tiempo para conversar. El recuperó algo de su cortesía característica y la ayudó a salir del carrito, pues su largo vestido se quedó atrapado en el asiento. En ese momento sus rostros estuvieron tan cerca que era difícil distinguir de lejos que no eran pareja. Caminaron juntos hacia el restaurante y la luna en cuarto menguante miraba desde lejos con curiosidad cómo una pareja y tres sombras dibujaban el suelo aquella noche de solsticio.

Capítulo 5

La algarabía de los comensales de la mesa situada al final de la terraza era insostenible. «Hoy día todos los jóvenes son escandalosos y fuman incesantemente», pensó ella; no le dijo nada a su acompañante para no parecer antipática, pero la verdad es que estaban haciendo mucho ruido y con el paso de los minutos se integraban más chicos a la mesa bulliciosa. La vista, sin embargo, era preciosa; los lujosos yates delineaban el puerto en todo su esplendor, algunos con las luces encendidas reflejando en el agua sus mástiles majestuosos. En alguno de ellos celebraban fiestas y en algún otro la desolada cubierta aguardaba ansiosa a que llegaran invitados.

Andrés interrumpió sus pensamientos cuando le preguntó si quería tomar algo.

—Una copa de vino… ¡Por los viejos tiempos! —exclamó con energía, a pesar de que segundos después ya se estaba arrepintiendo de su atrevimiento.

—Los viejos tiempos… ¿Y tú piensas alguna vez en esos viejos tiempos? —le preguntó él con su característico tono jocoso, pero evidentemente ávido de una respuesta.

—Me parece que han pasado mil años desde que abandonamos el tren de la juventud. Es inevitable recordar con nostalgia esas noches en la avenida hablando tonterías. ¡He intentado recordar de qué hablábamos, pero no consigo hacerlo!, ¿tú lo recuerdas? —inquirió Virginia, mientras colocaba ambas manos en su barbilla y se inclinaba hacia Andrés con la curiosidad de una niña.

— ¿Puedo traerles algo de beber? –interrumpió el mesero enérgicamente mientras les observaba expectante.

—Una botella de vino *Habla del Silencio*. Y, por favor, traiga la bandeja de quesos como entrada —dijo Andrés al mesero y luego agregó mirando fijamente a Virginia— ¡Como en los viejos tiempos!

Ella se sonrojó y sus pensamientos viajaron nuevamente en el tiempo a una de esas noches juveniles, donde, bajo la luz de una luna llena habían caminado juntos en la Zona Colonial con un grupo de amigos, quizá siete en total. Uno de ellos, atrevido como ninguno, pasó una mano sobre su hombro y le preguntó en secreto: « ¿Cuándo saldrás finalmente con Andrés?»

La tomó por sorpresa; no era algo que ella hubiera pensado responderle a él y solo le dijo: « ¿Cómo puedo responderte a ti lo

que no me han preguntado ni siquiera a mí? ¿Qué te hace pensar que Andrés quiere salir conmigo?». Su amigo sonrió y dijo para sí, aunque ella pudo perfectamente: «no sé cuál de los dos está más despistado» y siguió caminando con el grupo. Eso la dejó pensando el resto de la noche y no volvió a mirar a Andrés con los mismos ojos. Habían salido muchas veces juntos, pero la multitud que siempre los acompañaba era la protagonista principal de todos sus encuentros, y no ellos. Sin embargo, esa noche comenzó a pensar seriamente si el comentario de Osvaldo había tenido algo de sentido. Esa noche las cosas comenzaron a cambiar, y por primera vez en los meses que llevaban conociéndose, pensó en Andrés con la curiosidad de quien investiga un misterio digno de Agatha Christie.

La bandeja de quesos llegó antes que el vino y el *maître* abordó la mesa apresuradamente pidiendo disculpas en nombre del camarero y se llevó al pobre chico que, con rostro de confusión indescriptible, sostenía tembloroso la bandeja, mientras intentaba pedir disculpas también, aunque no sabía exactamente el motivo. Virginia no contuvo la risa y Andrés la contempló divertido, a la vez que recibía nuevamente al *maître* que estaba de regreso con el vino, que descorchó ceremoniosamente. El aroma a chocolate y licor de cereza del exquisito vino español trajeron a la mesa hermosos recuerdos y así hicieron el primer brindis; unos minutos después el mundo a su alrededor parecía haber desaparecido. Ya no se escuchaba el bullicio de los jovencitos de la mesa del fondo. La bandeja de quesos de repente ya estaba en la mesa y ninguno notó cuándo la habían traído, la botella de *Habla del Silencio* llegaba a sus últimos instantes de vida y ni siquiera habían recordado ordenar la cena, estaban ensimismados el uno en el otro, hablando tan bajo que apenas entre ellos podían escucharse. En algún momento pidieron otra botella y una bandeja de antipastos, siguieron hablando, riendo y brindando hasta que el camarero despistado interrumpió con la voz agónica de aquel que espera un regaño, para avisarles que la cocina iba a cerrar y que si iban a ordenar algo de cenar debía ser en aquel momento. Virginia se extrañó por el comentario y levantó la vista para notar que la suya era la única mesa ocupada del restaurante y que casi todas las luces estaban apagadas. Por alguna razón habían pasado más de tres horas y no habían ordenado ni siquiera la cena. No tenían hambre y coincidieron en pedir la cuenta, mirándose con complicidad y a punto de estallar en risas, salieron minutos después del restaurante a punto de alcanzar la medianoche.

—Sonia está aquí en el puerto, ¿la quieres ver? —dijo Andrés

con tono galante mientras caminaban por La Marina en dirección al carrito de golf.

— ¿Sonia? ¿Y por qué querría yo verla? —dijo Virginia en tono sarcástico, intentando disimular un repentino ataque de celos.

— ¿No te gustan los yates? —dijo él sonriente y percibiendo, feliz, que había logrado molestarla.

— ¡A veces puedes ser tan…! Argghhh! —le dijo ella, molesta cuando entendió que se refería al yate de sus padres, que se llamaba igual que su mamá: Sonia.

— ¡Ja, ja! ¿Estabas celosa? —le dijo mientras la tomaba del brazo y la conducía de vuelta a La Marina, de camino al bote.

La noche de solsticio definitivamente sería larga. La luna susurraba en el cielo un poema de amor, la música de un grupo de jazz emergía entusiasta desde uno de los yates vecinos y Andrés y Virginia caminaron juntos como tantas veces, pero solos por primera vez.

Capítulo 6

Aquel sueño la había despertado otra vez. Sudorosa y respirando afanosamente se puso de pie y quiso correr a la cocina pero recordó que no era su casa. «Hay agua en la jarra del escritorio», pensó, y fue a buscarla, tomó un sorbo y recuperó el aliento. Eran las tres de la madrugada.

Recapituló la noche poco a poco y pensó que apenas haría media hora de su regreso de La Marina con Andrés. Se separaron en la puerta de su cuarto, no porque ella quisiera, pensó en ese instante, sino porque probablemente ninguno de los dos se atrevió a proponer un arreglo distinto para dormir. La habían pasado fenomenal en el yate, donde encontraron una botella de vino más y siguieron hablando de los viejos tiempos hasta que la música de jazz de la fiesta vecina se apagó y pensaron que era hora de volver. La corta distancia de La Marina a la casa hizo más fácil conducir el carrito, pero a la hora de encontrar la llave para abrir la puerta, las risas no se hicieron esperar y ambos parecían chiquillos traviesos burlándose de la situación. Virginia recordó que alguno de los dos sugirió ir a la piscina, quizás… ¡Traía puesto el traje de baño y no la pijama! Y entonces recordó que por eso se habían separado en la puerta, porque se reunirían en unos minutos en el jacuzzi. ¿Cuánto tiempo había pasado? Solo sabía que había tenido aquel sueño, por tanto, se había quedado dormida al menos unos minutos. Tomó otro sorbo de agua y aún aturdida por el vino decidió lanzar una mirada al patio para saber si él estaba allí esperándola. El traje de baño negro y de una sola pieza cruzaba en tirantes su espalda y dejaba al descubierto un escote discreto, pero escote al fin. Tomó un chal del mismo color que descansaba en la silla del escritorio, se envolvió en él y atravesó el pasillo. Lo vio saliendo de la cocina con un gran vaso de agua en la mano, su bañador azul y una toalla blanca colgada al cuello, estaba mojado, por ende había estado en el agua. Él la miró con cara de sorpresa y le dijo:

—Ya iba de vuelta a la habitación, ¡pensé que te habías arrepentido de ir a la piscina!

—Pues la verdad es que me quedé dormida unos minutos, pero sí que me hace falta entrar al jacuzzi y con agua muy caliente, así que vamos —dijo Virginia pensando en olvidar la desagradable sensación que le dejaba tener aquel sueño, justo cuando todo parecía haber sido olvidado.

— ¿Más vino? —preguntó Andrés riendo a sabiendas de que ya habían tomado demasiado.

—No es de princesas tomar de más… —le respondió Virginia guiñándole un ojo y quitándole el vaso de agua para bebérselo ella.

Andrés se dio vuelta entornando los ojos mientras pensaba en lo mucho que le gustaba la idea de quedarse con ella en la casa. « ¡Qué importa!», pensó… ¡Quizá le gustaría quedarse con ella para siempre!

Virginia se deshizo del chal y entró al jacuzzi que burbujeaba incesante. El olor a lavanda impregnaba el ambiente y el agua tibia acariciaba con ternura su cuerpo. Se sumergió por unos agradables segundos que quiso hacer eternos y, cuando salió a la superficie, Andrés ya estaba entrando al agua. No pudo evitar el sobresalto y el grito ahogado que llegó con él, provocando las burlas de Andrés por su «valentía».

—No esperaba verte de repente. ¡Me asustaste! ¡Tú también hubieras gritado! —dijo ella en tono defensivo. Y agregó, cambiando drásticamente el tema— ¿Por qué el agua huele a lavanda?

—Mi mamá insiste en poner sales aromáticas cuando viene a meditar. Han de haberse quedado por allí —mintió Andrés; era él quien las usaba para meditar.

—Pues el gusto de tu mamá es impecable. ¡Amo la lavanda! —dijo ella, mientras se sumergía otra vez.

Andrés se sumergió también y tomó un largo y profundo respiro mientras se decía a sí mismo que había llegado el momento que por tantos años ambos habían procrastinado.

Virginia lo sintió moverse a sus espaldas y rodear con sus manos su cintura, no sabía si quedarse sumergida o salir, en pocos segundos ya no tendría que decidirlo y, aunque no estaba segura de si ella había emergido o si él la había sacado, lo cierto es que ahora la mitad de sus cuerpos estaba debajo del agua y la otra mitad estaba fuera. Ella esperó impaciente y callada, pues estaba de espaldas. Él, sin soltar su cintura, la giró muy despacio en el agua hasta que finalmente quedaron frente a frente. Las burbujas reventaban estrepitosamente por todas partes y bajo la luna del solsticio, Andrés se inclinó hacia Virginia y la besó en los labios, primero con ternura y luego con la pasión de un amor colegial. Virginia pensó que seguía sumergida por completo en el agua. Sentía cómo sus cuerpos se acercaban hasta querer ocupar el mismo espacio, y sus manos, controladas por una fuerza superior a ella, subieron hasta alcanzar el rostro de Andrés. Sus cuerpos se

enlazaban como imanes el uno al otro dentro y fuera del agua y, por un breve instante, fueron un solo cuerpo. Mientras tanto, la luna en cuarto menguante sonreía satisfecha.

Capítulo 7

Diez años atrás, el ambiente festivo de diciembre inundaba el ambiente tal y como ahora con prematura anticipación. Las luces y guirnaldas navideñas comenzaban a adornar las principales avenidas, a pesar de que el mes de octubre no había terminado. Como cada viernes, Andrés pasó a recoger a Virginia a su casa y enseguida se dirigieron a encontrarse con Marcelo, un amigo y excompañero de estudios de Andrés, que lo había ayudado a conseguir su antiguo puesto en la agencia de viajes y había sido su apoyo en esos meses en los que recién abría su empresa de traducciones. Se conocían desde hacía muchos años y habían compartido en múltiples ocasiones, sobre todo cuando acababa de llegar de Canadá.

Marcelo, extrovertido y brillante como pocos, ya era buen amigo de Virginia, pues la conocía gracias a Iveth, con quien trabajaba en la agencia. Pero no fue sino hasta que Andrés se integró al grupo que pensó en lo genial que era la compañía de Virginia para tomar vino tinto los viernes en los parques de las grandes avenidas.

Esa noche Andrés bromeó con ella al recogerla pasadas las siete y hablaron de un viaje que pronto haría todo el grupo a la playa. El teléfono de Virginia timbraba con desesperación mientras hablaban y, a pesar de que ella lo miraba e ignoraba la llamada, Andrés insistía para que lo levantara, pues alcanzaba a ver el nombre del interlocutor y moría de curiosidad. La situación se prolongó toda la noche, pues su exnovio, realmente enamorado, se negaba a dejarla ir y ella finalmente apagó en algún momento el celular. Llegaron a encontrarse en el parque de siempre, y, como siempre, Andrés sacó del baúl la botella de vino *Habla del Silencio*, las copas y el descorchador. En aquella época, Virginia trabajaba en el departamento de ventas de una constructora turística, había dejado a su novio de dos años porque ya no quería casarse con él, y exploraba la desconocida y emocionante sensación de sentarse a tomar vino con dos hombres que no eran nada más que sus amigos.

La primera vez que Marcelo la llamó para una de estas aventuras, era ya tarde en la noche y cuando vio su número en el identificador de su celular, vestía su pijama. Se acostumbraba a sus primeras semanas sin novio y las llamadas nocturnas que recibía solían ser del pobre desdichado pidiendo que lo pensara mejor, así que cuando vio que no era él, tomó la llamada enseguida. Un

escandaloso –y evidentemente tomado– Marcelo se escuchaba del otro lado en medio de la música diciendo: « ¡Te vamos a pasar a buscar, Andrés quiere salir contigo!». Su corazón latió violentamente, y no alcanzaba a entender con claridad el mensaje, no sabía qué significaba aquello y le respondió que ya era tarde y que estaba en pijama.

Ese fin de semana, aquella llamada fue el plato fuerte de conversación con Iveth y Gabriela, sus mejores amigas. Quizá Osvaldo tenía razón después de todo y Andrés sí quería salir con ella, quizá era Marcelo quien realmente quería salir con ella, ¡todo tenía tantas aristas en su cabeza! Tuvo que esperar al viernes siguiente, esta vez comieron juntos, como solían hacer a veces en una plaza cercana al trabajo de ambos, y Marcelo le dijo que saldrían a las siete… Ella dijo que sí.

Y a partir de aquel viernes esas salidas se hicieron una costumbre solo interrumpida por causas mayores o por salidas en grupos más grandes. La pasaban muy bien los tres hablando, riendo y, al llegar la medianoche, saliendo a buscar algo de comer. Ya lo habían hecho un par de veces y con el tiempo empezaron a integrarse al grupo otros amigos de Virginia, así que la noche de Navidad, Andrés y Marcelo estuvieron bailando hasta el amanecer con ella y sus amigos, en una noche que, aunque memorable, no todos podían recordar con claridad. Era un grupo realmente divertido y la pasaban bien… el coqueteo era infinito entre ellos dos, pero nunca –que ellos recordaran– había pasado de puro coqueteo.

Y aquella noche, mientras tomaban su botella de vino, ella descubrió algo en su mirada que no podía descifrar. Quería arrancar las palabras de su boca, pero no podía. Moría por entrar en su cabeza, pero le preocupaba delatarse… Una doncella no puede permitirse revelar sus sentimientos jamás. Y cuando Andrés la llevaba de regreso a casa con el respeto y formalidad que lo caracterizaban, Virginia tuvo que luchar contra viento y marea para no preguntarle qué sentía por ella; quizá, de haberlo hecho, las burbujas de lavanda hubieran reventado diez años antes.

Todos esos recuerdos pasaban por su cabeza cuando el agua tibia del jacuzzi comenzó repentinamente a tornarse fría como hielo, las burbujas de lavanda dejaron de reventar y las luces que iluminaban el fondo de la piscina de un tono azul brillante se apagaron. El resto de la casa seguía iluminado, pero todo el patio permanecía a oscuras. Ocurrió de pronto y no tuvieron más alternativa que salir del agua, pues la temperatura bajó tan de prisa

que parecía que todo iba a congelarse. Andrés pensó que algo se había descompuesto y quiso ver los interruptores, pero Virginia le advirtió que dejara a los expertos electricistas que vinieran en la mañana a revisar y sugirió entrar a la casa.

Las nubes comenzaron a ocultar la luna que minutos antes les sonreía y se desató una tormenta eléctrica que transformó el romántico escenario anterior. Se acurrucaron envueltos en las toallas en el sofá de la sala para calentarse y ninguno se animó a iniciar la conversación, así que se quedaron simplemente allí, recostados uno en el otro hasta que finalmente Andrés habló, pero ella ya estaba dormida… Así que se recostó otra vez y allí les encontró la mañana.

Capítulo 8

El avión aterrizó unos minutos antes de lo pautado en el aeropuerto de Santo Domingo. La escala en Nueva York había sido más larga de lo planeado porque se averiaron los sistemas de transporte automático del equipaje y estaban subiéndolos manualmente. La estancia en Quebec había sido corta pero agradable, sus sobrinas habían resultado ser tan adorables como en las fotografías que enviaba a la familia su hermana Sophie. La novedad de las gemelas recién nacidas había movilizado a toda la familia a Canadá por unas semanas, interrumpiendo los planes de Andrés para el mes más festivo del año. Partieron a principio de diciembre a Quebec para conocer las niñas y compartir juntos la Navidad y el fin de año, sin embargo a mediados de mes, con la excusa del cierre contable de su recién formada empresa de traducción, Andrés anunció que regresaría al país antes de las fiestas.

Ante las protestas de su madre, la conformidad de su padre y la indiferencia de sus hermanas, tomó el avión de regreso y en todo el viaje solo pudo pensar en ella y en el momento en que se encontrarían otra vez, en sus noches de vino tinto y ruido citadino… Quizá ahora lograría que no estuviera Marcelo, o el resto de personas que solían aparecer de la nada justo cuando hubiera querido hablar a solas con ella. Pensó que tal vez no había hecho lo suficiente para que ella notara su interés más allá de la amistad, pero eso definitivamente iba a cambiar. Ya estaba soltera…Aunque su teléfono no dejaba de sonar y ella contestaba; no siempre, pero a veces contestaba. Quizá aún quería volver con aquel novio impertinente. Durante las siete largas horas de vuelo pensó en muchas cosas, ninguna tenía que ver con la contabilidad de su compañía.

El capitán hizo el anuncio de bienvenida a la ciudad, seguido del aviso de que los mantendría en pista unos minutos esperando una puerta disponible, ya que se habían adelantado. La noche se deslizaba sigilosa por la ventana y pensó aprovechar que no era tarde para llamarla; no habían hablado ni siquiera por correo electrónico durante los diez días que había estado en Quebec, así que el sonido de su voz sería música para sus oídos. Y es que, en la soledad de la nieve que arropaba el paisaje, visto desde el jardín delantero en casa de su hermana, comprendió que la extrañaba

demasiado y, aunque volver significaba pasar por primera vez la Navidad lejos de sus padres, cuando llegó el viernes y su madre le pidió descorchar el vino, decidió que descorcharía la próxima botella con Virginia.

El celular repicaba incesante con la canción de apertura de *El Fantasma de la Ópera*. Pasaban unos minutos de las nueve de la noche de aquel domingo de diciembre y Virginia preparaba su ropa para ir a trabajar al día siguiente. Sintió la música de su obra de teatro preferida inundar apasionadamente la habitación y miró la pantalla. Sorprendida de ver el nombre de Andrés Nova en su identificador, pulsó con creciente curiosidad el botón para contestar:

— ¿Sí?

— ¿Sí?, ¿es la forma de contestar en estos días?

— ¿Llegaste? —preguntó una desconcertada Virginia.

—Casi… Aún no bajo del avión, pero sí… —dijo Andrés mientras escuchaba el intercambio de las azafatas indicando que habían aparcado el avión y podían salir.

Como su asiento estaba en primera clase lo invitaron a salir recordándole que debía abstenerse de usar el celular en el área de migración. Se puso de pie para tomar su equipaje del maletero superior, mientras intentaba sostener el celular con su hombro para no interrumpir su conversación.

— ¿De verdad estás todavía en el avión? —continuaba con incredulidad Virginia, que escuchaba las bocinas dando los avisos mientras hablaban.

— ¿Por qué te sorprende?—le dijo él, sin saber aún el origen de tan repentina valentía.

Ya caminaba hacia fuera y empezaron a aparecer las señales de prohibición y no tuvo más remedio que decirle que volvería a llamarla desde el automóvil.

Transcurrió una hora completa desde la primera llamada hasta la segunda. Durante esos sesenta minutos de confusión, Virginia marcó a su amiga Iveth, que a su vez puso en la línea a Gabriela y empezaron a elaborar teorías del significado de lo que había pasado. La primera vez que hablaron de eso, cuando la llamó Marcelo, quedaron mil dudas por aclarar, esa noche habían quedado despejadas. Definitivamente Andrés estaba locamente enamorado de Virginia, no había dudas. Llamarla apenas había aterrizado su avión era la forma más sutil y a la vez exagerada de demostrarlo; decirlo hubiera sido más fácil, pensó Gabriela, ya que, en su opinión, ese gesto hacía que pareciera desesperado.

Por varios minutos solo hablaban Iveth y Gabriela, mientras ella esperaba a que sonara *El Fantasma de la Opera* nuevamente. Cuando eso finalmente pasó, le tomó menos de cinco segundos decirles a las chicas que las llamaría después.

— ¡Disculpa! Ni siquiera vi bien la hora, apenas acabo de salir y me espera Marcelo. ¡No debí llamarte tan tarde!

—¡No!, ¡está bien! Es decir, estaba despierta… ¿Y cómo te fue? ¡Pensaba que regresarías después de año nuevo!

—Sí, pero tenía que resolver algunos asuntos de la empresa. Alcanzo a ver a Marcelo, ¿crees que podríamos almorzar juntos mañana?

—Sí, claro… Me alegra que hayas regresado… A salvo, quiero decir, ¡qué descanses! Mañana me avisas para coordinar —dijo Virginia, algo decepcionada de tener que colgar.

Se despidieron. Un impaciente Marcelo esperaba a su amigo para entender los detalles del anticipado regreso y ahora también quería saber con quién venía conversando en el celular si apenas acababa de llegar.

—Le avisaba a mi mamá que ya estoy aquí —mintió, ante la insistencia de Marcelo.

El cielo comenzó a nublarse y ocultó la tenue luz de la luna en cuarto menguante. Llovía en la ciudad…

Capítulo 9

El aviso de tormenta se extendió ese lunes a toda la isla y lo que empezó como una leve llovizna aquel domingo de diciembre del año dos mil siete se convirtió en la Tormenta Olga. El fenómeno atmosférico dejó catorce muertos en la República Dominicana, más de treinta mil personas damnificadas y daños en miles de casas. Además de múltiples poblados incomunicados, los estragos de las lluvias que iniciaron el lunes y se prolongaron por setenta y dos horas, impidieron también el encuentro esperado por Virginia y Andrés.

La ciudad se tornó intransitable durante varios días y cuando finalmente se restablecieron las comunicaciones, las prioridades de todos habían cambiado y el trabajo acumulado durante los días no laborables impidió que ese viernes retomaran la rutina.

Cora Gibson, la asistente personal de Andrés, tomaba las llamadas de Virginia a la oficina, algunas veces anotaba sus mensajes y otras simplemente olvidaba entregarlos. La chica era una rara excepción en el mundo de las rubias; hablaba cinco idiomas con apenas veintitrés años, así que, además de anotar algunos mensajes, recibía los pedidos de clientes y se encargaba de las traducciones más sencillas. Era hija de una pareja canadiense, buenos y viejos amigos de sus padres. Pasaron juntos muchas navidades en su niñez, y a pesar de que era apenas cinco años menor que él, la seguía viendo como la niña de ojos azules y larga cabellera rubia que siempre jugaba con sus hermanas. Cuando ella llegó a pedirle trabajo recién graduada de una licenciatura en Lenguas Extranjeras, le pareció extraño que, siendo su padre el gerente general de una multinacional canadiense, acudiera a su microempresa de traducción. Era un gran recurso, así que no dudó en darle el puesto, no sin antes aclararle que la paga era modesta. Sabía de su inteligencia por los elogios que su madre no cesaba de expresar cuando quería reprocharles algo a sus hermanas y más de una vez doña Sonia había insinuado que Dante debía salir con ella, pues como era políglota podría acompañarlo en sus giras con la filarmónica sin sentirse fuera de lugar. Dante solo contestaba a estos comentarios que: « ¡Ya suficiente hablan las mujeres que conocen una sola lengua! ¡De solo pensar cuánto hablaría una que puede hacerlo en cinco lenguas, ya estoy agotado!».

Bromeaba, por supuesto. Cora era bailarina clásica de la

academia de artes de Quebec antes de que la empresa donde trabajaba su padre lo escogiera para abrir sus oficinas en Santo Domingo y se mudaran. Se veían con alguna frecuencia y en más de una ocasión quiso invitarla a salir; en una época, durante las clases de verano, salía de clases al atardecer y esperaba unos minutos en un banco al pie de las escaleras a que saliera ella. Cora vestía siempre el uniforme de leotardo negro y mallas rosa, parcialmente ocultas por un tutú de igual color, atado a su minúscula cintura. Solía desatar su copiosa cabellera justo antes de bajar las escaleras, y la dorada melena recorría la espalda, apenas cubierta, hasta alcanzar el lazo de su tutú. Ella sabía que aquel ritual atraía las miradas de más de un estudiante, y sabía también que uno de ellos era Dante. El problema era que lo conocía por sus romances veraniegos, primaverales y en fin… Ninguno duraba más de una estación.

La idea de tener que verlo en Navidad, cuando era seguro que para otoño ya tendría otra novia, desechaba cualquier esbozo de debilidad ante sus propuestas seductoras. Así que por mucho que Dante insinuó sus intenciones, ella siempre le dejó claro que no estaba interesada en lo absoluto. No había sido sencillo, porque definitivamente él era un gran partido. Su cuerpo bien formado, producto de años practicando la natación y su abundante cabello negro llevado a los hombros eran solo unos pocos de sus atractivos. Era el mejor violinista de la academia; sus solos eran apasionados y brillantes y los rumores de que la filarmónica pronto lo contrataría para sus giras internacionales habían elevado su popularidad al cielo. Pero Cora, pese a su juventud, era determinada en sus decisiones y no estaba dispuesta a dar su brazo a torcer.

Así que los comentarios de doña Sonia no eran totalmente desacertados; sin embargo, con tanta atención, Dante no perdería la cabeza por tener una damisela menos en su creciente colección y, con el tiempo, la descartó como pareja y siguieron siendo amigos. Cora, por otro lado, pasó la mitad de su adolescencia lanzando indirectas al «hermano bueno», como solía llamar a Andrés cuando hablaba de él con sus amigas de la academia. Pero se veían solamente en ocasiones especiales, pues Andrés no contaba las artes como una de sus pasiones y las horas libres las pasaba en la cancha de tenis o en la piscina. La pobre chica hacía visitas improvisadas a la casa Nova con la excusa de practicar el *arabesque* de la próxima función con Anne y Sophie, ambas compañeras de clase; sin embargo, pasaba más tiempo interrogándolas sobre la última conquista amorosa de Andrés, que casi nunca estaba en casa.

Andrés nunca notó, en los años previos a que trabajaran juntos, el creciente interés romántico de Cora por él. Pero, en fin, él había demostrado que no tenía buena intuición en el amor. Es por eso que cuando finalmente ella lo invitó a salir sin preámbulo alguno el viernes posterior a la tormenta, la sorpresa se dibujó en su rostro y se preguntó en qué momento se habría convertido esta chiquilla en una adulta.

Desconcertado, usó la vieja excusa de un compromiso previo para desanimarla y, luego de convencerla de forma cariñosa de bajar de su escritorio, continuó trabajando en su computadora mientras ella se alejaba a su puesto con una sonrisa en los labios y la convicción de que en poco tiempo lo tendría a sus pies. La sorpresa de la repentina invitación dejó a Andrés pensando en otros temas y por unos minutos dejó de preguntarse el porqué de su silencio.

El fin de semana, Marcelo sugirió ver una película de terror en su casa para levantar los ánimos tras la tormenta. Todo el grupo hizo acto de presencia y más de diez amigos estaban reunidos para ver la cuarta entrega de *El Juego del Miedo*, estrenada hacía un par de semanas en el cine y disponible en copias clandestinas gracias al amigo de un amigo de Marcelo.

Iveth y su prometido llegaron temprano, Gabriela y Osvaldo que ya llevaban un par de meses saliendo juntos se unieron poco después. A la primera oportunidad, Iveth se acercó a Andrés que, sentado en el sofá con una copa de vino, conversaba con Marcelo sobre lo ocurrido con Cora.

— ¿Interrumpo? —preguntó ella, sentándose al lado de su amigo y antes compañero de trabajo.

— ¡Nunca! —dijo Marcelo, poniéndose de pie para abrir la puerta, que sonaba a pocos pasos de ellos.

— ¿Y tú? ¿Has hablado con Virginia? ¿Sabes a qué hora viene? —inquirió Andrés, con un tono de fingida indiferencia al dirigirse a Iveth.

—Su teléfono celular se descompuso con la tormenta y anoche, que hablé con ella, aún no lo habían reparado. ¿De verdad no han conversado ustedes dos? —preguntó Iveth, mientras observaba su reacción atentamente, pero él no estaba poniendo atención.

Su mirada se dirigía a la puerta, por donde hacía su entrada Virginia, en un inolvidable vestido rojo, corto y de falda ancha, que dejaba al descubierto sus piernas lindas y bien formadas. Su cabello corto se agitaba con soltura mientras giraba la cabeza de un lado a otro saludando con un beso a todos y dejando discretas marcas de

su labial rojo rubí en más de una mejilla. Cuando finalmente llegó al sofá tuvo que sostener su falda para agacharse a saludar a Iveth y luego a Andrés, que se apuró en ponerse de pie, como le habían enseñado sus padres que se hace cuando una dama entra al salón.

Se encontraron a medio camino y sus rostros quedaron muy cerca… demasiado cerca. La película ya iba a comenzar.

Capítulo 10

Las gotas de sudor comenzaron a empapar su frente y minutos después la escuchó gritar ahogadamente: « ¡Suéltame!». La tenía ligeramente abrazada y pensó que se dirigía a él. Levantó su brazo y notó que seguía dormida; evidentemente estaba teniendo una pesadilla. Segundos después despertó por completo, visiblemente angustiada y ajena todavía al lugar donde se encontraba: los brazos de Andrés.

Un impetuoso sol se colaba por las cortinas y con él una brisa ligera que las agitaba esporádicamente; no cerraron las puertas de cristal que daban acceso al patio trasero. Ambos se incorporaron sin saber exactamente qué decir.

—Hace calor hoy. Buenos días… —dijo ella, interrumpiendo el silencio.

— ¡Buenos días! Haré café. —respondió él, poniéndose de pie, no sin antes besar su cabeza, preguntándose qué habría estado soñando minutos antes.

Virginia aprovechó para correr a su cuarto. Vestía la misma toalla y el traje de baño de la noche anterior, así que se dio una ducha. El agua fría recorrió su espalda y la espuma de baño con aroma a lavanda trajo de vuelta las imágenes de la noche anterior. Salió de la ducha y se envolvió en una elegante bata de baño blanca que colgaba de la puerta. ¿Qué habría pasado con el jacuzzi? Se preguntó mientras cepillaba sus dientes. Secaba su cabello cuando lo escuchó tocar anunciando que el café estaba listo.

— ¡Puedes pasar! —dijo, mientras salía del cuarto de baño. Miró el reloj en el escritorio, apenas y marcaban las ocho de la mañana, si acaso habrían dormido unas tres o cuatro horas.

— ¡Café! —exclamó Andrés extendiéndole una de las dos tazas azules que traía en la mano.

—Gracias, me hace falta. ¿No dormimos mucho, verdad? —dijo Virginia con una sonrisa involuntaria dibujada en los labios.

—Pues yo considero que tú dormiste bastante. ¿Tienes planes hoy? —preguntó Andrés, bajando por unos instantes la mirada.

—Pues, déjame ver… Primero que nada, tengo que recordarte que llames al electricista. ¡Y luego… desayunar! ¡Muero de hambre! —respondió Virginia tomando un sorbo de café.

Los separaban solo un par de pasos y Andrés los redujo cuando rodeó su cintura con su mano libre, la atrajo hacia su pecho y besó

sus labios con ternura por apenas unos segundos.

—Hueles a lavanda… —le dijo él mientras acariciaba su espalda.

—Hueles a café… —le respondió ella mientras lo empujaba fuera de la habitación para cambiarse.

Quedaron en verse unos minutos después para desayunar juntos. Virginia no podía creer lo que estaba ocurriendo en aquel momento, no es que en realidad hubiera pasado algo extraordinario, apenas se habían besado, pero lo que sentía cada vez que él la tocaba era algo que hacía muchos años no experimentaba. Su corazón latía como el de una quinceañera entusiasmada con su primer amor y parecía insensato hasta para ella, una empedernida romántica que guardaba un ejemplar en capa dura de *Orgullo y Prejuicio* en su mesita de noche.

Aprovechó para escribir un mensaje a su hija Noelia, que pasaba las vacaciones en Sídney, Australia, con su padre y abuelos paternos. Estar lejos de ella por todo un mes al principio le resultó una agonía, pero era consciente de que no tenía derecho a anteponer sus intereses a los de su hija y Dios sabía que su exmarido ya sufría bastante con no poder estar con la niña todo el tiempo.

Su matrimonio duró casi cuatro años, Noelia tenía dos cuando Virginia decidió poner fin a la relación, ahora la niña tenía cuatro. Nunca quiso irse a vivir a Sídney con el padre de su hija; no era parte del trato. Tal vez nunca lo amó lo suficiente como para dejarlo todo por él, que la amaba demasiado y sí había dejado su familia y su país por ella. Noah era el representante de una universidad australiana que auspiciaba un programa de becas. Pasaba al menos la mitad del año trabajando con las solicitudes, evaluaciones y entrevistas de los candidatos. En ocasiones impartía charlas motivacionales a los estudiantes de la universidad local que fungía como socio estratégico. Así se conocieron. Virginia acompañaba a Iveth a una de las charlas, pues se había divorciado hacía poco y estaba deseosa de alejarse de todo y de todos. A unas semanas de finalizar la maestría en negocios que cursaban juntas, vieron el anuncio de la charla y entraron a oírla.

El apuesto australiano llevaba el cabello largo y rubio sostenido en el cuello con una liga, a pesar de que algunos mechones se resbalaban y colgaban sobre sus pómulos definidos y bronceados. Llevaba una camisa blanca que solo llegaba al antebrazo, sus vaqueros azules combinaban con sus ojos y las botas negras parecían adecuadas para cualquier escenario menos para el de una charla sobre becas universitarias para postgrados y doctorados. «

¡Australia…!», había susurrado Iveth dando un codazo a su compañera, que recordó aquello mientras escribía el mensaje para Noelia en su teléfono y veía la foto de su exmarido en el perfil.

Fue un encantamiento a primera vista para ambos. La química no se hizo esperar y una extrovertida Virginia levantó la mano varias veces para hacer preguntas. Su amiga la desconocía por completo; estaba coqueteando descaradamente con él, la misma que meses antes había sido incapaz de impedir que el amor de su vida se casara con otra. Los nueve meses que duró el noviazgo parecieron una eterna luna de miel, con las interrupciones necesarias de sus regresos a Sídney, el resto del tiempo lo pasaron juntos.

Cuando se casaron, sus familias tenían distintas opiniones acerca de dónde debían vivir, pero todos coincidían en algo: era decisión de la pareja. Para ella, Australia siempre fue un destino al que ir de vacaciones; allí pasaban algunas semanas, cuando las vacaciones de su trabajo se lo permitían. Eso no cambiaría, ya se lo había dicho muchas veces, y él lo había aceptado. Pero cuando nació Noelia, todo se complicó, él quería llevar a la niña a Sídney cada vez que debía viajar por su trabajo durante un mes. «Estará bien con mis padres, mientras estoy en la universidad», decía él. « ¡Donde esté mi hija, estoy yo!», decía ella.

Finalmente, luego de casi dos años de discusiones, a Noah le ofrecieron una vicerrectoría en la universidad. Era una tontería negarse, pues el programa de becas cerraría ese año y profesionalmente la oferta era un gran honor. Pero el puesto era en Sídney y a tiempo completo; ella se lo hizo fácil y le propuso el divorcio, acordaron amigablemente la custodia compartida de Noelia y, poco a poco, ella aprendió a desprenderse de la niña por algunos días, en ciertas épocas del año. Desprenderse de él fue más fácil, quizá demasiado. Se dejó llevar por una emoción y se casó con él sin amarlo; lo apreciaba, eso estaba claro, pero como a un gran amigo. En cambio, claramente él estaba mucho más enamorado y, a pesar de que en las parejas siempre habrá uno que quiera más, si uno ama pero el otro solamente quiere, es obvio que al final alguien saldrá innecesariamente herido. Ella aprendió por experiencia.

Esperó una respuesta a su mensaje; le llegó una fotografía de su hija en la playa, luego un video de la niña enviándole un beso… Luego él le envió un beso. Afuera, el sol brillaba con nitidez apoderándose con su luz de todo el cielo. Comenzó a vestirse.

Capítulo 11

Villas Paraíso estaba cuidadosamente clasificado en residenciales que respondían a los siete colores del arcoíris y no había más de treinta villas de cada color. La villa de la novia y las que habían rentado los invitados estaban en Paraíso Azul. Muy cerca de allí estaba Paraíso Cian, donde los huéspedes podían disfrutar de la playa y los salones para actividades.

En Paraíso Violeta estaban La Marina y el centro de actividades nocturnas, que, a pesar de tener poca actividad en días de semana, desde los viernes se convertía en una fiesta desde la tarde hasta el amanecer, una fiesta que muchas veces continuaba en Paraíso Cian. El resto de los colores eran residenciales con villas para huéspedes e instalaciones deportivas y recreativas comunes. La villa de los padres de Andrés estaba en Paraíso Naranja.

El jueves se dibujaba radiante. En una villa de Paraíso Azul, una impaciente novia intentaba comunicarse sin éxito por el celular con su dama de honor. El ensayo sería en unas horas y necesitaba hablarle, ni siquiera sabía si estaría a tiempo en Las Galeras. La villa de invitados estaba rentada desde el viernes y quería decirle que esa noche podía dormir con ella, pero no lograba localizarla.

En el comedor, a unos pasos de la novia, Lourdes movía cielo y tierra para conseguir a todos los miembros del cortejo antes de las cuatro de la tarde en la playa. No era su primera boda, pero sí era la primera en Villas Paraíso y tenía que quedar perfecta. Preparaba los guiones para la tarde, cuando escuchó a Iveth dejando un mensaje quejándose de su dama de honor y se acercó con curiosidad.

— ¿Pero… estás llamando a Betina? Llegó ayer, no te preocupes… ¡Tengo todo resuelto con su alojamiento! —dijo Lourdes en tono triunfal.

— ¿Betina? ¿Quién es Betina, por Dios? —exclamó la novia, visiblemente irritada.

— ¡Tu dama de honor, Iveth! ¡Llegó ayer temprano con todo lo que le pedí! Está alojada con este chico que nos hace el favor de alojar a otros invitados desde mañana —dijo Lourdes completamente confundida.

— ¡Lourdes! ¿De qué hablas? ¡Mi dama de honor se llama Virginia, Virginia Duval, por Dios! ¡Vas a provocarme un ataque! —respiró ligeramente aliviada Iveth, aunque visiblemente molesta con su planificadora.

— ¿Estás segura? —insistió con incredulidad la jovencita, mientras agitaba los guiones que tenía en la mano buscando el nombre que tenía anotado.

— ¡Pero claro que estoy segura! ¿Acaso no voy a saber cómo se llama mi mejor amiga? —le reclamó elevando el tono de voz y preguntándose de dónde habría sacado la idea de contratarla.

Finalmente Lourdes consiguió encontrar a Virginia Duval en su lista y le reiteró a la alterada novia que estaba alojada ya en otra villa, al menos hasta que estuviera lista la suya. Cuando le dijo en qué villa estaba, se aseguró de buscar en su lista el nombre correcto del dueño, pero la novia se dio tal susto que el ataque anterior le había parecido una broma comparado con este. Corrió a la cocina por agua y le preguntó si acaso había hecho algo mal al alojarla allí.

Pero Iveth no la escuchaba. Marcaba con insistencia el número de celular de Virginia, que seguía repicando sin respuesta. Intentó llamar a Andrés, pero obtuvo el mismo resultado; pensó en correr a la villa, que no estaba lejos de la suya y se detuvo para mirar a Lourdes, que seguía sosteniendo el vaso de agua con el rostro descompuesto por el miedo.

— ¡Eres una genio Lourdes! ¡No sé por qué no se me ocurrió a mí! —y se marchó escaleras arriba dejando a la chica más confundida que antes.

Iveth escribía los mensajes con la mayor rapidez que le daban sus dedos temblorosos. Por apenas unos segundos olvidó que era la protagonista de aquel fin de semana y siguió escribiendo. Finalmente su teléfono timbró.

— ¿Me puedes explicar qué pasa, por favor? ¡Vas a hacer que dé a luz antes de tiempo y entonces me perderé la boda! —reclamaba con curiosidad Gabriela desde la otra línea.

— ¡La chica hippie que me has recomendado para planificar la ceremonia enloqueció y los ha puesto a dormir juntos! —le decía Iveth sin poder ocultar las carcajadas.

— ¡Pero, por Dios, no te entiendo nada! ¡Has escrito en el mensaje puras consonantes! ¡Creía que tus sobrinos habían tomado el teléfono! —insistía su amiga, que por su embarazo de casi ocho meses no llegaría sino hasta el sábado.

— ¿De verdad? ¡Juraba que había escrito claramente! ¡En fin, que Lourdes ha mandado a Virginia a dormir desde ayer en casa de los padres de Andrés! Pensaba que él vendría el sábado. ¡Esta chica le cambia los nombres a todo el mundo y me dijo antes que quien llegaba el lunes era Ángel, un amigo de Gastón! —trataba de explicar con creciente emoción Iveth.

—¡¡¡No te lo puedo creer!!! ¿Pero, qué te dijo Virginia? ¡De seguro pensó que fue tu idea y te quiso matar! ¿Y esperas hasta ahora para decírmelo? ¡Si ella salió ayer pasado el mediodía! —le reclamaba con vehemencia Gabriela.

— ¡Pues te diré que no he hablado con ella! Ni siquiera sabía que había llegado… Me acabo de enterar. Como esta chica cambia los nombres a todos, me decía que lo que se necesitaba me lo había traído una tal Betina. Pensé que era su empleada o algo… —continuó, excitada, Iveth.

La conversación se extendió unos minutos más y la curiosidad por saber lo que había pasado en las últimas veinticuatro horas las mantuvo en vilo a ambas un par de horas más. El sol seguía brillando con insistencia, eran las dos de la tarde y el ensayo se realizaría a las cinco. Mientras tanto, en la villa número diecisiete, dos celulares vibraban incesantes en alguna parte del entrepiso.

Capítulo 12

El animado joven del clima anunciaba un sol cálido durante la mañana y brisa ligera para todo el fin de semana. Lourdes respiraba aliviada porque, exceptuando el incidente del cambio de nombres que casi le provoca un ataque de nervios unas horas antes, estaba saliendo todo de maravillas. El cortejo estaba compuesto por la dama de honor, dos damas adicionales, la niña de las flores y el sobrino de la novia, que entregaría los anillos.

Faltaban unos minutos para las cuatro de la tarde y la dama de honor era la única del cortejo que no daba señales de aparecer, pero como la novia se negaba a llamarla, Lourdes se había dado por vencida y se dedicó a indicarles a los niños el ritmo que debían tener sus pasos hacia el pequeño montículo dispuesto en la arena para simular la mesa que estaría el sábado allí.

Virginia se bajó del carrito de golf minutos antes de que el reloj de Lourdes marcara las cuatro. Llevaba un vestido de *chiffon* rosa con una falda corta que la brisa ondeaba con delicadeza; el cabello ondulado y suelto se agitaba contra su cara ocultando levemente la sonrisa que dibujaban sin querer sus ojos. Tomó en sus manos las sandalias para caminar descalza en la arena y alcanzar al resto del cortejo. Intercambió una mirada de complicidad con Andrés antes de iniciar el recorrido, dejándolo atrás en el carrito. Él la observó con ternura mientras se alejaba hasta que finalmente continuó su propio camino. Habían quedado en hablarse más tarde para cenar en La Marina.

Iveth tomó a su dama de honor por el brazo una vez que ella hubo saludado a todos, le presentó a una de las damas que no conocía y a los padres de Gastón, luego la llevó aparte en medio de murmullos de los demás.

— ¡Me vas a infartar! ¡No tomas mis llamadas y estás aquí desde ayer en casa de Andrés! —le susurraba Iveth con creciente emoción.

— ¿No puedes esperar a que todo esto termine? ¡Es tu boda! ¡Disfruta y no te preocupes por mí! —le contestó ella mientras le guiñaba un ojo amorosamente.

— ¡Si piensas que vas a librarte de decirme lo que quiero saber con esa historia de que es mi boda y no sé qué más, estás muy equivocada! ¡Ni bien salgamos de este ensayo me lo dirás todo! —insistió con vehemencia la novia.

Lourdes interrumpió la complicidad del momento con una

disculpa, indicando que debían aprovechar la luz e iniciar el ensayo. Minutos después todo el grupo se encontraba practicando su papel para el fin de semana y recibiendo instrucciones.

El sol inició su descenso por el horizonte y Andrés lo contemplaba desde una hamaca a poca distancia de donde se llevaba a cabo el ensayo. Llevaba camisa y pantalones blancos, lentes de sol para protegerse del espectáculo de luz que brindaba el cielo y una lata de cerveza fría para enfrentar el calor. Recorría con cuidado el panorama cada cierto tiempo para asegurarse de darse cuenta cuando finalizara el ensayo. Cuando vio al grupo disgregarse, se puso de pie y se dirigió hacia ellos hasta que Virginia lo vio acercarse; se detuvo a esperarla.

Iveth hablaba con Gastón y sus padres, pero notó con impotencia que Virginia se dirigía a la playa con rapidez y no podía separarse del grupo para perseguirla sin parecer grosera. Contuvo sus ansias de entender lo que había estado pasando hasta más tarde, pues habían quedado en ir a cenar todos los jóvenes esa última noche libre del fin de semana. Se verían en un rato en La Marina y allí podrían hablar con calma, al menos eso es lo que ella esperaba hacer. Vio desaparecer su silueta en la línea de playa mientras sus padres hablaban con los padres de Gastón y él, ajeno al drama, discutía entusiasmado los detalles de la luna de miel y describía con nostalgia todos los lugares de Francia que recorrería con su nueva esposa.

Una inesperada llovizna apareció de la nada y los obligó a correr hacia el centro de las pérgolas dispersando la conversación. Gastón aprovechó el romántico escenario para tomar a su novia por la cintura y obligarla a bailar con él bajo las frías gotas de agua, frente a las miradas divertidas del resto. Por unos instantes Iveth recordó que era su boda.

Al otro lado de la playa, Andrés abrazaba a Virginia por la espalda y descansaba su rostro en su cuello mientras aspiraba su aroma anhelando sentir el calor de su piel. Esperaban de pie a que pasara la lluvia en uno de los bares de la playa, mirando cómo las olas en su desprevenido vaivén se encontraban con la arena con una reverencia musical. No podían verse el uno al otro, pero sus cuerpos se comunicaban con tal sincronía que era imposible verlos sin asumir que eran pareja desde hacía miles de años y, quién sabe, tal vez lo eran. No decían una sola palabra. Disfrutaban la sencillez de aquel momento perfecto y, aunque la llovizna se detuvo en unos minutos, bastó para acercarles todavía más, si es que eso era posible. La mañana había transcurrido con una rapidez tal que por

un momento ella pensó que llegaría tarde al ensayo. Salieron corriendo de la casa esperando llegar a tiempo y, por suerte, así fue; no solía llegar tarde y aquello despertaría más preguntas de las que estaba dispuesta a contestar, ¡Dios sabía que tendría que contestar demasiadas! Pero no cambiaría ni un solo segundo de su día; había sido perfecto.

Él, por su parte, solo podía pensar en que aquel ensayo era la cosa más innecesaria e inoportuna que podía existir en el mundo. Soltar su mano para dejarla cambiarse un par de horas antes lo hizo temer que despertaría de un sueño, pero poder abrazarla allí en la playa lo convenció de que este sueño no era uno del que tendría que regresar. La apretó aún más fuerte y besó con dulzura su cuello, luego le susurró al oído que debían volver a la casa.

—Debemos cenar con los demás. No podemos plantarla, nos dejaría de hablar a los dos y nos vetaría de la boda. —dijo Virginia, resistiendo una carcajada.

—Iveth más que nadie entenderá… —intentó convencerla una vez más Andrés, girándose para poder abrazarla de frente.

—Iremos solo a cambiarnos de ropa para la cena… —dijo ella, rodeando con sus brazos su cuello y poniéndose en puntas de pie para besarlo.

La lluvia dio paso en el cielo a la luna, que asomó su sonrisa con timidez tras las nubes. La noche prometía diversión…

Capítulo 13

Osvaldo apagó la luz; la película daba inicio. Iveth, por su parte, se movió enseguida, incitando a Virginia a tomar su lugar al lado de Andrés, que segundos antes intercambiaba con ella un beso en la mejilla. No se dijeron mucho más que « ¡Hola!», y se sentaron juntos. Las cervezas y las palomitas comenzaron a circular, y él como siempre abrió la lata de Virginia antes de entregársela. Aprovechaba cualquier oportunidad que ofreciera la película para asustarla colocando sigilosamente las manos en su cintura o en su cuello, provocando que ella gritara repentinamente cuando nadie más lo hacía. Los codazos de Virginia en respuesta se acompañaban de un intento de reprimenda envuelto en risas que los mantuvo, tanto al uno como al otro, tocándose durante toda la película. Bromeaban sobre lo irreal de algunas escenas, y por momentos ella ocultaba su cabeza en el brazo de Andrés sosteniéndolo con fuerza cuando no quería mirar lo que iba a ocurrir.

Ciento tres minutos de tensión y sangre más tarde, alguien encendió la luz e inició la tertulia. Ellos, por su parte, pudieron finalmente hablar de los mensajes no entregados y de lo terrible de los días de lluvia incomunicados. Ella le preguntó cómo había ido su viaje.

—Estuvo bien, conocí a mis sobrinas. Además, hacía meses que no veía a mis hermanos —dijo él buscando la oportunidad de hablar de otra cosa, pero el lugar estaba lleno de gente.

— ¡Qué emocionante debe ser tener gemelos! Aunque no entendí bien por qué volviste, ¿algo relacionado con la empresa?

— ¡Ah, sí! Fue por el cierre y por unos documentos que debía entregar —mintió bajando la mirada.

—Esta chica, Cora… Le dejé un par de mensajes para ti. Parece que estuviste ocupado… —dijo ella esperando una explicación.

—Sí… a veces olvida darme los mensajes. Iveth me dijo que aún no repararon tu celular. También te dejé ahí varios mensajes, pensaba que no me habías respondido intencionadamente —respondió él, intentando acabar rápidamente la conversación.

—Vinieron todos; no pensé que esta película sería tan popular… —dijo Virginia haciendo referencia a la multitud que llenaba la casa de Marcelo, y pensando para sí que aquello no era tan conveniente si quería tener una oportunidad para hablar con él a solas.

No obstante, a pesar de que estaba ansiosa por que estuvieran

los dos solos, la verdad es que se moría de miedo y sin querer aprovechaba cualquier excusa para evitarlo. El infinito coqueteo entre ellos era obvio para todos los que estaban en el salón y aunque solamente Osvaldo era el que se atrevía a bromear al respecto en voz alta, la gran mayoría comenzó a asumir que ya estaban saliendo juntos.

Se comportaban como una pareja. Aunque estuvieran a pasos de distancia en el salón, ninguno perdía la atención de lo que estaba haciendo el otro. Alguien sugirió ir a bailar pues la noche era joven, y así lo hicieron. Virginia mencionó que su prima la había llevado porque su auto estaba en el taller y necesitaba irse con alguien. Tal vez debió decírselo en voz baja sólo a Andrés, porque Marcelo se adelantó y la tomó del brazo, ante la mirada desaprobatoria de Osvaldo, que se acercó a Andrés.

—Hermano, ¿estás esperando a que se case y tenga hijos para decirle algo? —le preguntó justo antes de alejarse hacia la puerta con Gabriela de mano.

En el auto de Marcelo, Virginia pensaba por qué Andrés no se había ofrecido. Era la oportunidad perfecta.

—Sabes que Andrés está loco por ti, ¿verdad? Lo digo porque es obvio para todo el mundo, pero parece que no lo es para ti, o al menos te comportas como si no lo fuera —le dijo Marcelo repentinamente cuando pararon en la primera luz roja.

Ella se sonrojó pues no era la conversación que estaba esperando. Fingió una leve carcajada de sorpresa, que pasó desapercibida, pues él siguió hablando como si se tratara de un sermón.

—Su asistente, que está todos los días en su oficina, también está enamorada de él. Eso supongo que no lo sabías. En fin, si sigues sin decidir lo que vas a hacer con tu situación, en poco tiempo, no habrá nada que decidir. Cora es una chica con mucha determinación —sentenció Marcelo como si fuera su hermano mayor.

—No entiendo de qué me estás hablando. Si Andrés está enamorado de Cora, pues que sean felices juntos. No soy quién para impedirle nada y menos cuando él no me ha dicho nada a mí —objetó Virginia molesta; se sintió herida en su orgullo y odió con todas sus fuerzas a una chica que apenas conocía de vista.

—Virginia, querida, los hombres funcionamos de cierta forma. No importa qué tan enamorados estemos, llega un punto en el que dejamos de intentarlo si no vemos el interés del otro lado. Quizá Andrés no te ha dicho nada explícitamente, pero el hecho de que tu

ex te esté llamando todo el tiempo no ayuda. —dijo bajando el tono Marcelo, que de verdad quería que lo de ellos funcionara.

—Prácticamente nunca contesto el teléfono cuando Fer me llama… —interrumpió Virginia.

—Sé que te da pena el pobre tipo, pero ya tomaste una decisión. Si sigues jugando este juego del coqueteo sin conclusión, vas a perder —le insistió.

Desde hacía ya un par de meses, Marcelo hacía de Celestino y estaba agotado de intentar reunirlos en ambientes adecuados sin que nada pasara. Incluso se alejaba o le pedía a Andrés que lo recogiera para que se viera obligado a llevar también a Virginia. Y, aunque estaban cerca de lograrlo, esta chica Cora iba a estropearlo todo. Comenzó a notar que Andrés mencionaba más de la cuenta a su asistente, y aquello de subirse a su escritorio, como él le contó que había hecho el día anterior, terminaría por arruinar una pareja perfecta.

Supo que eran el uno para el otro cuando Iveth se la presentó. Por alguna razón cuando estrechó la mano de Virginia aquella noche en el cine, años atrás, imaginó a su amigo Andrés de pie junto a ella sonriendo. Fue lo más extraño del mundo, pues en aquel entonces él no vivía en el país y apenas hablaban por correo electrónico. Más tarde esa noche, cuando llegó a casa y encendió la computadora, encontró un correo electrónico precisamente de Andrés avisándole que su padre se retiraría a vivir a Santo Domingo y que posiblemente se verían más seguido. Vio todo aquello como una señal, y cuando pasaron varios meses de esa noche y Andrés le avisó que vendría a vivir al país, se tomó como tarea personal presentarlos y hacer que vivieran felices por siempre. Estaba convencido de que esa chica agradable estaba destinada para su amigo. Cuando la conoció esa noche no estaba soltera y minutos después le presentaron a su novio. Analizó con curiosidad a aquella pareja: él completa y desdichadamente enamorado; ella, miserablemente resignada a ser menos feliz de lo que merecía, con tal de no romperle el corazón. Marcelo solía leer las relaciones con una mágica certeza y por eso aconsejaba a Iveth que rompiera cuanto antes la suya. Ella no le hacía caso, pero tal vez podría convencer a Virginia de no seguir ilusionando a este tal Fernando, a quien obviamente no amaba. Aunque apenas se conocían, ya la sentía una vieja amiga desde que vio la imagen de Andrés a su lado.

Ya estaban llegando al bar y Marcelo miraba a su ahora gran amiga en espera de una respuesta. Ella seguía molesta porque se negaba a aceptar que en realidad contestaba las llamadas de

Fernando a pesar de que había terminado con él varios meses atrás. La verdad es que había esperado demasiado para romper con él y ya no sabía cómo hacerlo. Dos años de relación se habían hecho costumbre, especialmente para él, y cuando meses antes reunió el valor para romper, Fernando no lo tomó muy bien.

Las llamadas incesantes eran solo el principio. Cuando las almas enamoradas tienen un capricho, apagar el teléfono no va a detener su camino.

Marcelo y Virginia bajaron en silencio y se dirigieron al bar. Todo el grupo esperaba adentro; todos, menos Andrés. La luna no se asomó al cielo en toda la noche…

Capítulo 14

Llegaron a lo que suponía la cuna de las fiestas en la década posterior al Y2K. Había tantos bares cerca que podías pasar de una fiesta a otra y decidir en dónde estaba mejor el ambiente para quedarte. Las noches adquirían una dimensión diferente en el Santo Domingo colonial y había lugares para toda clase de gustos particulares, de edad o de preferencias musicales. No había límites establecidos a la hora de disfrutar de la zona colonial. No había ritmos favoritos. Las noches se definían de acuerdo a los gustos y preferencias personales del visitante.

Ya todos habían acordado anteriormente que Murano era el lugar del momento y allí se encontraban. Falafel era mucho más étnico. Ocho Puertas, Ninguna Parte y Karamba Bar eran más para los amantes del baile. El Bar de María tenía música de los setenta y La Atarazana era estrictamente para los amantes de la música Caribeña. Casa de Teatro, para los amantes del jazz latino, baladas y música latina en general. Murano lo tenía todo.

Ya habían reservado una mesa en la terraza aprovechando que las lluvias habían cesado y podían aprovechar el aire libre. Marcelo y Virginia fueron los últimos en llegar y enterarse de que Andrés había recibido una llamada de su asistente y se les uniría más tarde. Marcelo miró a Virginia como quien dice: «te lo dije», y fue a pedir un trago al bar.

Iveth y su prometido habían discutido antes en casa de Marcelo y él se había marchado dejándola allí, así que Andrés se ofreció a llevarla. Tomó a su amiga de la mano para contarle lo que había escuchado en la llamada que se produjo momentos antes de que llegaran al bar.

—No me interesa saber lo que hablaba con su novia disfrazada de asistente, ¿de acuerdo? —dijo Virginia al ver que Iveth se apresuraba a dar su versión de la historia.

—No es su novia, no seas estúpida. Aunque es obvio que ella quiere serlo, eso sí. Lo llamó diciendo que estaba a unas calles de aquí con un neumático averiado y que si podía ir a rescatarla. ¿Acaso el Andrés que conoces iba a decir que no? En fin, me ha dejado en la puerta prometiendo que regresaría enseguida —le reprochaba su amiga, todavía molesta por la discusión con su novio.

— ¿Dónde está Miguel Ángel? ¿Volvieron a pelear? ¿Es por eso que viniste con Andrés? —preguntó su amiga intentando desviar la

conversación hacia el novio de Iveth, a quien no había visto desde que llegaron.

—Tú sabes cómo es él, no le gusta bailar… —respondió Iveth restándole importancia a aquel incidente que se repetía con demasiada frecuencia.

Las dos amigas se fueron al bar y se encontraron con Marcelo, que ya les esperaba con dos margaritas. «Es una noche para beber y desquitarse», les dijo.

Un par de horas y varias margaritas después bailaban una coreografía en grupo en la pista que había en el centro de la terraza. Una sombra se dibujaba en un oculto rincón del bar, observando todo lo que ocurría alrededor de un vestido rojo que flotaba desinhibido en medio de la música. Un tercer trago de whisky puro derretía sin compasión dos cubos de hielo sobre la barra del bar, mientras su dueño lo ignoraba.

La veía tan cerca y a la vez tan imposible de alcanzar. Ella había dejado claro que no quería volver a verlo, pero se estaba convirtiendo en una tarea imposible. Hacía ya una semana que no contestaba sus llamadas y ni siquiera respondía sus mensajes para decirle que parara. Comenzó a preocuparse realmente y dedicó cada noche de esa semana a frecuentar los lugares que ella visitaba con sus amigos. Se sentaba en la parte más oscura del bar y esperaba. Fue inútil durante tres días, pero ese sábado hizo una última parada en el antiguo hotel colonial que prestaba sus noches a la discoteca Murano. El mismo que habían visitado meses antes como posible escenario para celebrar su boda; el mismo al que evitaba entrar porque era demasiado doloroso recordarlo. Casi lo detuvo en el auto la idea de que tal vez sería demasiado doloroso para ella también y dudó si entrar, pero entonces vio bajar de otro auto a su amiga Iveth y supo que si ella estaba allí, Virginia no tardaría en llegar también.

Aparcó en una calle cercana para que no reconocieran su inconfundible Acura Integra rojo y miró con cuidado de que no lo vieran entrar. Estaba oscuro y las luces violetas y azules que adornaban el lugar le ayudaban a confundirse entre la multitud de jóvenes. Ubicó rápidamente el último asiento del bar en un oscuro rincón, apenas visible; pidió un trago de whisky y esperó.

Minutos después la vio llegar, envuelta en aquel vestido rojo que nunca le había visto y más hermosa de lo que podía imaginar. Recordó la sensación que lo inundó cuando se conocieron hacía ya muchos años y volvió a sentirla otra vez. Venía con Marcelo, no parecía que estuvieran juntos pues ella se veía algo molesta y no se

tomaban de las manos. «Ese tipo nunca me cayó bien», pensó de todos modos. Ella se reunió con Iveth y él se acercó al bar; no tuvo más remedio que voltear para que no lo descubrieran. Allí estuvo un buen rato. La vio acercarse al bar con su amiga y, a pesar de que estaban a pocos pasos, sabía que si Virginia se daba cuenta, perdería el poco aprecio que pudiera quedarle por él y resistió las ganas de correr a abrazarla.

Unas horas después la observaba bailar… Recordó que llevaba un vestido corto cuando la vio por primera vez, pero aquel era blanco. Estaba descalza y su cabello ondulado cubría su espalda desatándose en rebeldía cuando la brisa se ensañaba con ellos. Caía el atardecer de un verano caluroso en La Romana, había ido con unos amigos a pasar una semana de vacaciones en la casa familiar de uno de ellos a orillas de la playa de Bayahibe. Tendría unos veintidós años y no trabajaba formalmente, así que irse de playa en día de semana era algo que hacía regularmente. Estudiaba arquitectura y pasaba algunas horas en la empresa constructora de su padre para justificar la más que generosa mensualidad que recibía.

Tenía amigos con tan pocas ocupaciones como él y acompañado con tres de ellos disfrutaban de aquel día de playa. La distinguió entre un grupo a algunos pasos de ellos y la observó moverse con timidez en la arena. La vio indecisa en el momento de quitarse el vestido y quedarse con un bañador de dos piezas con flores blancas y amarillas. Su piel ya estaba levemente bronceada, no era su primer día tomando el sol. Se recostó en la arena sobre su toalla dejando el perfil de sus encantadores y perfectos pechos ligeramente a la vista. Era perfecta de principio a fin y, aunque llevaba lentes oscuros, podía sentir que ella también lo estaba mirando. Tenía novia, pero no pensaba compartir eso con ella, así que se acercó al grupo con una pregunta trivial.

Fernando era bien parecido y sus largas horas en el gimnasio le habían premiado con un escultural cuerpo de concurso que le gustaba presumir en la playa. Los ojos verdes y el cabello claro lo hacían pasar por turista en ambientes como este y solía bromear preguntando cosas en italiano para llamar la atención de las chicas que quedaban deslumbradas por su físico. No hablaba en realidad aquel idioma, pero su madre era italiana y conocía algunas frases, así que preguntó la hora al trío de chicas en cuyo centro se encontraba Virginia.

Para su sorpresa ella le respondió en un perfecto italiano, agregando para avergonzarlo que era la misma hora que marcaba

su reloj y volvió a recostarse con indiferencia. Él, por su parte, acostumbrado a que cayeran a sus pies al primer intento, aceptó el reto de conquistarla. Llegó a su vida como un simple reto, pero ahora se daba cuenta de que el verdadero reto sería sacarla de su corazón.

La seguía mirando en la pista de baile, extasiado, cuando notó que alguien se le acercaba por detrás y tocándola en la espalda baja comenzó a bailar con ella. Se dio la vuelta y aunque su rostro era de sorpresa, al parecer estaba feliz de verlo. Ya la había visto antes con él, era el amigo de Marcelo. Repentinamente, la voluntad que lo había mantenido en la sombra toda la noche, lo abandonó y se puso de pie.

Capítulo 15

Fernando se acercó con sigilo a la pista de baile y esperó a que terminara la canción y su exnovia se separara de Andrés. La tocó en el hombro y le dijo: « ¡Hola!», con toda la naturalidad que los nervios le permitieron. La había seguido en secreto por tres o cuatro meses, pero esta era la primera vez en todo ese tiempo que le hablaba de frente y no por teléfono. Algunas miradas se giraron hacia ellos, pero rápidamente Virginia le tomó del brazo con una fingida sonrisa y la impotencia del que ve frustrada una prometedora noche. Andrés dio un par de pasos hacia la mesa, atento a la actitud del famoso exnovio a quien no tuvo el placer de conocer. Lo vio fornido, como el que espera el anuncio de los premios de un concurso de fisicoculturismo, su rostro se asemejaba al de un joven Adonis, pero la amargura que reflejaban sus ojos traspasaba el corazón del más desalmado. Pensó en interrumpir y se detuvo; la vio alejarse con él a una mesa cercana y, aunque no los perdió de vista por si acaso tenía que ir a rescatarla, algo le decía que en todo caso a quien habría que rescatar era a él.

— ¿Qué estás haciendo aquí, Fer? —le reprochó Virginia sin disimular el enojo.

—Es una simple casualidad. Salí a dar una vuelta, es un país libre, ¿no es así? —dijo él con marcada timidez, como un estudiante que responde a una pregunta del profesor sin ninguna seguridad de que sea la respuesta correcta.

—Casualidad o no, ya te he dicho que… ¡que no vamos a regresar! —repitió ella con más convicción que las otras veces.

—No respondes mis llamadas; estaba preocupado. Me alegré cuando te vi aquí… Bien, demasiado bien, por lo visto —le respondió sin ocultar el sarcasmo en su voz.

—Ya te dije muchas veces que no podemos ser amigos, lo intentamos antes y no funcionó. Tienes que entenderlo —dijo ocultando que su teléfono estaba averiado, quizá podía aprovechar la situación. Si antes no estaba segura, la posibilidad de una relación con Andrés le había dado toda la seguridad que necesitaba.

—Nunca me quisiste, ¿verdad? —le dijo Fernando con la voz quebrada. Una lágrima se escapó por su mejilla y bajó la cabeza.

—No, no se te ocurra hacerme una escena aquí. ¡Ni siquiera lo pienses! —le dijo levantando el tono levemente y perdiendo los estribos.

—Nunca voy a dejar de amarte, no importa cuánto intentes alejarme. Nadie va a amarte como yo, ¿sabes eso? —insistió, sin mostrar señales de irse, intentando tomar su mano.

—Fer, no lo entiendes… no te amo como tú me amas a mí. De verdad, por mi bien, espero que alguien más pueda amarme como tú, pero espero amarlo yo también. No quiero hacerte daño, serías infeliz conmigo. Lamento haber esperado tanto para decírtelo, pero de verdad lo intenté. Somos muy diferentes, ¡sé que puedes verlo! —dijo ella intentando suavizar la conversación, pues las lágrimas seguían acumulándose en aquellos ojos verdes que fueron su debilidad, sabía que no resistiría verlo llorar mucho tiempo y empezaría todo de nuevo otra vez.

El cielo comenzó a nublarse sobre sus cabezas y sin darse cuenta había pasado ya una hora desde que se sentó con él aparte. Un mesero le entregó con disimulo una servilleta con algo escrito, era un mensaje de Iveth que decía: «Ya nos vamos, Marcelo va a llevarme. ¿Te quedarás con él?».

Virginia se puso de pie sobresaltada y se despidió rápidamente de Fernando, que se quedó allí sin levantar siquiera el rostro para decirle adiós. Virginia, al regresar a su mesa, vio que quedaban Osvaldo, Gabriela, Iveth y Marcelo. Ni siquiera se atrevió a preguntar dónde estaba Andrés, pero Osvaldo se adelantó con los detalles de su partida.

—Si estás preguntándote dónde está Andrés, una rubia despampanante llegó hace un rato y se lo llevó, supongo que se cansó de verte haciéndole ojitos al fuertote —dijo en tono de broma, sin saber que le había dado a Virginia una puñalada en el corazón.

—No seas imprudente Osvaldo… Su asistente pasó con unas amigas —dijo Iveth intentando minimizar el comentario.

— ¿Vas a dejar allí a tu novio Virch…? —volvió a bromear Osvaldo, interrumpido por un codazo de Gabriela.

—Osvaldo, sabes bien que hace meses que no es mi novio… ¡Y por mí puede morirse allí! —pronunció con alarmante seriedad mientras tomaba su cartera y se dirigía a la puerta.

Iveth reprochó con una cortante mirada al bromista y salió tras ella seguida de Marcelo.

El camino a la casa fue silencioso. Marcelo no se atrevía a decir lo que estaba pensando por temor a recibir una respuesta como la de minutos atrás. Virginia fue la primera parada y se bajó del auto sin mucha ceremonia. Se despidió de sus amigos entre dientes y entró a su casa. Fue directamente y sin hacer ruido a su cuarto. Hija

de padres divorciados, vivía con su madre y su hermana de doce años; ambas dormían profundamente.

Virginia se encerró a llorar largo rato, pues no sabía ya como deshacerse de Fernando. Había empezado como una tonta apuesta con sus amigas que siempre la acusaban de ser una santurrona que solo pensaba en príncipes azules y noviazgos de telenovela. «Tienes demasiadas exigencias, nunca vives el momento», le decían. Cuando aquel fornido y apuesto chico se les acercó en la playa estaba evidentemente prendado de ella, así que una vez las dejó solas, tras su intento de coqueteo en un italiano mal pronunciado, comenzaron las bromas.

— ¿Saben qué? Estoy de vacaciones… les demostraré que puedo tener una aventura sin compromiso si eso es lo que quiero —había sentenciado ella en la playa. Y así comenzó el juego.

Al día siguiente se encontraron al grupo de chicos en una fiesta y él la invitó a bailar. Más adelante esa misma noche, ante la atónita mirada de las muchachas, la pareja estaba besándose en la pista de baile. De esas vacaciones hacía ya dos años y medio.

Su físico era innegablemente atractivo y eso prolongó la relación más allá de la playa, pero cuando hubo quedado claro para todos que no era una santurrona, él ya estaba muy enamorado y ella muy cansada de avergonzarse de lo que había hecho. Era imposible conversar con él; su idea de un título universitario era algo que colgar en la pared para sus padres. Le aburría leer y su idea de la diversión era escuchar música escandalosa con sus amigos, tomar alcohol hasta perder la conciencia y discutir qué marca de auto era más veloz. Quería recorrer todos los lugares de moda sin importarle si volvían tarde los días de semana, cuando ella debía trabajar. Se enojaba cuando Virginia le decía que no podía ir y trataba de compensar con regalos caros y ramos de flores sus ataques de ira. Cuando Virginia se dio cuenta, ya había pasado todo un año de novia con alguien a quien no quería, y lo peor de todo es que no sabía cómo terminar la relación pues se sentía culpable de haberla iniciado en primer momento.

Cuando finalmente reunió el valor para terminar con él, estaban en su casa y le dijo que debían ver a otras personas. Fernando había comenzado a llorar como un niño y ella, que no estaba preparada para aquello, se sintió confundida y culpable. Bastaron un par de llamadas y visitas con súplicas para que el juego comenzara otra vez. Comenzó a preguntarse si debería hacer un mayor esfuerzo por quererlo, si sus amigas no tendrían razón y ella era muy exigente. Esperó unos meses, durante los cuales, para complacerla, él

terminó finalmente su carrera. La noche de la graduación delante de toda su familia le entregó un anillo de compromiso.

Esto había llegado demasiado lejos, pensó, pero todos la estaban mirando y sintió que no tenía alternativa. Cuando regresó a casa, se quitó el anillo y lo guardó en su joyero. Ni siquiera se atrevía a decir a sus amigas lo que había ocurrido. A partir de aquel momento, comenzó a evitar salir con él todas las veces que podía, y en un intento de borrar todo lo que él amaba de ella, cortó su larga cabellera sin previo aviso. Nada funcionaba; a sus ojos ella seguía siendo tan hermosa como la primera vez que la vio.

Ya sin opciones fue a buscar a Iveth a su trabajo para almorzar juntas, desesperada por encontrar ayuda y dispuesta a contarle lo del anillo que ya hacía tres meses que tenía en su poder. Fue entonces cuando vio a aquel joven alto, de cabello castaño claro y ojos café hablando por teléfono un impecable francés mientras hacía fotocopias de alguna clase de contrato. Debió mirarlo fijamente por algunos segundos porque él interrumpió su llamada para ofrecerle ayuda. Sabía de sobra dónde estaba la oficina de Iveth, pero no se le ocurrió qué otra cosa preguntar y él gentilmente colgó la llamada y la condujo hacia allí.

Iveth los presentó y, aunque olvidó enseguida que lo había conocido, algo en su interior se despertó ese día, mientras otra cosa se dormía para siempre.

Capítulo 16

Un anillo de diamantes brillaba sobre el escritorio de Iveth y no era el suyo. Su amiga, con voz susurrante y rostro compungido, esperaba que ella le dijera algo, pero Iveth solo podía pensar en el buen gusto de Fernando. Tenía en muy alta estima a su amiga y la consideraba extremadamente inteligente, sabía que en algún momento este romance de verano terminaría, pues la realidad era que Fer no entendía ni la mitad de las cosas que decía Virginia y jamás pensó que él querría casarse con ella. Era un mujeriego por naturaleza y tenía un estilo de vida alegre y descuidado. A pesar de que estaba prendado de su novia, era inevitable para él disfrutar de la atención que despertaba cuando salían juntos. Su incapacidad para disimularlo era parte de su personalidad y solo imaginarlo caminando al altar presumiendo de sus músculos frente a las damas de honor, le causaba un cortocircuito emocional.

Tal vez otras mujeres podrían sobrellevar una vida colgadas del brazo de un galán compartido exhibiéndolo como trofeo, quizá algunas podrían llegar a amarlo con sus defectos, porque así es el amor: ciego. Pero Virginia no sería esa mujer, así que ya había tenido suficiente de esta relación que no iba hacia ninguna parte.

— ¡Vienes a traerme a mí el anillo cuando deberías estar devolviéndoselo a él! No entiendo ni cómo lo aceptaste en primer lugar —dijo Iveth con tono de reproche.

— ¡Ya sabía yo que me ibas a juzgar y por eso llevo tres meses con esta piedra atascada en la garganta! No critico tu relación con Miguel Ángel, a pesar de que estoy cansada de ver lo mal que te trata, así que no estás en derecho de criticar la mía —declaró en su defensa Virginia.

— ¿Sabes cuál es la diferencia? ¡Que con sus defectos y virtudes estoy enamorada de mi novio! Tú no lo estás de Fer y deberías dejar de ilusionarlo —respondió enérgicamente su amiga.

—Ya lo sé… no quiero prolongarlo más. Por eso estoy aquí, para que me ayudes a decidir cómo explicárselo —replicó Virginia bajando la voz.

La conversación duró unos minutos más y Virginia salió desde allí directa hacia una plaza donde algunos viernes se reunía con Fernando. Quedaron en verse, aunque apenas era jueves. Ella, dispuesta a cerrar el capítulo, condujo su auto repitiendo el discurso una y otra vez para no equivocarse. Lo encontró en la mesa de

siempre y tratando de hacerlo todo lo más breve y simple posible, tomó la bolsita con el anillo y puso el paquete en manos de Fernando.

—No somos el uno para el otro, es mejor dejar de recorrer un camino que no nos lleva a ninguna parte. Sé que encontrarás a alguien que te haga feliz, como mereces. Espero que no me guardes rencor y que me recuerdes como una amiga —comenzó Virginia, sin más preámbulos.

— ¿De qué estás hablando? ¿Es una broma? ¿Estás terminando conmigo? ¡Pero si ni siquiera hemos peleado! —interrumpió con rostro confundido el pobre chico.

—Esto no es una pelea, es una decisión que con el tiempo verás que es la mejor para ambos. No eres tú: eres perfecto tal cual eres y no es justo pedirte que cambies, simplemente ¡no seremos felices juntos! —repitió ella, como tratando de explicar a un crío la tabla de multiplicar.

— ¡Pero te amo y soy perfectamente feliz! Lo que quieres decir es que tú no me amas, ¿verdad? —dijo él con voz trémula y los ojos llenos de lágrimas.

—Debo irme. Lo siento, no es que no te ame, es que… es mejor que seamos amigos —dijo poniéndose de pie con los nervios de punta y los ojos a puntos de estallar en un mar de agua salada.

Lo dejó allí en el café y no miró hacia atrás. Había aparcado su auto en la calle para poder irse sin que él la persiguiera y se dirigió al aeropuerto. Cuando habló con Iveth, ella le vendió un boleto a New York para que pasara allí el fin de semana, lejos del caos y de una posible reconciliación. Habría un evento auspiciado por la agencia de la que ella y Marcelo eran representantes y tenían habitaciones reservadas. Aunque ella no participara, se quedaría en el hotel y dormiría con Iveth, «Nueva York siempre es una buena idea», le había dicho.

La madre de Virginia no exigió tantas explicaciones por el repentino viaje quien sí se las pidió fue su hermanita, a quien tuvo que suplicar que hiciera una maleta que Iveth pasaría a recoger. Su madre estaba más bien aliviada de que hubiera terminado con aquel joven «tan vanidoso», como solía describirlo Virginia al quejarse con ella cada vez que le escuchaba hablar de relojes y autos. Su madre era directora de una fundación internacional para la promoción de los derechos de los niños y se molestaba por el inexistente interés social del novio de su hija.

Las amigas se encontraron unas horas más tarde en el aeropuerto donde ya les esperaba Marcelo y durante el fin de

semana la pasaron de maravilla, mientras el ahora exnovio intentaba sin éxito comunicarse con un celular sin cobertura.

Pasearon por la ciudad aprovechando cada instante de luz y disfrutaron el clima agradable que les obsequiaba el mes de julio. Visitaron los parques y museos, y hasta fueron a Broadway para ver *El Fantasma de la Ópera*, cediendo a los insistentes deseos de Virginia. Aprovecharon los tres días como solo un grupo de jóvenes puede hacerlo: sin dormir.

A su regreso al país, Marcelo y Virginia, que ya se conocían de antes, regresaron más unidos porque fue inevitable que hablaran de la finalizada relación. Él le dio su punto de vista como hombre y en sus conversaciones le reafirmaba que desde que la conoció y la vio con él, sabía que no iban a durar. Aparentemente todo el mundo lo sabía, se quejaba ella en uno de sus viajes en el metro camino al Museo Metropolitano.

Ya de vuelta en la ciudad, el grupo de amigos que ya hacía un par de meses había adoptado como nuevo integrante al canadiense amigo de Marcelo, aprovechó el verano para disfrutar de los placeres de la Zona Colonial durante los fines de semana. Virginia regresó a la diversión que ya había olvidado que podía disfrutar, pues ya no tenía que ir siempre donde quisiera Fernando. Volvió a salir con el grupo de fiesta y recuperó el tiempo perdido con entusiasmo. Pero cuando en medio de la celebración veía el número de Fer en su identificador, solía contestarlo y pasar horas consolando al pobre chico que no aceptaba sus negativas.

Andrés y ella siempre se llevaron muy bien y solían bromear constantemente. Se sentaban juntos y bailaban cada canción sin descansar en toda la noche. A veces él la recogía y la llevaba de vuelta a su casa luego de una salida grupal, pero en realidad ella nunca notó ningún interés por parte de él. Y en una de esas noches cuando Osvaldo se le acercó con su comentario, en teoría absurdo, fue inevitable pensar si tendría razón.

Días más tarde, la llamaría por primera vez Marcelo para que salieran juntos solo ellos tres. Y así comenzaron los viernes de vino en la avenida.

Capítulo 17

El teléfono de Virginia timbraba con insistencia la mañana después de Navidad. Todavía aturdida por la noche anterior que había pasado bailando y tomando con Marcelo, Andrés y otros amigos, descolgó el auricular sin siquiera ver quién llamaba con tal de no escuchar el irritante sonido. Se cubrió con las sábanas y volvió a dormir. No tenía trabajo, pues la constructora había dado vacaciones colectivas, y aunque pasaba del mediodía tampoco se había preocupado por la hora.

No tenía una conciencia real de cómo había llegado a su casa, aunque sabía que definitivamente no había conducido porque el chofer designado para aquella noche del veinticinco de diciembre había sido Marcelo. Recordaba, en sus sueños, momentos específicos donde estaba en la discoteca por toda la pista de baile en un sublime vaivén agarrada del brazo de Andrés. Había tomado vino, y posiblemente un coctel rojo, no estaba muy segura. « ¡No debes mezclar!», escuchaba en su cabeza la insistente voz de Andrés a la que no hacía caso.

Estaba molesta, eso lo recordaba. Su celular sonaba insistentemente y era Fernando el que la llamaba. No quería que Andrés viera que él seguía insistiendo, ya bastante se había molestado cuando lo vio aparecer de la nada días antes y no pensaba dejar que ocurriera algo así de nuevo. Apagó el celular y al día siguiente no lo encendió. Casi a las dos de la tarde se puso de pie, tenía sed.

Fue a la cocina y vio una larga nota en el refrigerador dejada por su madre: «Es Navidad y todo lo que quieras, pero solamente en Año Nuevo puedes llegar al amanecer, jovencita. Agotaste tu turno de este año con anticipación. Por otro lado, llama a casa de Fernando, no me cae bien pero han estado llamando de su casa desde muy temprano esta mañana. Ya iba a salir al trabajo y cuando regresé a contestar habían colgado. Llamaron bastante, quizá ha pasado algo. Te veo luego, tu hermana se fue ayer con tu padre, llámala también, estaba molesta contigo».

Virginia había tomado ya dos vasos de agua para cuando terminó de leer la nota. Buscó el auricular y marcó a casa de Fernando, contestó alguien a quien no conocía. Le respondió una voz grave con un: « ¿Sí?».

— ¿Hola? Es la casa de Fernando, ¿no? —dijo intentando aclarar

la voz todavía ronca.

— ¿Quién es? —le contestaron a secas.

—Habla Virginia… Soy una amiga suya, solo estoy devolviendo la llamada porque alguien habló desde este número hoy por la mañana a mi casa—-expresó con timidez, pues normalmente le contestaban con mucha educación en aquella casa.

—Ya todos se han marchado. Están haciendo los arreglos —le indicó la voz sin identificarse.

— ¿Arreglos? —replicó con gran confusión Virginia a medida que se le aceleraba el corazón.

— ¿No ha dicho usted que es amiga de Fernando? ¿No sabe lo que ha pasado? —volvió a decir el desconocido.

— ¡No tengo ni idea! ¿Qué es lo que ha pasado? —interrogó con un tono alterado a su interlocutor.

—Quizá debería hablar con alguien de la familia. Yo solo soy de la policía —intentó explicar ahora con la voz suavizada.

—Necesito saber lo que pasa, ¡ahora mismo! —le interrumpió ella elevando aún más la voz y sin ánimos de quedarse en suspense.

—Pienso que debe hablar con la familia, pero el joven Fernando ya no está con nosotros. Le han llevado muy temprano a emergencias, pero no ha habido tiempo de salvarle la vida. Aparentemente sufrió un ataque al corazón y, al ser tan joven, ha sido fatal… —le dijo con calma el policía que estaba allí por trabajo.

Él siguió hablando pero ella ya no escuchaba, sus pensamientos habían viajado a un mundo paralelo. Sentía como la cocina se iba haciendo grande y ella pequeña. No escuchó caer el auricular, ni sintió su alma salir del cuerpo y abandonarlo a su merced en el suelo para viajar a aquella dimensión lejana. Se golpeó levemente la cabeza y quedó en el suelo unos minutos… Sintió el agua fría en su cara y volvió a la cocina. Su madre había llegado a almorzar y la había encontrado allí tirada, vio el teléfono a su lado y supo que no era un efecto secundario de la noche anterior.

Fernando descansaba en el ataúd, más bello que nunca. Su cabello peinado todo hacia atrás resaltaba sus perfectos pómulos. Sus padres desconsolados recibían las condolencias y su hermana mayor, bajo el efecto indiscutible de los ansiolíticos, estaba sentada en un rincón vestida completamente de negro y con unas gafas de sol cubriendo sus ojos. Nunca hablaron mucho ellas dos, la diferencia de edad era muy marcada, doce años mayor que Fernando y lo trataba como a un niño.

Virginia, acompañada por su madre y por Iveth, se negaba a dar

un paso más ni bien llegaron al salón de la funeraria. No había dejado de llorar desde que su madre la despertó de su letargo y habían hecho falta varias horas para ponerla presentable y subirla al auto. Apenas pronunciaba palabra y cuando lo hacía era para decir que era su culpa. Hacía ya seis meses que habían terminado, pero no tenía valor para enfrentar esa familia sabiendo que había aceptado delante de todos ellos casarse con él para después arrepentirse. Tenía pavor de acercarse al ataúd pues estaba convencida de que él seguía vivo y que podía escucharle decir su nombre. Después de intentarlo por un rato, la madre de Fernando fue quien se le acercó y le abrazó con fuerza diciéndole:

—Él te amaba con toda su alma… ¡Lo hiciste muy feliz! —le dijo mientras lloraba en su hombro.

Un defecto congénito había sido la causa, dijeron los doctores, su corazón simplemente dejó de latir porque no tenía la fuerza para hacerlo. Todos en el salón se preguntaban cómo es que aquel chico que hacia ejercicios constantemente, que tenía el cuerpo de un atleta olímpico y disfrutaba los deportes extremos como ningún otro, había sufrido un ataque al corazón. Había perdido un hermano recién nacido por la misma razón, murmuraban algunos, era una enfermedad familiar. Otros decían que últimamente ya no hacia tanto ejercicio ni estaba tan activo porque su prometida le había dejado. Iveth escuchaba las conversaciones en los bancos y supo que había que sacar a Virginia de allí antes de que alguien la reconociera como la exprometida.

Su madre estuvo de acuerdo y la llevaron de vuelta a la casa. Iveth se quedó a dormir con ella y en plena madrugada, la escuchó gritar en medio de una pesadilla: «¡Suéltame!».

La luna nueva adornaba con su traje invisible el cielo… y una sombra silente despertaba…

Capítulo 18

Las luces con su intensidad intermitente reflejaban la excitación de los que bailaban en la pista un movido merengue de Juan Luis Guerra[2]. Los novios protagonizaban una graciosa escena en el centro del lugar, pues a pesar de todos los esfuerzos y clases, Gastón no lograba coordinar los pasos con la suficiente soltura como para sorprender a sus familiares franceses en la boda. Y es que el merengue, ritmo tropical de candentes movimientos, requiere de la pasión caribeña para salir al paso en una pista de baile.

Iveth, que no paraba de reír, seguía de cerca el movimiento de la entrada en espera de su dama de honor que ya estaba retrasada por casi una hora. La vio llegar sola y no podía esperar a que terminara la canción para ir a interrogarla, pero pocos segundos después entraba él detrás suyo, como guardián que cuida un preciado tesoro.

Andrés se acercó ágilmente al bar y regresó con dos copas de vino. Virginia ya estaba ocupando el sofá que le había indicado Iveth con todas las señales posibles desde la pista de baile. Se sentaron el uno junto al otro y disfrutaron del espectáculo que ofrecían los familiares franceses intentando bailar merengue.

—¿Qué haremos cuando lleguen los demás mañana? —preguntó Andrés sin indirectas y refiriéndose a los arreglos para dormir.

—¿Estás pensando en mañana? Si ni siquiera es medianoche —le respondió ella sin ánimos de discutirlo en aquel momento.

—Pues, a decir verdad, estoy pensando en el resto de mi vida — dijo él mirándola fijamente.

—Tú necesitas bailar —respondió con coquetería y poniéndose de pie lo llevó hasta la pista de baile. Pretendía a toda costa escapar de aquella conversación mientras fuera posible.

Unas horas antes, la terraza de la villa diecisiete recibía un par de huéspedes entusiastas. Acompañados por una jarra de jugo de naranja, panecillos y mermelada de melocotón, ocuparon cada una de las hamacas gemelas, mientras Andrés colocaba la bandeja del desayuno sobre la mesa del centro. La pérgola permitía solo el paso de algunos tímidos rayos de sol que irradiaban su luz sobre los blancos cojines que adornaban las hamacas y los muebles a juego. Sencillos diseños en azul marino delineaban la decoración impecable digna de portada de revista de sociedad.

De haber sabido que irían a las hamacas a desayunar no se

habría puesto aquel vestido corto, pensó Virginia al acomodarse tratando de mantener cerradas las piernas en el vaivén. Andrés fue en su ayuda sosteniendo el movedizo artilugio hasta que ella pudo recostarse cómodamente. No pudo evitar acercarse un poco más y segundos después ya no fue necesaria la segunda hamaca. Se quedaron juntos enredados el uno en el otro, buscando el equilibrio sin parar de reír. Para los dos era incomprensible como es que habían pasado tantos años para que pudieran encontrarse allí como si hubieran sido amantes desde siempre. Con la confianza y la complicidad de desnudar no solo sus cuerpos sino también su alma, con la facilidad de tocar cada fibra y sin proponérselo alcanzar el alma. Se besaron y abrazaron con delicadeza explorándose mutuamente como quien regresa a una patria que dejó años atrás.

Pronto la hamaca fue más que un obstáculo y en un momento de calma bajaron a la habitación de ella. Andrés besaba su cuello con ternura mientras bajaba las escaleras y le preguntaba si estaba segura. Ella no respondía, solo pensaba que si hacían el amor ya no habría vuelta atrás. La ilusión de saber qué habría pasado si hubieran estado juntos diez años antes es lo que había mantenido encendida esa llama todo este tiempo y el fuego estaba a punto de apagarse, o bien de encenderse aún más. ¿Cómo saberlo? ¿Cómo adivinar el resultado de aquel experimento? Y entonces lo supo, algo muy dentro de ella lo había sabido siempre.

Entraron a la habitación y mientras él se deshacía de su vestido de encajes blancos, con sutileza ceremonial, recordó aquella tarde en que lo vio por primera vez en la oficina de Iveth. Sintió algo justo allí, en ese momento. El empujón que necesitaba para no mirar atrás en el café cuando dejó a Fernando. Recordó también que luego de pasar un año en profunda depresión por su muerte, sintiéndose responsable y soñando cada noche que la abrazaba para llevarla con él, escuchó a Iveth decir que Andrés se casaría con Cora, y aquella oración bastó para despertarla de su letargo.

Había pasado todo ese tiempo sin ver más que a sus amigas cercanas, dejó su trabajo, no salía de casa y no tomaba las llamadas de Andrés, de Marcelo, ni de nadie. Pero ese día, cuando Iveth le dijo que no podía faltar a la boda de Andrés, aceptó finalmente las súplicas de su madre de ir a un psicólogo. La tomó por sorpresa saber que él iba a casarse, pero no se había dado cuenta de que ya habían pasado varios meses de la muerte de Fernando y de que, en todo ese tiempo, el remordimiento había bloqueado por completo la figura de Andrés, hasta que supo que estar con él ya no era una opción posible.

Y es que le dolía demasiado pensar que por su culpa Fer había muerto; podía verlo a veces al pie de su cama, escuchaba su voz llamarla en sueños y sentía sus manos abrazar su cintura con fuerza hasta impedirle respirar en las madrugadas. Una vez dejó las marcas en su vientre... ella estaba segura. La psicóloga trató su trastorno por unos meses y su primera recomendación fue que se inscribiera en clases. Iveth, que estaba a solo semanas de su boda, se inscribió con ella feliz de recuperar a su dama de honor que regresaba poco a poco a la vida. Andrés por su parte, regresó a vivir a Toronto con Cora pocos días después de la luna de miel y prácticamente no sabían de él.

A veces, en la amargura de sus noches solitarias, Virginia no sabía si sus lágrimas eran por Fernando o si en realidad lloraba porque no podía estar con Andrés. Pero al entrar en aquella habitación unos años después, sentía el alma desprenderse del cuerpo para unirse a la de él y todas las dudas se disiparon porque hay almas que se encuentran por solo un instante y eso basta para que se reconozcan la una a la otra, aunque encontrarse les tome toda la vida.

Y el vestido de encaje se resbaló al suelo ocultando sus sombras…

Capítulo 19

La noche vestía de fiesta y afuera, en la terraza de la discoteca, una exhibición de medio oriente presentaba bailarinas de la danza del vientre y a una teatral adivina que leía el futuro en las manos de los presentes. Era parte del espectáculo que encantaba a los huéspedes en Villas Paraíso en su versión nocturna. *Agatha*, se hacía llamar la exageradamente maquillada señora, que, tarot en mano y sobre la adornada mesa, deleitaba a los presentes con promesas de riquezas repentinas y amores eternos. Gastón insistió en acercarse a la mesa con Iveth de la mano para saber si su amor sería eterno. La mujer los miró con intolerable indiferencia y lanzó las cartas.

—Un nuevo amor, almas recién llegadas. Habrá poco sufrimiento para ustedes en esta vida, pues como es siempre al principio, todo parecerá fácil. Disfruten su dicha en otras vidas, encontrarse será su gran reto y sobreponer los obstáculos cuando al fin se encuentren tomará muchas vidas —sentenció con voz palpitante pero autoritaria la mujer del turbante dorado.

—¿Escuchaste eso mi amor? ¡Felices por siempre! Bueno, ¡por esta vida al menos! —le decía Gastón a su futura esposa con emoción desbordante, ligeramente influenciado por las copas de vino previas.

Agatha miraba con curiosidad a Virginia, que había salido a la terraza también, aprovechando que Andrés buscaba dos nuevas copas de vino. Iveth se separó de Gastón y tomó a su amiga del brazo para llevarla aparte e interrogarla. Pasaron cerca de la adivina que dirigiéndose a ellas hizo un comentario que no escucharon con claridad.

—¿Nos habla a nosotras? —dijo Virginia con sorpresa.

—Le hablo a tu sombra. Su capricho no puede prolongarse más, no has sido clara, debes decírselo —sentenció con autoridad la mujer respondiendo a su pregunta.

—¿Decírselo? ¿Decirle qué a quién? ¿A su sombra? —Inquirió con curiosidad Iveth, mirando a Agatha.

—¡Debes decirle adiós a tu fantasma, muchacha! Si no lo enfrentas, te perseguirá por siempre. En esta vida has completado tu camino y aunque sigas escondiéndote de tu mitad, volverán a reunirse como imanes porque son una sola alma. ¡Deja ir a tu sombra! El dolor de su capricho no está en tu destino, pero si sigues alimentando su poder, su fuerza no tardará en alcanzarte —

sermoneó Agatha poniéndose de pie frente a Virginia e ignorando a Iveth que la miraba con incredulidad.

La mujer tomó su tarot y se alejó caminando, dejando en el ambiente un halo de misterio que Iveth despejó con una carcajada. A Virginia por el contrario no le hizo ninguna gracia, pues su rostro en vez de júbilo reflejaba una intensa preocupación.

—Ya te han dicho amiga, ¡debes hablar con tu sombra! —se burló Iveth.

—Hay cada loco… —respondió Virginia con susurros intentando esbozar una sonrisa.

—Pues hablando de cosas importantes, debes decirme ahora mismo ¿qué está pasando? —preguntó Iveth sin rodeos.

—Amiga, no puedo ni comenzar a explicártelo. Estoy muy feliz, es todo lo que diré —dijo Virginia con una auténtica mirada de felicidad y tratando de no ahondar más en la conversación porque ya regresaba Andrés.

—¿Interrumpo? ¡Hola, Iveth! —saludó él a la vez que acercaba una de las copas de vino a Virginia.

—Para nada, amigo. Justo estábamos hablando de ti. Ni se crean ustedes dos que no me van a decir justo a mí lo que está pasando —dijo ella indicando que no esperaría más por una respuesta.

—¿Qué quieres saber? —dijo él retando a la curiosa novia a que preguntara a sus anchas.

—¡Pues todo! Quiero saber con lujo de detalles por qué ninguno contesta a mis llamadas —dijo Iveth arrepintiéndose segundos después de haber usado la palabra «todo» en su oración.

—¿Segura de que quieres los detalles? —dijo él con picardía mirando con complicidad a Virginia y con ánimos de bromear.

—¡No juegues conmigo, Andrés Emilio Nova! —insistió Iveth, ya visiblemente molesta.

Virginia miraba a Andrés, diciéndole sin hablar, casi suplicando, que no dijera nada. Pero él la miraba como respondiendo que no había razón para ocultárselo a Iveth.

—Pues todo lo que has querido que pase desde que hablamos por primera vez de Virginia hace diez años. Pero ella no quiere que se lo digamos a nadie, por lo que te pido que no lo compartas con nadie. Creo que van a golpearme ahora por habértelo dicho —dijo Andrés con seriedad dándole un beso en la mejilla a Virginia que lo miraba con desaprobación.

—No es que no quiera decírtelo Iveth, simplemente no quiero distraer la atención de este fin de semana, que te pertenece a ti —le dijo a su amiga con tono maternal.

—Soy la novia, debes complacerme en lo que diga y esto me hace extremadamente feliz y no sé porque quieres negarme tanta alegría si es «mi fin de semana», como dices —le respondió intentando abrazarlos a ambos al mismo tiempo.

—Por favor, ¡no se lo digas a nadie! —le dijo su dama de honor con sincera preocupación.

Gastón se integró al grupo que inmediatamente regresó a la pista de baile retomando el entusiasmo. Una hora más tarde, Virginia se escapó a la terraza buscando con la mirada a la adivina, que ya se había marchado. La luna se observaba desde lejos en el cielo impregnado de estrellas que se reflejaban en la bahía.

Virginia caminó por el sendero que desembocaba en un muro de piedras, donde se sentó mirando las olas que a pocos pasos estallaban en espuma blanca salpicándola tímidamente. Soñó despierta con un futuro donde paseaba con Andrés y Noelia, en esa misma playa bajo el sol caribeño con el agua fría mojando sus pies. Reflexionaba sobre lo que había escuchado antes y había comprendido al instante, aunque fingiera que no ante Iveth. Por eso había salido buscar a la mujer, necesitaba más información, no sabía cómo «dejar ir a su sombra».

Pensaba en lo que le había dicho Agatha cuando sintió que tocaban su espalda con delicadeza. Andrés la había encontrado, pensó, y sonrió con el simple pensamiento de que habían pasado apenas uno minutos y había salido a buscarla. Pasaron unos segundos y al ver que no le hablaba inició la conversación.

—No me regañes, no es que no quiera decírselo a todos. De verdad no quiero robar la atención. Además, debemos estar seguros de lo que queremos que pase cuando este fin de semana termine. ¡Y está Noelia! —comenzó ella a hablarle con ternura.

Al ver que Andrés no le respondía, pensó que estaría molesto y buscó el valor para voltear y mirarlo a los ojos. Para su sorpresa estaba completamente sola y nadie estaba a su alrededor. Se puso de pie con el corazón acelerado y miró con preocupación a todas partes, pues seguía sintiendo que había alguien allí. Quería salir corriendo en dirección a la terraza y de repente sintió que todo su cuerpo se paralizaba. La brisa se tornó muy fría y sentía que se congelaba en medio de la noche, en la soledad de la playa, sintió miedo…

La sombra despertaba ante sus ojos y la luna observaba impotente desde lejos.

Capítulo 20

Ella vestía un pantalón blanco ajustado y una blusa negra que dejaba su espalda al descubierto. Aquella noche se acercó a Andrés con un sobre en la mano y una sonrisa de oreja a oreja rodeando su cara. Ya llevaban casados dos años y Cora no trabajaba más en la actualmente estable empresa de su esposo, sino que daba clases de ballet a tiempo completo en una prestigiosa academia. Cuando Virginia se refugió en la amargura para sobreponerse a su manera a la muerte de Fernando, Andrés hizo todos los esfuerzos posibles para hablarle o verla. Le escribió y le envió mensajes por los que nunca recibió respuesta y pasados unos meses, aceptó la invitación para cenar que Cora le hacía constantemente y que él rechazaba con cortesía.

Comenzaron a salir regularmente y unos meses después Cora sugirió que debían casarse. Insistía con el asunto del compromiso cuando pasaban cerca de alguna joyería, y aunque él pensaba que ocho meses eran poco tiempo para hablar de matrimonio, la verdad es que se conocían desde siempre, se caían bien, ella era muy bella y se llevaban muy bien en todos los sentidos posibles. Cora era una joven culta y educada, la conocían y aprobaban sus padres y él definitivamente también la quería. No estaba muy seguro de que fuera amor porque podía expresar exactamente lo que sentía por ella.

Sin embargo, era imposible para él describir lo que sentía por Virginia y eso era algo que le parecía mucho más cercano al amor. Pero Cora estaba allí, presente, disponible y cariñosa en todo momento. Se colgaba de su brazo y recostaba su rubia y perfumada cabellera en su pecho, le contaba episodios de su niñez que apenas recordaba y, en definitiva, lo hacía sentir cómodo y, por qué no, también feliz.

Con el tiempo, aunque pensaba en Virginia, Cora fue ocupando más y más espacio en su pensamiento, pues se refugió en el trabajo y justo allí era donde ella estaba. Finalmente, ante la insistencia de la novia planearon casarse en un registro civil sin mayor ceremonia, pues más adelante harían una gran fiesta en Toronto, donde estarían gran parte de los familiares de ambos y los amigos que Cora quería que asistieran. Habían acordado pasar la luna de miel en las ardientes playas del este para inmediatamente después ir a vivir un tiempo a Toronto.

Gracias a los contactos de su padre, Andrés había logrado un interesante contrato con la embajada canadiense para traducir eventos y documentos, pero debían pasar al menos seis meses de entrenamiento y otros nueve meses realizando proyectos en Toronto para recibir la certificación que los acreditaría para trabajar en la República Dominicana. En cuanto a la boda, en el registro estarían los padres de ambos que, encantados con el romance, discutieron un poco el tema de la fiesta pero finalmente cedieron.

Marcelo sería el padrino de la unión, a pesar de que no estaba de acuerdo en absoluto. Él seguía viendo a su amigo de pie junto a Virginia como aquella vez en el cine y no lograba entender lo que estaba haciendo al casarse con aquella chiquilla que estaba seguro que terminaría por romperle el corazón. Cora era hija única, pero la hermana menor de su madre vivía con ellos desde que era niña y como esta última era apenas cinco años mayor, siempre se trataron como hermanas y nunca como tía y sobrina. Ella fue su madrina de bodas. Andrés invitó a Iveth a la boda y también le pidió que le dijera a Virginia que iba a casarse.

No sabía por qué le había pedido aquello, si era consciente de que a estas alturas no podía deshacer el compromiso, pero era como si esperara alguna señal para no casarse; aunque no la encontró. Ya estaba hecho y decidió ser feliz con Cora, se casaron y se fueron tal como lo habían planeado. Cora regresó a la academia de artes, mientras Andrés preparaba el escenario para formalizar su empresa una vez que regresaran. De vez en cuando escribía a Marcelo y a Iveth, pero dejó de escribir a Virginia.

No pudo asistir a la boda de su amiga, porque una fuerte nevada impidió la salida de vuelos por toda una semana. Cora no lo acompañaría, así que tenía gran ilusión por ver a algunas personas en aquella boda, pero el destino no se lo permitió. Supo por Marcelo que las clases habían ayudado a Virginia a volver a la vida y ahora estaba recuperándose exitosamente. Se alegró al ver que ella había aceptado su solicitud de amistad en Facebook, una red social de internet que en aquellos años se había vuelto popular y de la que Cora no paraba de hablar. Le alegró ver al menos fotos suyas allí, aunque solo entraba a verlas y nunca comentaba nada.

Pasó todo un año para que consiguieran la acreditación, y en todo ese tiempo, debido a todas sus ocupaciones, apenas podía hablar con Iveth algunas veces y siempre era sobre lo mal que iba su matrimonio. Él sabía que aquello terminaría mal, pero era inútil aconsejarla, pues ella era perfectamente consciente de la iracunda personalidad de su novio y, a pesar de eso, se había casado con él.

Marcelo, por su parte, no tenía novia fija conocida y aprovechaba cualquier oportunidad para jactarse de su vida de soltero, así que tampoco eran muchas las conversaciones que tenían. Intercambió un par de mensajes con Virginia, pero eran escuetos y completamente impersonales, así que optó por mirar su vida a través de las pocas fotos que publicaba.

Ya era tiempo de volver, así que su esposa y él empezaron a planificar el regreso a Santo Domingo y le pidieron ayuda a Marcelo para conseguir una gran oficina en un edificio profesional importante. Regresaron e instalaron la empresa, adquirieron los equipos, comenzaron a contratar gente y unos meses más tarde ya estaban trabajando a tiempo completo. Cora se dedicó a dar clases de ballet, pues tras todo el tiempo que pasó en la academia, volvió a ella su pasión por los tutús y las puntas. Andrés, por su parte, se concentraba en la empresa, especialmente después de que en uno de sus almuerzos con Iveth, que ya estaba divorciada, supo que Virginia estaba saliendo con un apuesto profesor australiano.

Sabía que lo de ellos era un imposible porque él estaba casado, pero enterarse de que ahora ella también estaba haciendo su vida con alguien lo hizo sentir aún más miserable. Desechó los deseos que tenía de verla desde que había pisado el país y que se había resistido a manifestar en espera de que Iveth se lo sugiriera. Ese día entendió la razón por la que Iveth no había sugerido que ella los acompañara.

Andrés dedicó toda su energía a la empresa que siguió creciendo y a Cora, que cada día pasaba más tiempo en la academia de ballet y estaba impartiendo clases a todas horas. Él comenzó a preguntarse si no sería tiempo ya de formar una familia, pues con casi dos años de casados el tema de los hijos nunca había salido a colación de forma seria y le parecía extraño que su esposa no insistiera con ello, como insistía con todo lo que quería. La empresa se mantenía estable, les estaba yendo muy bien y parecía que ya era el momento, así que aquella noche en que ella se acercó sonriente con un sobre en la mano, pensó que traía la noticia de un embarazo y sonrió para sus adentros mientras esperaba que ella misma se lo dijera:

—¡Tengo una noticia maravillosa! —dijo ella con visible entusiasmo y abalanzándose sobre él en la cama.

—¡Pues eso parece! —respondió él con igual entusiasmo.

—¡Nos regresamos a vivir a Toronto! ¡Acabo de recibir la invitación para ser miembro permanente del Ballet Nacional de Canadá como segunda solista! ¿Puedes creerlo? —continuó ella con

creciente emoción mientras él la miraba con incredulidad.

—Cora, ¿de qué estás hablando? ¿Has perdido la cabeza? —dijo él pensando que se trataba de una de sus bromas.

—¿A qué te refieres con que he perdido la cabeza, Andrés? Acá tengo la carta, ¡no estoy loca! ¡Me ha llegado hoy! —dijo ella verdaderamente ofendida.

La pareja siempre hablaba inglés entre ellos, pero cuando Cora se molestaba solía gritarle insultos a Andrés en cualquier idioma. Y aquella noche comenzó una discusión de dimensiones internacionales provocando que Andrés saliera molesto de la casa minutos después. Cora, como siempre, estaba decidida a irse a toda costa y le era indiferente si Andrés quería venir o no. Lo quería, pero se había aburrido de la relación más pronto de lo que ella misma esperaba hacerlo. Mientras estuvieron en Canadá había solicitado la entrada como bailarina permanente en la academia de ballet más importante del país. Ya había perdido las esperanzas cuando unos meses después de marcharse había recibido la respuesta. Nunca más tendría que seguir siendo profesora de niñas en aquella remota y desconocida isla, y podría bailar en los más prestigiosos teatros de Europa. Andrés era un egoísta por no acompañarla, tendría que irse sin él, pensó, cuando él arrojó con fuerza la puerta al salir del apartamento. Debía estar en Toronto en una semana, no podía esperar a que amaneciera para contárselo a sus padres. ¡Sus amigas de la academia se morirían de envidia! Solo contrataban a una bailarina cada año y ella había sido la escogida entre cientos de aspirantes. Esto era todavía mejor que presumir de Andrés con ellas, era un absoluto triunfo que solo le pertenecía a ella.

Esa noche Andrés se sentó en un bar a repensar su futuro mientras que, a pocos pasos, en el restaurante italiano de al lado, Virginia definía el suyo colocando un anillo de compromiso en su dedo.

Ambos insistían en abrazar una realidad que no les pertenecía…

Capítulo 21

Andrés la condujo al aeropuerto. Sus padres no estaban de acuerdo en que se fuera. Aunque estaban orgullosos de que la hubieran elegido, en un momento dado ella había elegido hacer su vida con un marido y, sin embargo, ahora dejaba de lado su matrimonio sin tan siquiera detenerse a pensarlo. El camino fue solitario a pesar de que estaban uno junto al otro. Hablaron poco y de cosas que nada tenían que ver con lo que estaba pasando. Cora le dijo que se iría un tiempo para saber si el traslado iba a ser definitivo. Andrés aceptó esperar ese tiempo, aunque nunca aclararon cuánto sería. La observaba en el auto, con su abrigo rosa, fría como un témpano de hielo, como si no le doliera despedirse. ¿Cómo era posible que hubiesen pasado juntos todos los días durante casi tres años y ahora ella simplemente pudiera irse sin pensárselo un poco? Estaba seguro de que la había tratado con ternura, la acompañaba sólo por complacerla a actividades que no disfrutaba, compartía su tiempo con sus inmaduros amigos que lo hacían sentir que tenía cien años, y hasta había dejado de frecuentar a sus propios amigos porque ella los consideraba aburridos.

Ahora la miraba marcharse y, aunque no lo había dicho todavía, en su interior ya tenía la respuesta sobre su regreso. Lo sabía desde el instante en que le dio la noticia, ella ya había tomado una decisión sin él. Pasaron cuatro meses en los que se comunicaron por teléfono y Cora hablaba como si no fuera a regresar. Finalmente ella fue quien sugirió que debían divorciarse.

Andrés se enfocó en su compañía y pensó que tal vez debía poner de lado el amor por un tiempo. Se inscribió en la escuela de diplomacia y los estudios lo mantuvieron ocupado. Iveth seguía siendo una amiga fiel, ya sabía lo que era el divorcio y pese a que él no podía quejarse de un pésimo matrimonio, solían reunirse a almorzar para quejarse del amor, aunque nunca mencionaban a Virginia. Fue Marcelo quien le dio la noticia de que se había casado y se la pasaba viajando a Australia con su marido. Sabía que su amigo no lo hacía para molestarlo, pero lograba sacarlo de sus casillas cada vez que la mencionaba en una conversación. Es difícil olvidar aquello que todavía no ha sucedido, es imposible deshacerse del dulce recuerdo de un beso que aún no ha sido dado, es absurdo oír un silencio que todavía es ruido.

¿Por qué sentía que al escuchar su nombre vibraba cada fibra de su ser en perfecta armonía y a la vez caótica desesperación? ¿Cómo puede el solo pensamiento provocar una oleada de pasiones y recuerdos de momentos invisibles e inexistentes? Quería llamarla, moría por hacerlo, pero sabía que era incorrecto, entonces moría algo de él por dentro cada vez que la recordaba. Y los meses se convirtieron en años, los años en soledad, la soledad en silencio y el silencio en un abismo que los separó.

Virginia, por su parte, pensaba en él de vez en cuando, con la nostalgia de las noches de vino en la avenida. Pero ya estaba casada y su esposo era un gran compañero, al menos cuando estaba en casa. Podía genuinamente decir que lo amaba, que era un amigo incomparable y que había conectado con él inmediatamente al verlo aquel día en la charla. Su pronunciación en español o en inglés era lo más sensual que ella había escuchado y le encantaba conversar con él. Su cuerpo tonificado y bronceado era de ensueño, y su cabello largo le recordaba al de un dios griego. Encontró un amigo fiel que la ayudó justo cuando lo necesitaba, pues Dios sabía que al terminar la maestría los pensamientos volverían a Fernando o a Andrés, y cualquiera de esos escenarios la hacía igualmente miserable.

La psicóloga la había ayudado a enfrentar el dolor de la pérdida y con los meses dejó de sentirse culpable. Al principio sentía que podía haber evitado su muerte, quizá si hubiera contestado su llamada o si no lo hubiese dejado… La realidad es que nada podría evitar lo que pasó, el defecto en su corazón estaba allí desde que nació y era cuestión de tiempo que Fernando se despidiera del mundo. Pero la de Andrés era otro tipo de pérdida, y a ese dolor sabía que tenía que enfrentarse sola porque él estaba vivo y felizmente casado.

Cuando quedó embarazada, su vida dio un giro inesperado. Se dio cuenta unas semanas después del que fuera su último viaje a Australia. Pasarían un par de semanas más para que Noah también regresara, y esperó para contárselo en persona y asegurarse con su doctor de que todo estaba bien. A su mejor amiga no pudo esperar para contárselo y quedaron en verse una tarde para tomar un café.

—¿Pero cuántas semanas tienes? ¿Ya lo sabe Noah? —respondió Iveth al escuchar la noticia con gran emoción, pues era el primer bebé del grupo.

—Tengo ocho y solamente lo saben tú y mi mamá, así que estate muy callada con esto. Estoy esperando que Noah llegue, pero todavía le quedan dos meses en Sídney… No sé si decírselo, para

cuando llegue ya se me notará —continuó Virginia con rostro sonriente.

—¡Mejor le das la sorpresa! Le dará un ataque en el aeropuerto, ¡eso seguro! —dijo la ilusionada amiga, planificando ya el encuentro.

—¿Y cómo le va a Marcelo con la nueva novia? Hace mucho que no salimos… deberíamos hacerlo —inquirió Virginia con verdadera curiosidad a pesar de que era consciente de que era ella quien se había alejado.

—Para mi sorpresa con esta le va muy bien, ya llevan un par de meses juntos. Creo que él está pensando en irse de la agencia —le contó Iveth a su amiga a sabiendas de que solo daba la vuelta para preguntar por Andrés.

—¡Me alegro mucho por él! ¿Y por qué piensas que se irá? —preguntó Virginia.

—La chica es hija de los dueños de un complejo nuevo que están construyendo en Samaná, se llama Villas Paraíso y los planos son de ensueño. Ya están terminando y me muero por ir a verlo. Los suegros quieren que Marcelo sea su gerente de ventas, porque están buscando turistas canadienses y como Marcelo es experto en esos mercados… —comentó Iveth dudando que aquello fuera un buen acuerdo.

—¡Vaya! Es una oportunidad para él, ¿verdad? —contestó Virginia.

—Supongo… en fin, antes de que se te llenes todo el cuerpo de alergia por no preguntarme, te ahorraré el sufrimiento: Cora no ha regresado y Andrés y ella están procesando el divorcio. Ya… lo dije. Está fuera de mi sistema —dijo Iveth con un profundo suspiro como quien se quita un gran peso de encima.

—¿Divorcio? Pensaba que les iba bien que el viaje de ella era temporal. ¿Cora va a quedarse en Canadá? Argghhh, ¡no la soporto! ¡Está loca! Si no le importa nada y va a dejar a Andrés aquí, ¿para qué se casó con él? —estalló con visible rabia Virginia.

—¿Tú dejarías todo por Noah? Porque amiga, que yo sepa, tu marido tiene que pasársela de continente a continente, tomando vuelos durante dos días para encontrarse contigo. No pensarás que esa situación es sostenible a largo plazo ,¿verdad? —la interrogó su amiga con vehemencia.

—¡Iveth! ¡No es para nada lo mismo! —respondió ella nerviosa, bajando el rostro y moviendo incesantemente su cappuccino.

—¡Claro que no es lo mismo, porque nunca es lo mismo cuando se trata de mirar lo que uno hace, amiga! Admiro a Cora por su

capacidad de decidir. Es difícil escoger qué sueños son más importantes. No estoy segura de que hubiera sido más feliz quedándose con él si eso significaba dejar de lado sus propios sueños. Y, aunque Andrés no lo diga, sé que es lo suficientemente sensato para saber que le hubiera deparado un futuro de resentimientos si ella se quedaba —sentenció con claridad Iveth, a quien seis meses de matrimonio le habían bastado para comprender que a veces la mayor prueba de amor es dejar que la otra persona se marche.

—Pienso que ella sencillamente no lo amaba —dijo Virginia ignorando todo lo que acababa de escuchar.

—¿En serio? ¿Entonces no amas a Noah? Porque no te veo corriendo a mudarte a Sídney. Es obvio que la inmobiliaria de tu papá puede perfectamente sobrevivir sin ti y es cuestión de tiempo que Noah tome una decisión. ¿Y ahora con un bebé en camino? Amiga, estás en serios problemas si quieres juzgar a Cora, porque no te veo haciendo nada distinto a lo que está haciendo ella —finalizó su discurso Iveth.

Las nubes se desplazaban presurosas dando paso a un anaranjado atardecer tropical. Y en aquel café, las almas se desnudaban y paseaban por la senda de la sinceridad, temerosas de escoger cualquiera de los caminos posibles. Pero al final, el destino es ese lugar al que llegaremos de todos modos, no importa cuántas veces cambiemos de sendero.

Capítulo 22

Una voz estridente anunciaba la salida del tren que desaparecía en la distancia, dejando tras de sí una fina nube de polvo que ensombrecía el paisaje de Alberobello. La campana de la iglesia repicaba anunciando la mitad del día y los niños inundaban la plaza con su incesante murmullo al salir de la escuela. Ella, sentada en un banco, releía la carta que descansaba en su regazo y las lágrimas se deslizaban sin prisa por sus mejillas. No alcanzaba a descifrar las palabras escritas en el papel y su llanto pronto se transformó en desesperación, sintió el vacío apoderándose de su estómago y comenzó a caer sin detenerse en un abismo invisible y poderoso del que no sabía cómo escapar. Despertó.

No era la primera vez que aquel sueño inconcluso irrumpía en sus madrugadas, y fue precisamente la curiosidad por descubrir el contenido de la carta lo que la llevó a buscar el lugar que veía en sus sueños en internet. Buscó con detenimiento en AltaVista, usando la computadora que le habían regalado unas semanas antes.

Apenas acababa de iniciar la universidad y se estaba acostumbrando todavía al divorcio de sus padres, sobre el que albergaba sentimientos de culpa, que la sometían a ella y a su pequeña hermana a una atención exagerada. No obstante, Virginia no necesitaba detalles sobre el motivo de la separación, pues era claro para ella que sus padres no eran felices juntos. Posiblemente habían esperado demasiado para admitirlo y prolongarlo los hizo a todos aún más infelices. Ahora vivía con su hermana y su mamá, pero pasaba las tardes aprendiendo el negocio de bienes raíces en la inmobiliaria de su papá y disfrutaba del tiempo y los regalos que ambos padres estaban deseosos de compartir con ella. Su propia computadora era uno de los regalos más caros, porque además de necesitar un módem, todos los meses el internet facturaba mediante la línea telefónica. Aún así convenció a todos de que la necesitaba para sus trabajos de la universidad.

En aquella ocasión no se trataba de una tarea de clase y esperó el característico sonido de la conexión con mayor impaciencia de la acostumbrada. Utilizó todo lo que recordaba del sueño como claves de búsqueda, casas apretadas entre sí con techos que simulaban conos, la voz que anunciaba la salida del tren donde escuchaba claramente la palabra «Bari» mientras el resto de la frase se perdía en el bullicio. Lo encontró: *El Pueblo donde viven las Hadas*, rezaba el

artículo. No había mucha información, pero allí estaban mostrándose una por una y con desesperante parsimonia las fotos de lo que veía en sus inquietas madrugadas. Se llamaba Alberobello y estaba al sur de Italia, reconoció las formas cónicas coronadas con pináculos y los techos decorados con figuras, que luego supo tenían un significado espiritual o supersticioso. Se le ocurrió que estaría en alguna película que había visto y no podía recordar, pero definitivamente agregaría el italiano como una de sus asignaturas libres en la universidad. Ya sabía que era un lugar real, por lo tanto algo debía tener escrito aquel papel que tenía en sus manos en su sueño.

Se inscribió a las clases durante su bloque de estudios regular y se sorprendió de lo fácil que se le hizo aprender el idioma, incluso en pocos meses se convirtió en ayudante del profesor y antes de terminar la carrera lo dominaba mejor que el inglés, el cual había estudiado desde niña. Fue tal su entusiasmo que había olvidado por completo la razón por la que había decidido estudiarlo y no fue sino hasta muchos años más tarde cuando Virginia volvió a soñar con Alberobello y pasaron otros más hasta que pudo finalmente leer en sus sueños el contenido de la carta.

Fue en aquella clase donde conoció a Iveth que agregó el italiano a su bloque de asignaturas por error y terminó tomando solo unas pocas clases. A partir de ese primer año de universidad se hicieron amigas inseparables y por eso Virginia había sido la dama de honor de sus dos bodas. Y allí estaban, a solo días de verla casarse otra vez y en todo lo que podía pensar mientras se encontraba petrificada de miedo en la soledad de la playa era en la sombra que veía detrás de ella y que sabía que no era la suya.

—Senti la campana, *é tempo*! —dijo una voz agrietada detrás suyo.

—*Non è che mi parli!* —respondió Virginia buscando serenidad y dándose la vuelta despacio para verle la cara a su acompañante.

—Hace mucho buscas pero no quieres encontrar; eso ya no importa. Tu destino te encontrará a ti, es cuestión de tiempo, tal y como casi lo fue aquella vez. Deja de aprisionar el dolor que no te pertenece —dijo la mujer del turbante dorado, que la había observado largo rato en silencio a pocos pasos de la terraza.

—Eres Agatha, ¿verdad? No entiendo las cosas que me dices, sé que piensas que debería entenderte, pero creo que en realidad me haría bien que me dijeras de qué se trata esto. ¿Es un juego? ¿Acaso Iveth te ha contado algo de mí? —le interrogó Virginia con temor de escuchar su respuesta.

—Esta vez no llegues tarde. Te estás volviendo a retrasar porque te resistes a despedirte de él. No te tocaba a ti hacer nada más, sin embargo, el trabajo que sí te corresponde hacer sigue esperando por ti en esa terraza. La campana está repicando, no llegues tarde esta vez. Deja de temer a tu destino y despídete de él! ¡Envía ya esa carta! —dijo Agatha mirándola con compasión, a pesar de que solo minutos antes se habían conocido.

El murmullo del grupo acercándose a la playa interrumpió la conversación, pero ya Agatha se alejaba rápidamente cuando les alcanzaban. Venían a mojar sus pies en la playa, dijeron. Andrés estaba con ellos y se unió a Virginia.

—Aquí estabas, te busqué durante un rato. Supongo que querías estar sola —dijo Andrés acariciando su cabello y echándolo hacia atrás, pues la brisa de la noche insistía en mantenerlo alborotado.

—Estaba contemplando la luna. ¿Nos vamos? Estoy cansada, pero si quieres puedes quedarte tú —dijo Virginia con tono casi suplicante.

—Ya es tarde y estoy cansado también, pero no parece que quieras que vaya contigo —respondió Andrés mientras caminaba en dirección al estacionamiento.

—Sabes bien que no es eso. Pero ya te dije, no quiero que se lo digamos a nadie todavía y por eso pienso que cada quien debe quedarse en su habitación este fin de semana —dijo Virginia liberándose de un peso que había cargado en su espalda toda la noche.

—¿Sabes qué? Estoy de acuerdo contigo. Cada cual en su cuarto. ¿Nos vamos? —le dijo Andrés haciendo gala de sus mejores atributos diplomáticos.

Y se despidieron de la noche; se marcharon juntos a la casa y, al llegar, cada uno se retiró a su habitación. El fin de semana ya estaba a punto de empezar.

Capítulo 23

El aroma a lavanda impregnaba toda la casa. En el jardín trasero, el elegante difusor, que simulaba una pequeña fuente, desprendía la aromática esencia desde la mesa del juego de terraza cercano al jacuzzi.

«Lo siento, perdóname, gracias, te amo…», se escuchaba en susurros que se repetían al infinito con musical melodía. El sol despertaba radiante bañando con su luz a Virginia, que aprovechaba la soledad del amanecer para meditar en el jardín. Llevaba un sencillo pantalón de yoga gris y una camiseta blanca que rezaba en grandes letras azules *But first, coffee…* y simulaba la silueta de una taza de café caliente.

El reloj se apresuraba a marcar las seis y media de la mañana cuando Andrés salió de su habitación en dirección al jardín; llevaba, como acostumbraba a hacer todos los días, una alfombra de yoga en la mano, sueño retrasado en los ojos y el cabello despeinado. Los pantalones de cuadros rojos y blancos de su pijama caían peligrosamente sobre sus caderas, no traía puesta la camisa y exhibía su tonificado abdomen mientras se desplazaba descalzo al lugar del jardín, a donde siempre iba a meditar. Se sorprendió un poco al ver a su compañera temporal de casa en posición de *savasana*, tendida en el jardín bajo la sombra de un árbol de almendras y recitando en voz apenas audible una oración que él conocía muy bien. La observó de lejos un instante y decidió subir a meditar en la terraza para no interrumpirla.

Virginia comenzó a practicar yoga después de su divorcio y por la insistencia de Iveth, que además de que buscaba compañera, le aseguraba era una excelente forma de liberar tensiones. Pero para Virginia, de alguna manera, el conectarse consigo misma era algo que trataba de evitar, y aunque fue a muchas clases, le daba temor el hecho de que para algunos lograr la concentración fuera algo difícil, mientras que ella con solo un par de respiraciones podía meditar sola, sin ningún esfuerzo y en cualquier parte. Era algo completamente natural y no le gustaba hacerlo precisamente por todas las cosas que pasaban después. El viejo sueño de su juventud regresó y comenzó a adquirir nuevos matices, nuevas escenas, nuevos protagonistas. Pasaba las noches sola; las pesadillas no eran algo que ella deseara revivir. El sueño regresaba con alguna frecuencia, y aunque pasaba meses sin tenerlo, había vuelto con

mucha intensidad en su primera noche en la villa diecisiete.

Fernando comenzó a aparecer en los sueños sosteniéndola con fuerza mientras ella intentaba escapar de él; el ruido ensordecedor de un tren acercándose, la vista del tren que se alejaba, la campana de la iglesia, el bullicio de los niños en la plaza… la enloquecía repetir las mismas escenas una y otra vez. Y no fue sino hasta la noche anterior, cuando Agatha mencionó una carta y una campana en su conversación, que Virginia pensó en las escenas que revivía en su sueño, y en que la única que no había cambiado era la escena del banco.

Siempre estaba sentada en el banco viendo una carta, y solo en aquel momento comprendió que si esta vez lograba leer la carta, entendería finalmente su contenido. Ya hacía años que hablaba en perfecto italiano, no entendía por qué no había podido leer la carta hasta entonces. Más que nunca antes, quería saber lo que decía aquel papel de una vez por todas, y sabía que tenía el poder de hacerlo si se esforzaba. Pero su prisa por regresar a la casa, por dormir sola en su habitación y dejar en suspenso a Andrés, que no parecía tener ninguna curiosidad por saber el motivo, no la ayudaron.

Despertó muy temprano, sin ningún recuerdo nuevo; el sueño no había hecho su aparición aquella noche. Se dio una ducha, cepilló sus dientes y se vistió con su ropa de ejercicio, decidida a hacer algo que no le gustaba: conectarse en plena conciencia consigo misma y encontrar la respuesta que estaba buscando.

Encendió el difusor y buscó a su alrededor el lugar ideal del patio para meditar con los primeros rayos de sol. Colocó en su celular la banda sonora instrumental de *El Fantasma de la Ópera*, se acostó en el suelo con los auriculares puestos y cerró los ojos. Comenzó a recrear el sueño en su cabeza con todo lo que podía recordar y en algún momento los espacios en blanco comenzaron a llenarse. Como en una película, descubrió aquella historia fantástica con todos sus actores y repitió en voz alta el contenido de la carta una y otra vez durante un buen rato.

Andrés, por su parte, bajó media hora después de la terraza y vio que Virginia seguía en el mismo lugar en el que la había dejado. Se acercó con curiosidad esta vez, pero no la escuchó susurrar como antes. La taza de café dibujada en su pecho subía y bajaba lentamente; estaba respirando profundamente, parecía dormida. Andrés dio un paso atrás y se dispuso a preparar café.

Se encontró de frente a Marilú, quien le preguntó qué querían desayunar.

—Tostadas y jugo de naranja, por favor… ¡Ah! y también café. ¿Podrías llevar todo a mi cuarto, por favor? —solicitó él con su amabilidad característica.

—¡Sí, señor! Pero… Su exesposa ha dejado un recado para usted —dijo la chica bajando la mirada, con visible nerviosismo, al ver a su jefe sin camisa.

—¿Mi exesposa? —preguntó inquieto y algo confundido Andrés.

—Así es, dice que está alojada en Paraíso Azul, en la villa veintiséis, y que pasó a ver si estaba usted anoche pero no lo encontró. Ha dejado el recado con Manuel, el guardián de la entrada, que me lo ha dicho a mí esta mañana cuando salía de su turno. También ha dicho que regresará a desayunar con usted hoy en la mañana, así que usted dirá si igual llevo lo que me acaba de pedir a su cuarto o no… –dijo la chica tan rápido como le salieron las palabras.

—Marilú, es que no entiendo lo que dices. ¿Que mi exesposa está aquí alojada y viene a desayunar? ¡Tengo visitas! Además, ¿qué puede estar buscando aquí Bianca?”—respondió molesto Andrés, a sabiendas de que la pobre chica ya estaba bastante asustada y no tenía la culpa de nada.

—¿Señor? De hecho… —empezó a explicar la pobre chica.

—¿Bianca? —la interrumpió Virginia, que había aparecido en la puerta del patio.

—¡Buenos días…! ¿Estás bien? —dijo Andrés levemente sobresaltado por la súbita aparición y tratando de desviar la conversación hasta saber qué era lo que estaba ocurriendo realmente.

-—Pues, bien… No sabía que tenías más visitas planificadas. Supongo que te habrás olvidado —respondió ella con un tono de reclamo, mientras Marilú se disculpaba retirándose con el rostro compungido.

Andrés, que seguía medio desnudo, le dio un beso en la mejilla y acarició su cabello, olvidando por un instante lo que acababa de ocurrir. Ella le dijo que debía cambiarse y que se retiraría a su habitación. El timbre de la puerta rompió el silencio que los separaba, se miraron con profundidad indescriptible, quedándose de pie, uno frente al otro, incapaces de mover un solo músculo.

Ante la insistencia del timbre, Marilú salió a abrir la puerta. Pasó al lado de la pareja, que seguía inmóvil en la sala de estar.

Capítulo 24

En Paraíso Azul, los autos comenzaron a recorrer las habitualmente silenciosas calles del complejo cerca del mediodía; las villas rentadas por y para los invitados a la boda comenzaban a recibir a sus huéspedes, que no desaprovechaban la oportunidad del fin de semana para disfrutar la belleza de Las Galeras con alguna anticipación. Algunos estaban convocados a la cena de compromiso ese viernes en la noche, y otros solamente a la ceremonia del sábado. Lourdes caminaba afanosamente por el salón colocando todo en el orden de su plano y gritando por el celular a alguien que no había llegado.

Una larga y única mesa preparada para recibir a treinta y dos comensales, estaba ya cubierta de elegantes y altos floreros con lirios azules que perfumaban todo el salón. Se esperaba lluvia en la noche, así que la cena se realizaría dentro del edificio de eventos.

Iveth pasó a ver cómo estaba quedando todo y le impresionó la belleza del montaje. «Esta chica, Lourdes, tiene talento…», pensó. De pronto alguien la asustó al acercarse a ella desde atrás. Se giró sobresaltada.

—¿Qué estás haciendo aquí? ¡Lourdes tiene todo bajo control! ¿No deberías estar arreglándote el cabello o algo? —replicó sonriente quien la había sorprendido.

—¡Marcelo! ¡Pensaba que no ibas a llegar a tiempo! —expresó exaltada la novia colgándose del cuello de su amigo.

—¡No me perdería tu boda por nada! Sabrina se quedó con el bebé y me dijo que viniera. Sabes que ella hubiera querido estar aquí, pero el retoño aún no tiene ni siquiera tres meses… Pero lo importante es que estoy yo que soy mucho más guapo —dijo en tono de broma, Marcelo.

—¡Ya quisieras! Me alegra que estés aquí, aunque este lugar hubiera funcionado perfectamente sin ti. Nos han atendido de mil maravillas. ¿Qué tal estuvo tu vuelo? Tu hijito es un primor, ¡ya quiero conocerlo! —le respondió Iveth.

—Tenemos un gran equipo. El avión se retrasó y salí de Nueva York casi tres horas más tarde, no estoy del mejor humor. Y sí, Hugo es un niñito bellísimo, regresaremos en un mes posiblemente y ya podrás verlo tú misma. Pues bien… ¿Quiénes vienen esta noche? ¿Ya ha dado a luz Gabriela? —preguntó su amigo con interés.

—Uff… A Gabriela le queda todavía un mes… Ella y Osvaldo llegan mañana —contestó Iveth.

—Osvaldo sí que no pierde el tiempo… Este hijo mío que no duerme nada me hace dudar de si tener otro o no. ¡Y ellos ya van a tener tres! —dijo él bromeando.

—¡Ya lo creo que están formando una guardería! Pues a la cena de compromiso de hoy vienen solamente algunos familiares y el cortejo. Bueno, aquí debe decir quiénes, la verdad ya no lo recuerdo, todo ha pasado tan rápido… —dijo tomando la lista de invitados que descansaba en la mesa con varias anotaciones que Lourdes había estado haciendo.

—Pensaba ir a ver a Andrés, me dijo que iba a estar en la villa toda la semana… —comentó Marcelo cuando, súbitamente, Iveth lo interrumpió con voz alterada.

—¡Ay no… No puede ser, soy una estúpida! —exclamó ella apretando la página con rabia.

—¿Está todo bien? —dijo preocupado su amigo.

—En realidad, no… vendrá Bianca, olvidé por completo decirle a Lourdes que los familiares no podrían traer acompañantes. Es un verdadero estúpido mi primo. ¡Qué desastre! —respondió decepcionada Iveth.

—¿Ahora Bianca sale formalmente con tu primo, el hijo de Esther? Pues no tendría ni un ápice de vergüenza si apareciera. Pero da igual… No creo que le interese a Andrés, tampoco es que se vayan a matar el uno al otro —le respondió él con calma.

—¡Es que no entiendes! Estos dos últimos días Andrés ha estado en la villa… ¡con Virginia! —replicó Iveth con la desilusión del que ve desvanecerse un espejismo en el desierto.

—¿Estás bromeando? ¿Cuándo pasó eso? ¿Por qué no me llamaste de inmediato? Pero, ¿están en la villa «juntos-juntos» o qué? —le interrogó Marcelo emocionado por lo que acababa de oír.

Iveth trató en vano de explicarle que tenía tan poca información acerca de lo que había pasado que no podía darle mayores detalles de los que le había dado Andrés a ella y que, para colmo, eran puras insinuaciones. Lo único en lo que ambos coincidían era en que un encuentro con su exesposa era lo que menos convenía en el momento.

El matrimonio de dos años había finalizado repentinamente por la confesa infidelidad de ella; Bianca sugirió terapia y cualquier clase de remedio para la situación, pero Andrés no quiso ni siquiera discutirlo y le propuso el divorcio al día siguiente de enterarse de lo sucedido. Bianca era abogada, trabajaba en varias empresas

importantes y viajaba con frecuencia a negociar contratos para ellas. Andrés la acompañaba casi siempre, pues sabía que su matrimonio anterior había fracasado por no haber estado dispuesto a negociar el tema de la distancia, así que decidió que con esta relación no pasaría lo mismo.

Se conocieron porque uno de los clientes de Bianca también era cliente de la compañía de Andrés. Se veían con frecuencia para traducir los contratos y pasaban juntos mucho tiempo fuera del horario de trabajo. Comenzaron a salir de modo más formal y un par de años más tarde se casaron. Bianca quería hijos enseguida, Andrés también, así que lo intentaron por más de un año sin éxito; Finalmente decidieron que verían a un doctor y comenzarían un tratamiento. Solo llevaban un par de meses en ello cuando se presentó un nuevo viaje al que Andrés no podría ir porque acababan de contratarlo como profesor en la Escuela de Diplomacia y le tocaba hacer los primeros exámenes.

Todo empezó en ese viaje al que acompañaba a uno de sus clientes, con quien inició una relación que se prolongó tras su regreso. Un par de meses después, una llamada a deshora que Andrés no debía contestar derrumbó el matrimonio. Él no quería escuchar más explicaciones y mucho menos hablar de una posible reconciliación. La traición no era justificable en su proyecto de vida y ese fue el fin de su relación con Bianca. Nunca supo con quién lo había engañado, no lo conocía; ella le dio todas las explicaciones que pudo, pero Andrés simplemente no escuchaba y, mudo de la rabia, se limitó a salir de la casa y no regresó hasta que estuvo seguro de que Bianca ya no estaba allí. No se habían vuelto a ver tras firmar los papeles del divorcio hacía seis meses, por eso cuando escuchó que Marilú dijo su nombre, la sorpresa y la cólera se reflejaron de inmediato en su rostro.

Marcelo, por su parte, después de hablar con Iveth sobre la situación salió en dirección a la villa diecisiete. Al menos tenía que advertir a su amigo de que Bianca estaría en la cena y en la boda para que no lo tomara por sorpresa. Iveth sabía que el cliente con quien Bianca le había sido infiel era su primo porque ya salían juntos públicamente y meses antes se habían visto en reuniones familiares; le había contado esto antes a Marcelo y ambos comenzaron a buscar la forma de explicar por qué ninguno se lo había dicho hasta entonces a su amigo.

Se dirigió a la puerta de la villa diecisiete feliz, pues al fin vería convertida en realidad la visión que había tenido en el cine diez años atrás, pero temeroso de la reacción de su amigo cuando le

contara que todos estos meses había sabido que era con un primo de Iveth con quien su exesposa lo había engañado y que, tanto a él como a ella, tendría que verlos en el fin de semana. Tocó el timbre y esperó. Miró su reloj, que marcaba la una de la tarde y levantó la mirada para ver que Marilú ya le estaba abriendo la puerta. La chica abrió los ojos espantada de ver a su jefe, pues Marcelo era el gerente general de Villas Paraíso y, aunque había escuchado que él hacía rondas sorpresa para supervisar a su personal, jamás pensó que fuera verdad, ¡y además se suponía que él estaba de viaje!

—¡Hola! -dijo él con entusiasmo, pero la chica se quedó pasmada y no pudo articular palabra, así que Marcelo continuó hablando.

—¿Está el dueño de la casa? ¿Puedo pasar? —le preguntó a la chica que seguía callada y apenas atinó a cederle el paso hacia el interior de la casa asintiendo con la cabeza y señalando al comedor.

La villa diecisiete estaba exquisitamente decorada. Marcelo había estado allí muchas veces. Supervisó directamente la construcción y preparación de esta villa, y fue él quien se la vendió a los padres de Andrés cuando inició el proyecto de Villas Paraíso y él recién se estrenaba como gerente de ventas, a la vez que se consolidaba como el prometido de Sabrina, la hija de los principales accionistas. Estaba orgulloso del trabajo que habían realizado allí, en especial le gustaba la bella terraza diseñada por doña Sonia, y siempre mostraba ese espacio a otros huéspedes como modelo perfecto de ejecución.

Vio a la pareja, que almorzaba en el comedor, ponerse de pie con entusiasmo y acercarse a él diciendo tantas cosas que le fue imposible escuchar nada; además, seguía absorto ante la imposible escena.

Virginia lucía radiante con un vestido azul oscuro que flotaba libre sin tocar sus rodillas, el cabello suelto y un ligero bronceado en las mejillas. Andrés vestía un polo blanco y pantalones cortos de color kaki, el cabello peinado hacia atrás con más gel del que Marcelo le hubiera recomendado. Los abrazó a ambos con una alegría que desbordaba el comedor y comenzó el interrogatorio.

—¡Siéntate a comer con nosotros! ¿Has traído contigo al bebé? —preguntó emocionada Virginia.

—Se ha quedado con su madre… Ella regresará con él en un mes. No tengo hambre, de hecho vine a hablar contigo, Andrés, pero podemos conversar después del almuerzo. Está de más decir que estoy feliz de verlos juntos… —dijo Marcelo posponiendo la conversación y sin saber que ya Bianca y Andrés se habían visto

unas horas antes.

Almorzaron juntos y disfrutaron recordando las memorables historias que habían compartido en el pasado. La tarde avanzó con prisa y Virginia se disculpó porque quería grabarle un mensaje a su hija para que lo viera en la mañana, ya que estaría de camino a la cena cuando amaneciera en Australia. Mientras tanto, Marcelo y Andrés se fueron a conversar en la piscina.

El cielo de la tarde comenzaba poco a poco a nublarse.

Capítulo 25

El rostro de Virginia se iluminaba cuando veía la imagen de su hija en la pantalla, pero hoy solo podía grabar un mensaje. Le leyó una historia en su lenguaje infantil, le dijo cuánto la extrañaba y le envió un beso. Noah siempre le mostraba a la niña los videos y grababa las respuestas. Se había comportado igual cada vez que la niña se iba de vacaciones; no podía quejarse de él. Buscó la ropa que vestiría en la cena y la puso sobre la cama. Un traje rosado con la cintura y la falda ceñidas al cuerpo y con finos detalles bordados en perlas minúsculas en todo el borde del escote. Las mangas cubrían con timidez los hombros y el inicio de sus brazos, cruzándose en la espalda con elegancia europea. La novia había insistido en comprarle aquel vestido; su dama de honor debía verse regia aquella noche porque le presentaría a los primos franceses de Gastón. Se preguntaba si, pese a todo, se los presentaría, «¡quién sabe!,» pensó, después de la escena de la mañana existía la posibilidad de que necesitara conocer a alguien.

Horas antes, el timbre le había acelerado el corazón al saber que podía ser la exesposa de Andrés quien llamaba a la puerta. Él no se movió y parecía más asustado que ella. La vio atravesar el umbral con un corte de cabello moderno y unas gafas de sol de diseñador. Se habían visto en un par de ocasiones en algún cumpleaños; parecía inteligente, si no lo hubiera sido, él no la hubiera elegido como su pareja. La escuchó hablar, pero no alcanzó a entender lo que decía, pues quedó absorta al notar que un evidente embarazo se ocultaba detrás del vestido blanco de playa. Su esbelta figura se mantenía impecable de pies a cabeza, y el vientre redondo y delicado sobresalía a leguas indicando que un bebé estaba a pocas semanas de llegar al mundo. Quiso salir corriendo, pero Andrés la sostenía de la mano y la arrastró al encuentro de su ex. Las presentó y ella inmediatamente la recordó como «la amiga de Marcelo». Solo escuchó que le dijo: «tenemos que hablar…». Eso fue más que suficiente para que aprovechara para escapar con una excusa que ya no recordaba. Soltó la mano de Andrés, que seguía con los ojos desorbitados mirando el abultado estómago de la que otrora fuera su compañera de vida y se marchó a su habitación, donde optó por darse finalmente una ducha.

Recordó que la impaciencia era su enemiga y que debía tener control sobre sí misma. Pronto sabría sobre qué quería hablar

Bianca, pues no dudaba de que Andrés se lo diría. Solo esperaba que no tuviera que ver con el embarazo; era una posibilidad realista, pues bien sabía que el divorcio había salido pocos meses atrás. Decidió poner el tema en espera y llenó la bañera de agua tibia, se sumergió y pensó en todo lo que había pasado durante su meditación, en cómo había logrado finalmente su objetivo y en lo que pasaría después.

Cerró los ojos y repasó nuevamente cada espacio de Alberobello hasta donde alcanzaba a ver desde el banco en el que aguardaba en silencio. La iglesia con su campanario, los niños en la plaza, el tren en la distancia. Bajó la mirada y vio la carta que reposaba en la falda de su vestido de color marfil; las palabras redactadas en italiano comenzaron a revelarse como nunca antes a medida que posaba sus ojos sobre ellas. Fue descubriendo silenciosamente cada oración sin comprender al principio lo que estaba leyendo, pero las palabras en italiano comenzaron a tener significado.

«Mi amado Ignazio, no he tenido el valor para enfrentar a mi hermano, por eso no he llegado a tiempo al tren del mediodía en el que partiríamos juntos. Quería decírtelo en persona, pero como el tren ha salido ya, escribo esta carta para avisarte que hablaré con él y, aunque no esté de acuerdo, me encontraré contigo en Bari a final de mes. Sé que puedo convencerlo de que me amas tanto como te amo yo a ti y de que irnos del pueblo no es una locura como él dice. Sabes que me protege demasiado desde que nuestros padres murieron y que me necesita porque soy su única familia. El día que recibas esta carta estaré ya de camino a encontrarme contigo y estaremos unidos por la eternidad… tu amada, Fiorella».

En la bañera, Virginia sentía las lágrimas deslizarse sobre sus mejillas al releer la carta, ahora podía recordarlo todo como si fuera una escena real. Escuchaba en la lejanía que alguien llamaba, la sostenía del brazo, la levantaba con aspereza y le hablaba en tono autoritario. Ella a su vez intentaba separarse del opresor, que le reclamaba con dureza mientras sostenía una pequeña maleta en la mano. Discutían en italiano sobre su viaje secreto, su amor imposible y la carta que nunca llegó a su destino.

Virginia no sabía si aquel sueño, que más bien parecía un recuerdo, tenía alguna relación con lo que ocurría en su vida, pero estaba segura de algo: debía perdonar.

Años atrás, cuando Iveth comenzó a insistir con el yoga, le habló de la técnica del *Ho'oponopono* y de cómo este proceso de descubrir la Divinidad dentro de uno mismo la había ayudado a ella a perdonar a su exmarido y a ser más feliz. Pero Virginia en aquel

momento no le dio importancia, no sentía que debiera perdonarle nada a Noah, de hecho, no le guardaba ningún rencor y se llevaban perfectamente, por eso y, aunque lo practicó un par de veces, no convirtió este ejercicio en parte de su rutina.

Pero todo adquiría una nueva perspectiva y el objetivo de la técnica, hablaba esencialmente de lograr la libertad, la completa liberación del pasado. Eso era precisamente lo que ella necesitaba hacer. Debía perdonarse a sí misma por lo de Fernando, y tal vez debía perdonarlo a él también. Al hablar con Agatha, un botón se encendió en su conciencia y le hizo saber que sería muy difícil avanzar si arrastraba tras de sí el equipaje de un pasado prendado de miedos de los que se negaba a desprenderse.

«En el Ho'oponopono no es necesario revivir ningún sufrimiento, no importa saber el porqué del problema, de quién es la culpa, ni su origen». Le parecía escuchar a su amiga recitando a Morrnah Simeona mientras buscaba en su cabeza la oración que debía hacer… recordó y repitió lo que pudo: «Lo siento, perdóname, te amo, gracias…». Mientras se desprendía de sus temores sumergida en el agua repetía la frase tal y como lo había hecho en la mañana, cuando se le ocurrió que si aquella oración había llegado a su cabeza, debía buscar el texto completo. Salió de la bañera y se puso la bata, se sentó en la orilla de la cama y buscó en el Ipad; la oración no tardó en aparecer y la leyó en voz alta.

«Divino creador, padre, madre, hijo como uno… Si yo, mi familia, parientes y ancestros te hemos ofendido a ti, a tu familia, parientes y ancestros en pensamiento, palabras, hechos y acciones desde el principio de nuestra creación hasta el presente, te pedimos perdón. Que esto limpie, purifique, libere, corte todos los recuerdos negativos, bloqueos, energías, vibraciones y transmute estas energías no deseadas en luz pura… Y está hecho».

Tal vez no era el momento de saber por qué, pensó, mientras se echaba sobre las almohadas, quizá era simplemente momento de pedir perdón y seguir adelante. Se quedó dormida y despertó a la hora de comer, cuando Andrés casi derribaba la puerta al no obtener respuesta. Le pidió tiempo para cambiarse y salió a encontrarse con él en el comedor, ansiosa por saber si le diría lo que había ocurrido con su visitante.

Él descorchó el vino y le sirvió la ensalada. Mientras bromeaba con ella sobre lo dormilona que era, sonó el timbre y resultó que era Marcelo. Un rato después, ella volvía a encontrarse allí, con la misma incertidumbre de antes, mirando absorta el vestido rosa sobre la cama y pensando en el futuro.

Afuera, las ventanas se sacudían contra el marco violentamente; se había desatado una tormenta y llovía a cántaros.

Capítulo 26

Las gotas de lluvia salpicaban juguetonas en la piscina y empaparon rápidamente a los hombres que corrieron a refugiarse en el área techada del jardín trasero, ante la repentina llovizna. Los humedecidos cristales del ventanal fueron cerrados para impedir que se mojara toda la sala y ellos se sentaron dentro para retomar la conversación que habían iniciado un rato antes.

—Te decía que Bianca ya ha venido en la mañana. No tengo idea de por qué ha esperado hasta ahora para decírmelo y por qué ha hecho este viaje tan largo para contarme algo así cuando pudo habérmelo dicho en la capital —le replicó Andrés a Marcelo que minutos antes había narrado en apenas una oración el motivo de su inesperada visita.

—Pero no estoy entendiendo bien, quiero decir, supongo que te habrá venido a ver justo por eso, para que no te sorprendieras al verla esta noche en la cena, ¿no es así? —preguntó Marcelo, visiblemente confundido.

—¿En la cena? ¿Y ella por qué tendría que ir a la cena, Marcelo? ¿Estás loco? —le respondió Andrés, que no entendía el comentario de su viejo amigo.

—¿No me has dicho que Bianca ha venido esta mañana? ¿A qué ha venido sino a ponerte sobre aviso de que asistiría a la cena y también a la boda? Si es justo lo que he querido venir a decirte yo mismo, ¡que acabo de enterarme por Iveth! —preguntó con notable mortificación su amigo.

—¡Pues ha venido a hablarme del tema del bebé! ¿Qué pensabas tú? Y… ¿Por qué sigues con esa locura de que vendrá a la boda? —respondió Andrés subiendo su tono de voz y cambiando el color de sus mejillas.

Algo no encajaba en aquella ecuación y era evidente que ambos tenían información que el otro ignoraba.

—¿Bebé? Espera un momentito, Andrés… ¿de qué bebé hablas? —replicó Marcelo preocupado mientras se ponía de pie sin importarle la lluvia, que comenzaba a mojar su espalda.

—¿Qué no era eso que venías a decirme? ¿Lo del embarazo? No estoy entendiendo nada. ¡Bianca está embarazada! Vino a pedirme que me hiciera una prueba de ADN porque no está segura de si soy yo el padre o no. Pensaba esperar a que naciera, pero dijo que de todos modos me iba a enterar y que prefería contármelo ella misma.

Por tu cara supongo que no era eso lo que me venías a advertir. El asunto es que lo tomé con toda la calma que pude, la invité a sentarse y le dije que haría lo que fuera necesario y que si era mi hijo, me haría responsable. La verdad es que no he tenido tiempo para pensarlo y todavía debo decírselo a Virginia, porque ella estaba conmigo cuando Bianca entró y debe tener ya casi ocho o nueve meses —trató de explicar Andrés con toda la paciencia que pudo.

—Andrés, cualquier cosa que te diga ahora es irrelevante. No creo lo que me dices, ¡es algo de locos! ¡Esa mujer está totalmente fuera de sí! ¿Me dices que llegó aquí con un hijo en su vientre del cual no sabe quién es el papá? No entiendo nada. Yo venía a advertirte que ella sale formalmente con alguien que viene a la cena y a la boda, es un primo de Iveth. Ella no tenía ni idea de que era tan serio como para traerla, pensó que solo había sido la aventura aquella y un par de salidas más… —empezó a decir Marcelo.

—¿Un primo de Iveth? ¿Me engañó con un primo de Iveth? —interrumpió molesto Andrés.

—Te repito que ella no tenía ni idea. Lo supo después y no valía la pena decírtelo. La pobre se va a desmayar cuando vea a Bianca embarazada esta noche, tal vez moriré yo también… ¡En este mismo momento no sé si estoy vivo! —dijo Marcelo, que ya caminaba bajo la lluvia sin notar que estaba empapado de pies a cabeza.

—Esto va cada vez peor. Por eso habrá dicho que hubiera sido mejor decírmelo antes. Se refería a antes de la boda, no a antes de que naciera. ¿Quién sabe? Tal vez hasta me lo dijo y yo no lo entendí… Ya no recuerdo ni la mitad de esa conversación. Enterarme así de que es posible que vaya a ser padre, ¡sobre todo con lo que está pasando con Virginia! —insistió Andrés, que ya se había puesto de pie y también caminaba bajo la lluvia.

El torrencial aguacero ya no les permitía escucharse entre sí y optaron por tomar una toalla de la canasta cercana al jacuzzi y entrar a la casa. Andrés le ofreció ropa seca a su amigo que, a pesar de ser mucho más alto que él, tenía una contextura física similar. Conversaron un poco más del asunto y Marcelo finalmente preguntó lo que realmente quería saber sobre lo que estaba pasando con Virginia; pero ya eran casi las seis de la tarde y todos debían apurarse, puesto que la cena de compromiso estaba convocada para las siete de la noche. Justo cuando Marcelo trataba de sacarle información a su amigo, sonó el timbre. Osvaldo y Gabriela habían sido enviados a la villa diecisiete. En principio se les esperaba para

el sábado, pero adelantaron su llegada.

—Te ha salvado la campana, pero esta noche, si no se arma un caos con tu ex, tendrás que decirme si están juntos o qué —decía mientras entraba la pareja amiga.

—Hola muchachos, he visto hace unos minutos un mensaje de Lourdes avisando que vendrían a dormir. ¿Cómo está esa multimadre? Ya viene pronto el nuevo retoño, por lo que veo —dijo Andrés saludando y dando la bienvenida a sus huéspedes.

—¡Hola Andrés! Pues como ves, ¡ya casi tienes que poner a hervir agua! ¡Cómo ha llovido hoy! ¿Y tú qué haces aquí Marcelo? ¡Pensé que no llegabas! ¡Ya nadie me dice nada! ¿Cómo está el bebé? —dijo Gabriela deshaciéndose de su bolso y abrazando a su anfitrión y a su amigo.

— ¡Supongo que es el día de las embarazadas, aquí! Estoy bien, Gaby y el bebé igual. ¡Luces espectacular! Y tú Osvaldo, ¡que no dejas pausa a tu mujer! ¿Eh? Ya me tengo que ir, la cena es en poco tiempo y no me he cambiado. Los veo luego —dijo jocosamente Marcelo mientras salía a todo trote hacia su auto intentando no mojarse.

—¿Día de las embarazadas? —preguntó Osvaldo con curiosidad a la vez que entraba a la casa con las maletas y respondía los saludos.

—No le hagas caso, pasen, los llevo a su cuarto. —dijo Andrés restando importancia al comentario y dando una mirada de desaprobación a su amigo, que ya estaba lejos de su alcance.

—¿Virginia no se quedaba aquí? —comentó Gabriela, fingiendo duda.

—Sí, creo que se debe estar cambiando para la cena en su habitación. Le diré que pase a saludarlos antes de salir, supongo que no van a la cena —replicó Andrés ligeramente nervioso.

—No, estamos cansados y esta señora insistió en venir hoy solo para dormir. Los niños no la dejan en casa; ¿pero es Virginia quien se queda a dormir aquí? Supongo que ahora ya por fin tiene galán… —comentó Osvaldo con su característica jocosidad.

—¡No te metas en lo que no te importa, por Dios! Gracias Andrés, le das nuestros saludos a Virginia, por favor —dijo Gabriela dando un codazo a su marido cuando iban llegando al que sería su cuarto.

Andrés los dejó acomodándose en una habitación al otro lado de la casa y se acercó a la puerta de la habitación contigua a la suya, ansioso por tocar. Decidió dejarlo para después y fue a cambiarse. Antes, cuando iban a almorzar, ya había preparado un discurso

sobre el motivo de la visita de Bianca, pero había olvidado cada palabra y tenía que empezar de nuevo, sobre todo porque no sabía que tendría que volver a verla en la cena.

Le escribió un mensaje sobre la llegada de Gabriela diciendo en qué habitación estaba y que se verían en media hora para salir a la cena. Escuchó el sonido de su teléfono al recibir su mensaje y la escuchó moverse en la habitación. La imaginaba allí y solo podía pensar en lo que diría cuando supiera lo del bebé.

Afuera, la lluvia comenzaba a ceder dando paso a un arcoíris que despedía la tarde con la esperanza que solo puede dar la luz.

Capítulo 27

El salón de eventos despedía un maravilloso aroma a flores frescas y las paredes de cristal que lo rodeaban reflejaban la lluvia que caía sobre el impresionante jardín exterior. La novia, ataviada en un vestido azul claro con amplia falda de gasa de seda natural, parecía flotar por todo el salón como una nube paseándose por el cielo. Su cabello castaño arreglado en delicados bucles caía por toda la espalda con pequeñas flores azules que se desprendían de una delicada trenza que coronaba todo el contorno de su cabeza. A su lado, un ilusionado novio vestido con guayabera a juego con su prometida y un pantalón blanco, lucía feliz y encantado de recibir a los invitados. De vez en cuando se tomaban de la mano y fingían olvidarse de la multitud. Lourdes, que no perdía un solo detalle, había colocado dos recipientes decorados a cada lado de la entrada para dejar los paraguas que no cesaban de llegar, mientras dos ayudantes transportaban a los que no habían traído uno con sus carritos de golf.

El tan esperado temporal no había decepcionado en absoluto, pues los truenos y relámpagos no cesaban a medida que avanzaban los minutos pasadas las siete de la noche. Pero todo había sido preparado según lo planeado, y con tiempo, por lo que no había imprevistos y el ritmo de la noche una vez se llegaba al salón se mantenía alegre y sosegado.

La melodiosa voz de Edith Piaf entonando *La Vie En Rose* se escuchaba de fondo cuando entró Virginia luciendo impecable su vestido rosa y el cabello recogido al cuello, en un bucle que estaba adornado con múltiples cristales diminutos que simulaban estrellas desprendidas del firmamento. Uno de los ayudantes la había acompañado hasta la entrada con su paraguas. Cuando vio a su amiga vestida como una diosa griega no pudo más que abrazarla, y las lágrimas casi traicionan su maquillaje. Le dio un abrazo a Gastón y siguió su camino para no interrumpir la línea de saludo. Por su parte, Iveth, con un guiño de complicidad le preguntó por su compañero de casa, pero no fue necesario que le respondiera, pues Andrés ya había llegado también y se encontraba en la línea de saludo. Lourdes le indicó a Virginia su lugar en la mesa, haciendo lo propio con Andrés. Habían quedado en extremos opuestos de la mesa y a pesar de que se miraron pensando en hacer alguna objeción, terminaron por sentarse donde les indicaron con

obediencia.

La mesa tenía ya pocos espacios vacíos cuando entró Marcelo, que al abrazar a la novia le dijo en secreto que la había llamado insistentemente para decirle algo sin éxito y que ahora tendría que verlo por sí misma.

Detrás de él hacía su entrada Bianca, con un ceñido vestido rojo que dejaba ver la redondez perfecta de su vientre y un escote en V que daba paso a la generosidad de su busto, que ya lucía las prominencias características de la maternidad. A su lado, Gilberto, el primo de Iveth, acompañado de Esther, su madre y la tía menos preferida de la novia.

—¡Prima querida! ¡Felicítame! ¡Qué voy a ser padre! ¿Ya conoces a Bianca, verdad? —dijo el flamante invitado mientras abrazaba por la cintura a su acompañante.

—¡Cualquiera pensaría que tenías que felicitarme a mí primero! ¿No, primo? Pero, en cualquier caso, sí conozco a Bianca. De hecho, recuerda que la conocí primero que tú —le respondió irónicamente Iveth sin perder la sonrisa y con el corazón en la boca por la inesperada visión.

—Sí, por supuesto, no seas grosero Gilberto. Felicidades, estás muy hermosa Iveth —interrumpió con ceremoniosa cortesía Bianca.

—¡Bienvenidos, pasen por favor! —dijo Gastón intentando aliviar la tensión que evidentemente se iba a desatar en cuestión de segundos si no separaba a aquellos dos.

—Sí, claro, gracias. Lástima que se hayan arruinado sus planes con toda esta lluvia. —dijo la tía Esther a la vez que daba un beso en la mejilla a su sobrina.

—*Mariage pluvieux, mariage hereux*, *Madame!* —le respondió Gastón con su inalterable sonrisa, sin preocuparse por si su interlocutora había entendido su comentario o no.

Una voz femenina invitaba a todos a la mesa y la pareja dio la espalda para tomar su lugar. El trío recién llegado les siguió y tomaron asiento siguiendo las instrucciones de Lourdes, que por pura casualidad los había sentado lejos tanto de Virginia como de Andrés. Lourdes misma era quien, micrófono en mano, fungía como maestra de ceremonia, dando la palabra a los padres de la novia para que dieran la bienvenida.

Tras unas emotivas palabras acerca de la madurez de Gastón, de lo feliz que hacía a su hija y de cómo todo eso restaba importancia al hecho de que se casaran apenas meses después de conocerse, dieron la palabra a los padres de él. Don Giuseppe bromeó en un español divertido sobre el refrán francés que rezaba: «Boda lluviosa,

matrimonio feliz» y que auguraba inmensa felicidad a la pareja si este era pertinente, pues apenas estaban en la fiesta de compromiso. Invitó a todos a levantar su copa de *Kir Royale* para brindar por la pareja, a la vez que anunciaba que su esposa Elise también quería decir algo. Segundos después, un violinista entró al salón interpretando una conocida melodía y una delicada voz de soprano acaparó la atención de la audiencia, embelesada por la música del Himno al Amor.

La colmada mesa se deshizo en aplausos con la impresionante interpretación de la madre de Gastón que haciendo gala de su pasado como cantante lírica en su Francia natal, dedicaba la canción a la pareja. Iveth no contuvo las lágrimas, como tampoco pudieron hacerlo otras damas en el salón y pronto hicieron falta las servilletas que empezaron a recorrer la mesa con la misma rapidez que las copas de champagne.

La cena dio inicio unos minutos después y mientras afuera la lluvia seguía empapando los jardines, dentro todo era alegría. La música pasó de los discretos violines a instrumentos que invitaban al baile, y el novio, deseoso de impresionar a la audiencia con sus recién aprendidos pasos, no dejó pasar la oportunidad de levantar a la novia de su asiento para dar inicio al ritmo tropical de la noche.

Los invitados abandonaron las anteriores formalidades para dar rienda suelta a la diversión y empezaron a levantarse de la mesa de la cena. Virginia, que contemplaba con ilusión a los novios intentando bailar al compás de la música, no escuchó llegar a Andrés que de pronto se encontraba frente a ella extendiendo su mano e invitándola a bailar.

—¿Qué recomienda usted para enardecer el afecto? —dijo Andrés mientras se inclinaba ceremoniosamente ante Virginia, citando una conocida frase de *Orgullo y Prejuicio*.

—Bailar, sr. Darcy. Bailar —le respondió Virginia, intentando en vano contener la risa y haciendo referencia al personaje principal de su novela preferida.

Se dirigieron al centro del salón donde ya otras parejas se habían adelantado. Andrés la acercó hacia él con delicadeza y colocando una mano en su cintura y con la otra envolviendo con calidez una mano de Virginia, comenzaron a bailar al ritmo del merengue *Amor de Conuco*.

—Estuviste callada en el camino —dijo él, buscando iniciar la conversación.

—No tenía mucho que decir. Ya bastante dijiste tú, ¿no crees? —le respondió ella.

—Alguna solución habrá. Eso no cambia nada, y si ese bebé es mío, pues viene con el paquete, jovencita. Me parece una tontería que quieras usar eso de excusa —replicó él endureciendo el semblante ante ella por primera vez en la semana.

—¿Perdona? —dijo ella con sorpresa ante la inesperada dureza de su tono.

—Es todo lo que has hecho estos días, buscar excusas. Tal vez no quieres que los demás sepan que estamos juntos porque esto es simplemente algo de un fin de semana para ti. Si es eso solo, dímelo, ya soy un adulto. No voy a jugar este juego —sentenció mientras se separaba de ella al terminar la música.

Virginia se había quedado pasmada y las palabras se quedaron atascadas en su garganta. Sentía que un vacío inmenso se había apoderado de su estómago y le faltaba el aire. Caminaban nuevamente hacia la mesa sin hablar, pero Virginia soltó su mano y se fue camino al tocador con tanta rapidez como sus zapatos de tacón se lo permitieron.

Marcelo se acercó a su amigo al ver que Virginia se alejaba con el rostro descompuesto.

—¿Todo bien? ¿Se lo dijiste? —le preguntó.

—Sí, se lo dije cuando estábamos de camino acá. Se quedó callada, ahora traté de que me hablara pero salió corriendo. No pienso invertir mucho más tiempo en esta incertidumbre. La verdad es que no la entiendo. Nunca he entendido a ninguna mujer, eso es obvio, pero a ésta es a la que menos entiendo, Marcelo —respondió decepcionado Andrés.

—Pues esta vez no le concederé toda la culpa a ella. La verdad es que esta noticia te la has tomado muy bien, yo todavía estoy pasmado. Tú estás viendo a tu exmujer ahí al lado del que la sacó de tu casa, y es como si no te importara para nada. ¡Quizá eres tú, amigo, quien no está viendo las cosas en perspectiva! Estás como las personas que no han caído en la cuenta de la situación, ¡esto es grave! —replicó Marcelo.

—Marcelo, no seas iluso. Claro que me da rabia ver a Bianca aquí, y más todavía que ella no sepa quién es el padre de su hijo, se supone que los hombres somos los que deberíamos tener este tipo de dudas, ¿no? ¿Pero has pensado cuál era la alternativa? Si no hubiera tomado esa llamada aquella noche, sería yo quien estuviese allí sentado con ella pensando que estoy con alguien que me ama. Créeme que esa opción es mucho peor que simplemente verla aquí con otro, esa parte la superé enseguida. Pero con Virginia… no lo sé, todo estaba pasando tan naturalmente que ni siquiera puedo

explicarlo. Es como si hubiéramos retomado algo que dejamos inconcluso, pero soy consciente de que cuando nos conocimos todo fue puro coqueteo. Sin embargo, ahora todo ha sido, no sé, como si hubiéramos estado juntos siempre. Y ahora ella está ignorándome. Trata de evitarme todo lo que puede y te juro que no sé cómo voy a deshacerme de lo que siento ahora, pero no voy a someterme a una espera estúpida si al final esto es un juego para ella —respondió simulando calma, a pesar de que su enrojecido rostro lo traicionaba.

—Andrés, eres más inteligente que eso, ella tiene toda la razón de tener miedo. Quizá no quiere que lo sepan porque vamos a estar molestando todo el tiempo o simplemente no está segura de lo que quieres hacer tú —le decía Marcelo con tono paternal mientras tocaba su hombro.

—Marcelo, disculpa, necesito hablar con Andrés —Virginia lo interrumpió detrás de él con timidez. Se había acercado con sigilo y ninguno de los hombres la notó hasta que habló.

Bianca y Gilberto caminaban hacia la puerta. Gastón los despedía, ella no se sentía muy bien y se retirarían temprano. Iveth conversaba animadamente con sus futuros suegros y Lourdes corría de un lado para el otro preparando la próxima actividad de la noche.

La lluvia había cesado y las nubes se disputaban el firmamento con la luz tenue de una luna pretenciosa que anhelaba participar de la fiesta. La noche se acercaba peligrosamente a la madrugada.

Capítulo 28

Iveth observaba con ternura a su prometido, que se desvivía por atender a los invitados y discutía con el fotógrafo sobre el ángulo correcto para captar los detalles del salón. Recordó con nostalgia cuando se conocieron en clase de yoga. Andrés asistía regularmente a un centro cercano a su oficina y allí se encontró con Gastón. Hijo de unos amigos de sus padres, que coincidiendo en las cenas de diplomáticos a las que iban regularmente y en el francés, habían formalizado una amistad sincera en poco tiempo.

Andrés respetaba mucho a Gastón, y pese a ser casi diez años menor que él, parecía muy maduro y responsable. El centro al que ambos asistían tenía una enorme piscina donde Andrés solía practicar natación todos los días, y como a Gastón también le gustaba nadar, se veían frecuentemente. Iveth había ido a aquel centro por recomendación de Andrés. El primer día que se animó a visitarlo, vio de lejos a Andrés y a Gastón conversando. Andrés los presentó y el resto lo hizo la química. Justo estaba pensando en aquel día cuando Marcelo se acercó a hablarle.

—Aquellos dos ya están peleando como una pareja normal. Tengo que decirte algo sobre Bianca —dijo Marcelo.

—¿Está embarazada? Es una noticia algo evidente, ¿no crees? —respondió irónicamente su amiga.

—Muy graciosa, pero, ¿sabes de quién es? Porque ella al menos no lo sabe. ¿Te imaginas que después de intentar tener hijos con él, justo ahora lo logre? Se lo acaba de decir a Virginia, que ya sabes cómo debe estar —le dijo Marcelo en tono preocupado.

—¿Es una broma? Pero, ¿qué hará Andrés? ¡No quiero ni pensar en lo mal que debe haberle sentado algo así! —replicó Iveth igualmente perturbada.

Al otro lado del salón Andrés y Virginia discutían en voz baja.

—Puedo buscar quien me lleve, pero no tengo llave para pasar y no quiero despertar a Gaby —dijo Virginia.

—Nos vamos juntos y eso es todo, no voy a discutirlo. Si es un dolor de cabeza real, necesitarás aspirinas y tampoco sabes dónde están —dijo él poniéndose de pie y tomándola de la mano.

—¿Crees que voy a inventar un dolor de cabeza? —respondió molesta.

—Creo que no quieres hablar conmigo honestamente. Eso creo —contestó él mientras se dirigía a Iveth para despedirse.

—Hablaremos en la casa, si eso es lo que te preocupa. Tampoco me parece que estos sea el lugar o el momento apropiados —sentenció ella en voz baja justo antes de alcanzar a Iveth y Marcelo.

—La hemos pasado estupendo, Iveth, tu suegra es un verdadero deleite. Nos tenemos que ir, y tú deberías ir también a descansar ¡Mañana es el gran día! —le dijo Andrés, dándole un beso en la mejilla.

—Sí, amiga, son las once y el novio no te puede ver el día de la boda —agregó Virginia con ternura.

—¡Los veo mañana, chicos! Espero que un poco más juntitos que hoy —respondió Iveth, mientras todo el grupo caminaba hacia la puerta.

Alguno de los primos de Gastón habían cogido el micrófono y a él de paso para bromear cantando la macarena. Al salir todos rieron al ver la graciosa escena. Se despidieron y salieron a la noche en dirección al carrito de golf. La lluvia había cesado por completo. El camino a la casa fue corto y tranquilo, Andrés pensaba que el dolor de cabeza era real y no quería empeorarlo. Entraron en silencio a la casa y él la tomó de la mano para ir a la cocina en busca de las aspirinas.

—Estas te harán bien —sentenció extendiendo su mano y un vaso de agua tibia.

—Gracias. Iré a quitarme esta ropa —dijo ella casi en un susurro.

—Escucha, quizá estoy exagerando. Hablaremos mañana. Si te sientes mal, no quiero que te pongas peor. Solo duérmete y hablamos mañana, ¿sí? —dijo él con tono preocupado.

Se tomó las aspirinas, acarició su mejilla amorosamente y se fue a su habitación. Él también se fue a la suya.

Las estrellas comenzaron a desplazar con timidez a las nubes titilando su reflejo en la piscina, una brisa ligera mecía las hamacas de la terraza en el piso superior. Gabriela disfrutaba de unos bocadillos medianoches recostada en una de las tumbonas. Pensó durante un rato si hacerlo en una de las hamacas, pero temió no poderse incorporar después, así que terminó yendo a lo seguro. El techo de madera y metacrilato transparente, era la combinación perfecta para disfrutar del cielo sin mojarse, pues a pesar de que la lluvia había cesado hacía un buen rato, todavía podían dar la sorpresa algunas nubes dispersas. Su vientre a punto de estallar no le dejaba ver sus pies, y aquello la hacía reír y llorar al mismo tiempo. Pensaba que ésta sería ya la última vez que se vería embarazada; no tendría más hijos y este benjamín iba a ser su

última oportunidad para antojarse cualquier cosa a cualquier hora, sin excusas. Oyó al carrito llegar momentos antes y en el silencio de la noche esperó poder escuchar alguna cosa más, pero las voces le llegaban apenas como susurros. Unos minutos después ya no oyó nada más y tomó su celular para escribirle a Virginia. Se había ido a dormir antes y no se habían visto. Un rato después le llegaba una respuesta, y otro tanto después, Virginia estaba sentada en pijama en una de las hamacas, al lado de su amiga.

—Da igual, yo tampoco puedo dormir —replicó Virginia mientras su amiga le reclamaba que podrían haberse saludado al día siguiente.

—Amiga, ya que has venido dime qué es todo esto con Andrés ¿Será que al fin ya les llegó el momento de estar juntos? —dijo entusiasmada pero susurrando.

—Pues quizá amiga, quizá. Cuando llegué y lo vi, casi me da algo. Sabes que no nos habíamos visto en mucho tiempo. Sabía que lo vería en la boda, pero no que me quedaría en su casa. Esta vez todo ha pasado demasiado fácil y demasiado a prisa. Es increíble, siento como si toda la vida hubiera estado con él, no lo puedo ni explicar. Con todo lo de Fernando aquella vez, creo que saqué a Andrés de mi vida tan repentinamente que ahora que ha vuelto es como si quisiera recuperar el tiempo perdido —le decía Virginia, como quien cuenta una historia de hadas.

El pantalón y la camisola de su pijama de seda rosa se deslizaban por la hamaca con facilidad, y al final terminó por recostarse en la hamaca con la mirada hacia el cielo, que ya lucía estrellado.

—¡Amiga, qué emoción por ti! Pero si quieres recuperar el tiempo, ¿qué haces hablando aquí conmigo? ¡Ya nos vemos casi todos los días! —le reclamó Gabriela.

—¡Ese es el asunto, Gaby! Tenemos un problemita, aún no ha llegado, pero bueno, problemita al fin y al cabo. Y me da miedo estropearlo todo con lo que pueda decir si lo hablamos. Te juro que después de todo lo que ha pasado y lo bien que estamos juntos, lo único que quiero es quedarme con él para siempre. No quiero decir algo que abra la posibilidad a que eso cambie —dijo ella con tono preocupado.

—¡Pero cómo se va a crear un problema! Ya me imagino que habrán dormido juntos, pero… —intentaba decir Gabriela cuando de súbito fue interrumpida.

—Bianca está embarazada, posiblemente el niño sea de Andrés, aún no se sabe. Hay que hacer una prueba de paternidad —lanzó

Virginia cual jarro de agua fría.

—¿Pero es que se ha vuelto loco todo el mundo? ¿Cómo que no lo sabe? No lo sabrá Andrés, porque Bianca, ¡te aseguro que sabe de quién es! —dijo Gabriela evidentemente molesta.

—¡No lo sabe! Le ha pedido a Andrés que se haga la prueba. Y, sí, para colmo está aquí y viene a la boda. El primo de Iveth la lleva de acompañante, el muy idiota. Ya todas sabíamos que era con él la cosa, pero no que fuera tan serio. La pobre Iveth debe estar que se muere de rabia con esto aunque no lo diga —dijo Virginia.

—Pero, Virginia, el resultado puede ser el que sea, no me digas que eso es lo que va a impedir ahora que estén juntos. Vamos, que tú también tienes una hija de otro y, si toca tener hijastro, toca —le dijo Gabriela sentenciando con la sabiduría de una embarazada.

—No es eso. ¿Y si Bianca quiere volver con él si el niño es suyo? ¿Él va a decirle que no a la madre de su hijo? Es muy reciente, Gaby, estuvieron juntos un par de años, solo llevan separados unos meses. Conmigo apenas dos días, no es difícil imaginárselo —explicó Virginia, girando el cuerpo hacia su amiga para mirarla a los ojos.

—Mira que no puedo reírme como quisiera porque el baño está lejos. Pareciera que conozco a Andrés mejor que tú. Te estás saboteando, amiga; es la excusa más tonta que he oído jamás. Andrés dejó a esa mujer el mismo día que supo lo que pasó, y jamás miró atrás. ¿De verdad crees que si ella se lo pide por el simple hecho de tener un niño suyo, él dirá que sí y volverá con ella? No seas ilusa —sentenció Gabriela.

—Gaby, voy a estar en el medio —intentó justificar su amiga.

—Qué medio ni qué nada. Ustedes dos siempre se han mirado el uno al otro como si no hubiese nadie más. Siempre buscaban cualquier excusa para hablarse o simplemente molestarse el uno al otro. Ahora que al fin no hay una multitud alrededor, mira todo lo que ha pasado. Estoy empezando a pensar que es porque vine para acá; tienes pánico escénico. Me iré a otra casa y listo, la tienen de nuevo para ustedes solitos. Ahora me haces el favor y te vas a su cuarto a decirle que lo apoyarás pase lo que pase. No seas necia —dijo su amiga embarazada.

—¡Las hormonas te ponen muy mandona! No tengo ningún pánico de nada, es lo que te dije. Además, ya es más de medianoche, debe estar dormido —dijo Virginia ahora que su amiga había logrado sacarle una sonrisa.

—Ayúdame a pararme, Osvaldo debe estar muy cómodo y de seguro que le hace falta que vaya a empujarlo y a quitarle las

almohadas —dijo Gabriela a la vez que intentaba incorporarse.

Ambas bajaron los escalones y se desearon las buenas noches, separándose en el pasillo. Virginia siguió hacia su habitación pero se detuvo en la puerta de al lado y tocó levemente. Corrían ya las primeras horas del sábado veinticuatro de junio.

Capítulo 29

Le había tocado la puerta un par de veces. Pensó que estaría dormida y regresó a su cuarto. Esa no era la noche que él había planeado cuando despertó esa mañana. Habían pasado tantas cosas que era difícil imaginar la vida antes de haberse reencontrado con ella. Buscaba la manera de entender cómo en menos de cuarenta y ocho horas debía regresar a su empresa y a sus alumnos en la escuela de diplomacia. Se dejó caer en la cama con tal fuerza que los cojines que la adornaban volaron por la habitación en franca rebeldía. Sus padres llegarían al día siguiente, pues habían sido invitados a la boda por los padres de Gastón, así que se apresuró a recoger los cojines blancos antes de que se ensuciaran, o su madre lo notaría al instante. Debía desalojar temprano la cómoda habitación principal en la que se estaba quedando mientras instalaban unas cortinas en la suya, una de las reparaciones que inicialmente había ido a supervisar y que estuvo lista desde el primer día.

Intentó colocar los cojines en el mismo orden, eran muchos pero ya sabía de memoria cómo debían verse y recordó repentinamente la noche de Navidad diez años atrás, cuando intentaba ordenar los cojines de un sofá en una discoteca de moda. Él y Virginia regresaban de bailar una canción movida, *Amor Narcótico*, y se lanzaron exhaustos al sofá haciendo volar los cojines que lo acomodaban. Las risas no se hicieron esperar y él, caballeroso como siempre, incluso pasado de tragos como estaba aquella noche, se apresuró a recogerlos mientras le cantaba la canción que acababan de bailar.

—«Y te quiero así: tan satírica y fanática, te quiero así, cuando vives, cuando matas con o sin razón, cuando callas, cuando hablas, cuando amas…» —entonaba con gracia mientras reacomodaba los cojines.

—Pues de aquí nos vamos a un concurso de canto, que cantas mejor que el artista —decía entre risas Virginia mientras recuperaba el aliento con un sorbo del vodka con tónica que le esperaba en la mesa, ya con más hielo derretido que alcohol.

- El de los talentos musicales es mi hermano. Al menos mi padre sí me ha enseñado a bailar —respondió él sentándose a su lado lo suficientemente cerca como para oler su perfume, que con el sudor inevitable de tantas volteretas había recuperado su esplendor.

—Es *Calvin Klein*. Se me hace gracioso que uses el mismo perfume que yo —dijo ella mirándolo a los ojos como él no recordaba que lo hubiera hecho antes.

—¿Qué? Ja, ja, ja ¿Y cómo puedes saber que estoy oliendo tu perfume? —dijo él en una incontrolable carcajada, con genuina sorpresa en el rostro.

—No sé, ¿quizá porque estaba pensando exactamente lo mismo que tú? Pero ya, en serio, ¿no se te hace gracioso que usemos el mismo perfume? No me había fijado hasta hoy —dijo Virginia acercándose aún más a él y recostando la cabeza en su pecho.

—Lo que me parece curioso es que no nos hayamos dado cuenta hasta hoy —le respondió mientras pensaba en que ella podría sentir su corazón salirse de su pecho tan solo acercando su cabeza un centímetro más.

Un alboroto en la pista de baile interrumpió lo que en pocos instantes se hubiera convertido en un beso, cuando la canción de moda retumbó y el *dj* llamó a todos al centro de la pista de baile. El grupo de amigos se abalanzó sobre ellos y, a pesar de que Marcelo no estaba en plena conciencia, intentó inútilmente que los dejaran solos. Virginia se puso de pie, arrastró a la pista a su compañero de sillón y siguieron bailando en una noche de la que ahora poco recordaban.

El incidente de los cojines había traído a la memoria justo aquel recuerdo que ahora no podía distinguir si había pasado realmente o era fruto de su imaginación. Sus pensamientos fueron interrumpidos por el toque de la puerta que, aunque leve, en el lúgubre silencio de la noche bastó para hacerlo saltar mientras algunos cojines saltaban con él otra vez. La vio allí de pie, frente a su puerta con su pijama de seda rosa y una almohada en la mano. Estaba descalza, con el cabello recogido detrás y tan callada que parecía que iba a decir algo muy importante, así que esperó que hablara unos instantes, pero eso no pasó, por lo que entonces habló él.

—¿Todo bien, Virginia? —dijo con la voz casi ahogada, pues no esperaba verla allí.

—¿Puedo dormir contigo? Dormir… solo eso… o hablar… lo que quieras —respondió ella con algo de nervios en la voz.

Andrés miró hacia atrás, vio los cojines en el suelo y regresó apresurado a ponerlos en su lugar mientras le respondía con una contrapropuesta.

—De hecho iba de vuelta a mi cuarto, este es el de mis padres y como ya vienen mañana, pensaba irme desde esta noche. ¿Estás bien? ¿Todavía te duele la cabeza? Si quieres puedo quedarme en tu

cuarto contigo… —le dijo él acariciando con ternura su frente.

—No sabía que venían tus padres. ¿No será raro que te quedes en mi habitación? ¡Y más si vienen tus papás! —dijo ella algo preocupada.

— ¿Por qué sería raro? ¿Tienes dieciséis años? —dijo él buscando el lado jocoso y tomándola de la cintura para conducirla de vuelta a su habitación.

— ¿Ya no estás enojado conmigo? De repente estás de muy buen humor y hace un rato me querías lanzar por el puente más cercano —respondió ella mientras abría la puerta y dejaba la almohada sobre la cama.

—Recordé algo que me hizo feliz —dijo él mientras levantaba el cobertor y se metía en la cama con la naturalidad de un marido profesional.

—¿Y qué fue lo que recordaste, si se puede saber? —le interrogó ella con curiosidad a la vez que levantaba su parte del cobertor y se acostaba a su lado.

—Pues creo que a ti te toca hablar primero porque algo venías a decirme con esa carita de buena que traías —le respondió él girándose hacia ella en espera de una respuesta.

—Esta mañana he pensado mucho en nosotros, en lo que ha pasado estos días, en lo que no pasó hace diez años, en lo que podría pasar en otros diez… y he llegado a la conclusión de que ha sido mi culpa. Ya, lo he dicho —dijo ella mirando hacia el techo mientras se retorcía los dedos incesantemente sin saber qué hacer con sus manos.

—¿Tu culpa, Virgi? ¿De qué estás hablando? Nadie tiene la culpa de lo que pasó antes ni de lo que está pasando ahora. Son cosas que ocurren —dijo él mirándola con dulzura.

—Te empujé a los brazos de Cora. Pienso en ello y en lo estúpida que fui por no haber visto todas las señales que me diste. Tendría que haberme dado cuenta la primera vez que me llamaste a medianoche para salir, o bueno, que mandaste a Marcelo que me llamara. Pero en todo caso, si no lo había hecho antes, debí saltar a tus brazos en el momento en que me llamaste al aterrizar tu avión. No había pensado en ello hasta ahora, ¿te imaginas lo tonta que debí ser para no verlo en ese mismo instante? ¿A quién llamas cuando llegas de viaje, sin siquiera salir del aeropuerto? Nunca te hubieras casado con ella. Y todo el tema de Fernando, ahora entiendo que fue solamente una excusa para justificar mi cobardía. Sí, me sentía culpable, pero si ya hubiéramos estado juntos no habría pasado lo que pasó. Es mi culpa —le dijo ella, intentando

con vehemencia contener las lágrimas.

—Virginia, no tienes de qué culparte, yo también fui muy tonto. Esto es cosa de los dos —dijo él atrayéndola con un abrazo.

—Te juro que ya no me importa si lo nuestro dura un día o cien, no pienso seguir posponiéndolo. Si funciona, que funcione y si no, amén. No quiero pasarme la vida preguntándome lo que hubiera pasado. Si tienes un hijo, pues nada, que yo ya tengo una, no es el fin del mundo. Si de verdad quieres estar conmigo, pues entonces mandarás a Bianca a… —siguió ella hablando hasta que él la interrumpió.

—¿Bianca? Pero Virginia, ¿estás loca, cómo piensas que podría regresar con ella solo porque va a tener un hijo mío? ¿Eso es lo que estabas pensando? Y si al final vamos a intentarlo no pienso estar contando los días, ya tengo bastante curiosidad por saber cómo va a ser esto de ser tú y yo, no somos los muchachos que conocimos aquella vez, somos distintos. Ambos hemos vivido experiencias que nos han convertido en seres completamente diferentes y la verdad es que esto va a ser como empezar de cero, pero ¿sabes qué? Con lo que ha pasado estos días ya tengo suficiente información como para saber que estamos muy bien juntos, tan bien como lo estuvimos antes o mejor —le dijo él dándole un beso en la mejilla.

Ella colocó la cabeza en su pecho, tal y como lo había hecho años antes en el sofá, aquella Navidad. Minutos después ambos estaban profundamente dormidos. Afuera, la madrugada se apoderaba del firmamento y las estrellas habían desplazado completamente a las nubes. El cielo se preparaba para recibir un sol radiante aquel sábado de junio que apenas comenzaba.

Capítulo 30

El bullicio de la cocina no los despertó, pero sí la melodía del celular de Virginia en la mesita de noche. Eran casi las diez de la mañana y las damas debían comenzar a prepararse en la villa de la novia en pocas horas. Las cortinas estaban cerradas y cuando Virginia abrió los ojos, apenas lograba distinguir la hora que marcaba su teléfono. Se dio cuenta de que tenía al lado a Andrés, con el cabello despeinado y la pijama de rayas entreabierta, todavía dormido como un bebé. Al ver que ya eran casi las diez y que tenía dos llamadas perdidas del celular de Lourdes, se incorporó y trató de despertar a su compañero hablándole al oído.

—Andrés, me van a dar de baja como dama de honor, tienes que llevarme a Paraíso Azul, ¡despierta! —le dijo dulcemente.

Él la abrazó y la metió debajo de las sábanas junto a él, sonriendo juguetón.

—¡Hoy no quiero ir a la escuela, mamá! —respondió jocosamente mientras le hacía cosquillas.

—En serio, ¡ya me tengo que ir a bañar! —dijo ella poniéndose de pie y entrando inmediatamente al baño.

Él la siguió y entró con ella, negándose a salir por más que ella intentó sacarlo. Después de todo, aún era temprano.

Afuera, Osvaldo y Gabriela desayunaban, listos para disfrutar de la piscina. Aún faltaban horas para la boda, que era al atardecer, y pensaban aprovechar las vacaciones. Cuando sus compañeros de casa aparecieron por el comedor, lucían felices y descansados.

—Buen provecho, chicos, debo llevar a esta dama de honor a casa de la novia antes de que a Lourdes le dé un ataque. Estaré de vuelta en breve para acompañarlos en la piscina, que hoy he amanecido con mucho calor —les dijo Andrés al encontrarlos.

—Nos vemos en la boda —dijo Virginia intentando contener la risa y dando un codazo a Andrés que la ayudaba a cargar los paquetes.

Salieron en dirección a la villa y mientras ella lo regañaba por hablar de más, el teléfono de él sonaba con insistencia. Virginia lo instó a contestar, pues parecía que él solo tenía ojos para ella y no se daba por enterado de la llamada.

—Hola, Marcelo, ¡buenos días! —contestó finalmente.

—Se te oye animado, amigo —respondió al otro lado de la línea.

—Estoy dejando a Virginia en la villa de la novia, ¿nos vemos

después en la tuya? —contestó Andrés con entusiasmo.

—De hecho estoy en la villa de la novia, así que aquí nos vemos en breve y ya hablamos personalmente —siguió su amigo.

El cielo exhibía un azul intenso y las nubes brillaban por su ausencia. Lourdes corría de un lado a otro y ni siquiera notó cuando Andrés y Virginia entraron a la casa. La sala de la villa era un depósito de flores, cuyo embriagante perfume salía hasta las villas vecinas. Unos jovencitos confundidos intentaban decidir qué enseres había que subir a una camioneta y llevar a la playa, y cuáles tenían que mover al jardín trasero y dejar para la celebración de más tarde.

Virginia se despidió de Andrés y subió las escaleras para encontrarse con el resto del cortejo. Andrés continuó al patio trasero, donde alcanzó a ver a Marcelo dando instrucciones a uno de los jovencitos confundidos.

—¿Complicado, hermano? —dijo dando una palmada enérgica a la espalda de su viejo amigo.

—No más de lo normal. Todos los sábados hay alguna actividad. Y tú, ¿ya hiciste las paces con tu novia? —dijo Marcelo con más curiosidad que ironía.

—Completamente —respondió tomando por sorpresa a su interlocutor que no esperaba que fuese tan rotundo.

—Pues me alegro bastante. Recibí una llamada del dispensario médico en la madrugada. Llevaron a Bianca a emergencias anoche con dolores de parto, pero la han despachado al hospital de la ciudad poco después —dijo con un leve tono de alarma en la voz.

—¿De verdad? Pensaba que aún le faltaban unas semanas. Y, ¿te han dicho por qué la han mandado al hospital? —preguntó Andrés con preocupación.

—La verdad es que no lo sé, la enfermera solo me ha dicho que le hicieron unas pruebas de rutina al ver la posibilidad de que tuviera un parto prematuro y que los resultados indicaban que había que aplicarle unos medicamentos que no tenemos en el dispensario. Así que la mandaron a la clínica, pero no he sabido más desde esta madrugada. Esperaba poder preguntarle a alguien de la familia si habían hablado con la tía de Iveth, pero vine aquí temprano y ni siquiera he podido ver a la novia —explicó Marcelo.

—Pues hay que averiguar. Yo puedo ver si la mamá de Iveth me cuenta algo, debe estar arriba. O puedo escribirle un texto a Virginia. O mejor voy al hospital y averiguo allá, ¿no? Queda a pocos minutos de aquí —dijo Andrés, que comenzaba a preguntarse si estaría todo en orden, al fin y al cabo, el bebé podía ser su hijo.

—Pues de lo que pase aquí dentro, por protocolo de seguridad, me tienen que avisar, pero sobre lo que pase afuera no tengo derecho a estar enterado. Será mejor que tú vayas a ver si está todo bien. Iría contigo, pero esto es un caos —le respondió Marcelo mientras trataba de indicar a uno de los ayudantes que tuviera cuidado con el césped.

Andrés se despidió de Marcelo para volver a su villa y sustituir el carrito de golf por el auto, luego salió del complejo en dirección al hospital del pueblo. Si bien los problemas con Bianca lo habían puesto de mal humor, el hecho de que estuviera en una posible situación de peligro le preocupaba bastante. Estaba muy enojado con ella, por decir algo, pero no podía dejar de lado el hecho de que en alguna época también la había querido mucho. Le guardaba estima, pese al dolor que le había causado su traición. Todo el camino estuvo pensando en las cosas que había evitado pensar antes. Si el niño fuera suyo, ¿cómo podría criarlo si iba a vivir con ella y su pareja? Si había llegado hasta él con la noticia es porque de ser suyo, le dejaría participar en su vida, porque si no, ¿qué otra razón tendría para decirle aquello y luego no dejarle ver al bebé?. En poco menos de media hora llegó a la Clínica Internacional de Las Terrenas, donde le había dicho Marcelo tenían a su exmujer. Al entrar, preguntó por Bianca, y una enfermera le indicó un pasillo al que se dirigió, al principio rápidamente, pero luego con más calma. Mientras veía personas entrar y salir del lugar, se preguntó a sí mismo lo que diría. La verdad es que él no sabía si el resto del mundo estaba al tanto de lo que sabía él, que la madre ignoraba quién era el padre del bebé. Si el niño no era suyo, aparecer allí era algo completamente fuera de lugar. Apenas se asomó, vio de lejos al acompañante de Bianca la noche anterior en la cena de compromiso. No estaba seguro de que lo reconocería y tampoco tenía muchos deseos de intercambiar frases con él, pero al mismo tiempo era preciso que se enterara de si todo estaba bien o no. Vio a la tía de Iveth acercarse por el pasillo, definitivamente lo había reconocido y salió a su encuentro. ¡Debía pensar algo y pronto!

—Hola, eres el amigo de Iveth, ¿no? Ya le he dicho a mi hermano que no se preocupara, que ya estaba todo en orden —dijo ella dándole una palmada en la espalda.

—Eh, sí. No le hemos dicho nada, solo queríamos saber si estaba bien y cómo estaba el niño —respondió él al darse cuenta de que Esther no tenía ni idea de que además de ser amigo de Iveth, también era el exmarido de su reciente nuera.

—Oh, pues sí, pero es una niña, no un niño. Le faltaban un par

de semanas y tendrá que esperar unos días antes de regresar a la capital. Mira que venirse hasta la playa a dar a luz no tiene nada de clase. Eran contracciones, dijo la enfermera del dispensario, pero igual la han mandado al hospital para ponerse unas inyecciones. Le han hecho unas pruebas de sangre a mi hijo por si tenían que intervenirla antes y resulta que no tiene el tipo de sangre que pensaban que tenía —dijo ella girando la cabeza a su alrededor con su característica mirada despectiva.

—Oh, entonces, ¿ha nacido ya? —dijo él sin el menor alivio en la voz, pues eso no aclaraba sus dudas.

—Sí, no podremos ir a la boda. La niña está en una incubadora porque esta chica tiene RH negativo y mi hijo tiene RH positivo, y la niña ha salido al padre. Deben controlarle la bilirrubina o algo parecido. A la pobre chica le iba a dar un ataque cuando escuchó en el dispensario a la enfermera decirle a mi hijo su tipo de sangre. Ella creía que la niña tenía el tipo RH negativo y los médicos no quisieron ponerle los medicamentos necesarios en estos casos, pero cuando se enteraron de que ese no era su tipo de sangre, se los dieron y afortunadamente todo ha salido bien. Puedes informarle a mi hermano que ya soy abuela, aunque no le han puesto nombre a la pobre chiquilla. Espero que vaya bien la boda, ya Iveth está mayorcita y mejor que se case con ese muchachito a que no se case, ¿verdad? Debo irme, conseguir una enfermera aquí es más difícil que encontrar toallas limpias en un hotel. Saluda a todos de mi parte —recitó casi sin respirar la mujer y se alejó por otro de los pasillos.

Andrés, que había dejado de escuchar en algún momento del discurso, recordaba una de las visitas a un médico de fertilidad que había hecho tiempo atrás con Bianca. Ambos tenían el mismo tipo de sangre, RH negativo, y es por ello que aquellas inyecciones no serían necesarias si ella volvía a quedar embarazada, les dijo el doctor aquella vez, cuando perdieron un embarazo. El hecho de que la recién nacida tuviera el tipo RH positivo lo descartaba como padre y, a pesar de que se había ilusionado por unos instantes con la idea de serlo, también era cierto que aquella no era la forma en la que había planeado su paternidad. Regresó a Villas Paraíso con un peso menos encima y condujo cantando durante todo el camino, listo para pasar el resto de la tarde en la piscina con Osvaldo y Gabriela, hasta que llegara el momento de la boda y volviera a ver a Virginia para contarle las buenas nuevas.

El sol brillaba radiante en Samaná. Las Galeras se vestían de fiesta para celebrar el amor y las olas se estrellaban con fuerza en la

bahía, salpicando de sal las blancas arenas que esperaban ansiosas las huellas por llegar.

Capítulo 31

El sombrero turquesa de doña Sonia a juego con sus sandalias, reflejaba el verano en todo su esplendor. Cuando entró a su casa y caminó rumbo al jardín trasero para saludar a sus orquídeas, le sorprendió ver a una mujer embarazada que iba saliendo de la piscina y a un hombre que la ayudaba. Miró con desconcierto a su marido que le contestó rápidamente:

—Me dijo Andrés que algunos amigos se quedarían aquí por la boda, ¿olvidé decírtelo? Vayamos a saludarles, el auto de Andrés no está, supongo que tendrá una buena razón para ser tan mal anfitrión y dejarlos aquí solos —dijo don David a su esposa.

—Vayamos, es prácticamente la hora de almorzar. Iré a ver si Marilú ya está lista tras saludarlos —respondió la señora, que no perdía la elegancia ni para estornudar.

Andrés entraba por la puerta justo cuando sus padres estaban saludando a Osvaldo y Gabriela. Había olvidado por completo que estaban de camino y aceleró el paso para alcanzarlos y presentarles a sus amigos. Su padre debía estar molesto con él por haber salido, pero no había tenido otra opción, así que trató de salir del paso como pudo.

—Mamá, papá, ¡ya están aquí! Veo que ya conocieron a Osvaldo y Gabriela. Estaba dejando a un huésped en la villa de la novia. Virginia, papá, ¿recuerdas a mi amiga Virginia? —dijo Andrés algo nervioso.

—Les estaba diciendo que esta es su casa. Estás agitado hijo, ¿todo bien? —dijo su padre al ver que no paraba de hablar.

—Cariño, ¿terminaron las reparaciones en tu cuarto? —dijo doña Sonia a la vez que daba un beso a su hijo.

—Sí, han terminado ya. No pasa nada, papá, me voy a terminar de ordenar algo y nos vemos en el almuerzo, ¿sí? —dijo Andrés intentando escapar para escribirle un mensaje a Virginia.

—Nosotros vamos a subir a cambiarnos. ¡Es un placer conocerlos! —dijo Osvaldo intentando dejar sola a la familia Nova, mientras abrazaba con una enorme toalla a su mujer, que asentía con una sonrisa.

—El placer es nuestro, muchachos. Me voy a confirmar el almuerzo con Marilú y en nada nos vemos en el comedor —respondió Sonia acompañando a casa a la pareja de esposos y dejando a solas en el jardín a padre e hijo .

—De acuerdo, hijo. Ahora me dirás lo que pasa, con una copa del vino francés que he traído de regalo a Giuseppe —dijo el padre de Andrés, señalando el bar que se encontraba solitario a unos pasos del jacuzzi.

Andrés suspiró levemente en señal de protesta, pero asintió con la condición de que se encontrarían allí en cinco minutos y se dirigió al cuarto de Virginia para escribirle desde allí un mensaje. Cuando entró a la habitación, justo al cerrar la puerta, su teléfono vibró con insistencia. Era Marcelo.

—No es mío, hermano —dijo escuetamente Andrés al tomar la llamada.

—¡Me tenías preocupado! ¿Quieres decir que ha nacido? ¿Cómo sabes que no es tuyo? ¡Mira que a veces los niños se parecen a la madre! —parloteaba incesante su amigo al otro lado de la línea.

—Es complicado de explicar. Confórmate con la versión corta porque mis padres han llegado y quiero decírselo a Virginia antes de que me abrumen con su interminable conversación. ¿Te veo esta tarde? Ah, espera, necesito un par de favores. Que me mandes un carrito de golf adicional para Osvaldo y Gabriela, y que me tengas otro disponible en el salón para dejárselo a mis padres después de la fiesta. No quiero tener la responsabilidad de traerlos. También necesito uno de los apartamentos de La Marina solo por esta noche. Esta casa está llena de gente y no pienso regresar aquí con Virginia. ¿Puedes arreglarlo? —dijo Andrés sin dejar siquiera que su interlocutor tuviera oportunidad de responder.

—¡Para, para! ¿Crees que soy el dueño de todo esto? ¿No quieres también servicio al cuarto en el apartamento? —dijo Marcelo abrumado por los pedidos, mientras reía divertido.

—¿Te acuerdas de aquella vez en Quebec, cuando dejé plantada una cita para quedarme traduciendo tu trabajo final al francés la noche antes de que lo entregaras porque lo hiciste en español? Este eres tú pagándome ese favor. Te veo en la tarde, hermano. Además, estás casado con la hija del dueño, así que no llores tanto —respondió Andrés entre risas pero con determinación.

Cuando colgó el teléfono, se sentó sobre la cama que horas antes había ocupado con Virginia y se dejó caer sobre las almohadas. No había cojines que se pudieran caer esta vez, y pasó a escribir el mensaje con toda la celeridad que la emoción le permitía. Fue más detallado que con Marcelo, pero escueto. No quería hablar mucho del tema, así que redactó simplemente: «La hija de Bianca ha nacido y he confirmado que no es mía. Yo ya he hecho las paces con mis fantasmas, espero que tú hagas lo mismo. Te veo esta tarde».

Debió pasar más de cinco minutos soñando despierto en la cama porque su padre entró sin mayor ceremonia en el cuarto.

—Te he buscado en tu habitación y estaba intacta. ¿No estás durmiendo allí? —dijo su padre mientras sostenía la botella de vino.

—No. Estaban poniendo las cortinas, ¿recuerdas? Me quedé en la tuya. Aquí se queda Virginia y en la otra habitación se quedan… —dijo Andrés cuando lo interrumpió su padre.

—La pareja, sí, ya los he visto ir allí antes. Puedo preguntar qué haces aquí si en esta habitación está quedándose… —empezó a hablar su padre y esta vez fue Andrés quien lo interrumpió.

—Virginia, sí. Busquemos las copas y hablemos en el jardín, papá —dijo Andrés mientras se incorporaba e invitaba a su padre a salir del cuarto.

Ambos se dirigieron al bar del jardín trasero. Después de elogiar el vino por unos instantes, un placer que compartían en familia desde que los hijos tuvieron edad para probar alcohol, Andrés fue quien comenzó a contarle todo a su padre. Primero lo ocurrido con Bianca, algo que les tomó media botella de vino, y luego lo que hasta el momento había pasado con Virginia.

Los Nova eran hombres que solían hablar de mujeres con regularidad. Don David era un padre como pocos en ese sentido, pues inspiraba a sus hijos en la búsqueda de un amor eterno y, a pesar de que en ocasiones perdía la paciencia con Dante, su hijo mayor, veía en Andrés a un perenne romántico, igual que él, y eso le daba esperanza. Don David había conocido a su esposa cuando ambos cursaban la primaria, y aunque fueron novios en el bachillerato, se separaron y no fue sino hasta pasados varios años y varias parejas que regresaron a una relación que culminó en matrimonio poco tiempo después. Siempre contaba a sus hijos que su madre era el amor de su vida y, a pesar de que eran muy distintos, se llevaban de maravilla. Doña Sonia, que no compartía el romanticismo de su marido, sino que era más bien discreta y recatada, lo miraba con ternura y amor mientras él contaba las historias de su juventud. Ahora, en el retiro, sin los hijos en casa, la pasaban disfrutando uno del otro.

Andrés, al ver a sus padres, no quería esperar otra cosa del amor que la eternidad misma. Con Cora nunca estuvo seguro de que la alcanzaría, pero con Bianca todo parecía más estable. Otras novias no habían siquiera pasado de ser la simple ilusión de un noviazgo que, poco tiempo después, se desvanecía como un espejismo.

Pero con Virginia todo había sido distinto desde el principio. Desde que la vio en la oficina y los presentaron, no paró de hablarle

a Marcelo de la amiga de Iveth. «Parece insoportable» decía, «se nota que es una presumida», repetía sin que estuvieran hablando del tema. Y un buen día, poco después de haberla visto por primera vez y cansado de escuchar la misma historia, mientras aún estaban en el trabajo, Marcelo le preguntó a Andrés:

—¿De qué amiga de Iveth me estás hablando? Llevo toda la semana tratando de cerrar estos reportes de gastos del viaje a Nueva York y ¡tú no paras de hablarme de la amiga de Iveth! —le respondió enérgicamente su amigo.

—Pues me refiero a la que vino el otro día, Marcelo, ¡no pones atención! Solo digo que parece una insoportable, es quizá la segunda vez que la menciono. Quería saber si la conocías, porque aunque hemos salido con el grupo de Iveth, no la había visto antes —replicó Andrés mientras le ayudaba a distribuir las copias.

—¿La segunda vez? ¿En serio? Hasta yo quería saber de quién hablabas. Hoy iremos todos a bailar… Si la ves, me dirás quién es la famosa amiga insoportable de Iveth que vino a verla. Y después me dirás por qué hablas tanto de ella si te parece tan presumida y demás. De todos modos, hay alguien a quien sí quiero que conozcas, es la amiga que nos acompañó a Nueva York. —respondió su compañero de trabajo y amigo de la adolescencia, ignorante en ese momento de que hablaban de la misma persona.

Esa misma noche, horas más tarde, Marcelo volvía a presentar a Virginia y Andrés. «Ya nos conocimos la semana pasada…», fue todo lo que dijo ella con una sonrisa. Instantes después, Andrés le decía a su amigo en voz baja: «te dije que era una presumida», y entonces se dieron cuenta de que ambos hablaban de Virginia.

Desde aquella noche hasta su primer viernes de vinos no pasaron más que un par de semanas y, desde entonces, la «insoportable y presumida» había sido lo más cercano a la eternidad que Andrés había tenido y, aunque poco después vio alejarse sus posibilidades con ella, ahora recordaba todo lo ocurrido diez años atrás con una imborrable sonrisa en el rostro, mientras terminaba la botella de vino con su padre y pensaba que su amor eterno todavía era posible.

Una voz femenina anunció autoritariamente el almuerzo, interrumpiendo la tertulia varonil. No se hicieron llamar otra vez, ya conocían las consecuencias de un error como ese, y fueron al comedor a reunirse con el resto del grupo. Faltaba muy poco para que todos se prepararan para ir a la playa a presenciar la boda de Iveth y Gastón. El cielo azul cooperaba entusiasta y tanto la luna como el sol hacían acto de presencia en el paisaje. Era un hermoso

día.

Capítulo 32

En la villa de la novia todo eran risas y complicidad. Los vestidos que antes colgaban en el armario de una inmensa habitación ocupada por la novia, sus dos hermanas, su prima Dalia y Virginia, ahora lucían espectaculares al vestir a sus respectivas dueñas. La elegante escalera de la villa vio descender las múltiples faldas en chiffon que se deslizaban cual olas del mar sin pausa por los escalones. El cabello en ondas que flotaba en libertad daba a las damas una frescura incomparable. Lucían hermosas vestidas completamente de azul. La dama de honor vestía la misma falda azul cielo y un corsé blanco con diminutas flores azules que delineaban el escote transparente y parecían adherirse a su piel con delicadeza.

La novia siguió a las damas en su traje blanco de sirena, que dejaba al descubierto su espalda llena de pecas. Un tocado de orquídeas azules recogía la mitad de su cabello y las mismas flores conformaban un delicado ramo adornado por un fino lazo del mismo color. Todos se habían marchado ya a la playa. Solo quedaba el cortejo. La madre de Iveth ya había llorado bastante en la primera boda de su hija, pero por razones distintas a las que ahora colmaban de lágrimas sus ojos al verla descender con parsimonia. Iveth estaba disfrutando cada segundo y respiraba profundamente mientras observaba los rostros felices que la admiraban desde abajo. Había llegado el momento de dejarse amar otra vez y esta vez para siempre.

Fue inevitable recordar su matrimonio anterior y los tristes meses que le siguieron. Ya le había dicho su madre que no era necesario casarse y que no importaban los años que habían estado juntos, estaba a tiempo de olvidarlo todo y comenzar de nuevo. Pero, en ocasiones, el aprendizaje nos exige sacrificios, algunos más allá de la comprensión de los que observan de lejos, y casi siempre más allá de nuestra propia comprensión inmediata. Tomamos decisiones con la certeza de que es el camino correcto, luego nos damos cuenta de que esa vía no es la que conduce a nuestro destino, pero el orgullo nos impide reconocerlo. Entonces, sin querer, permitimos que otros tengan poder sobre nosotros, que nos hieran, nos controlen y decidan nuestro futuro.

Iveth pasó gran parte de su noviazgo con Miguel Ángel consciente de que el camino quizá no era correcto, pero mantenía la

esperanza de que la llevara al mismo lugar. Sí, muchas veces se sintió ignorada, pero prefería pensar que era ella quien necesitaba demasiada atención. A veces se sentía maltratada, pero prefería creer que era ella quien estaba muy sensible. Se casó y las esperanzas de que todo iba a mejorar comenzaron a desvanecerse unos meses después. Una mañana despertó y no estaba Miguel Ángel en casa, eran las siete de la mañana de un sábado y tendrían más o menos cuatro meses casados. Al principio se alarmó y pensó que tal vez había regresado muy tarde sin que ella lo notara y se había marchado otra vez. Luego pensó que le había pasado algo grave, pero sus pensamientos fueron interrumpidos por la puerta que se abría para darle paso a él, que simplemente no había regresado a dormir. Decidió que había sido suficiente y que ya no había nada que ella pudiera excusar. Ni siquiera le preguntó dónde había estado; no quería saberlo, le bastaba con ver su rostro y su aspecto para entender qué había estado haciendo. Mientras hacía su maleta, le escuchaba decir que era «una exagerada» y otras muchas cosas que prefirió olvidar.

Él no puso objeciones para el divorcio. No parecía importarle en absoluto y eso solo agravó el dolor de Iveth. Empezó a pensar que no valía nada para él y que no valdría para nadie. El orgullo que antes le había impedido dar un paso atrás, ahora había dado lugar a la amargura y al temor de volver a equivocarse de camino. Tuvo que pasar mucho tiempo para que recuperara la ilusión de tener un destino feliz. Las palabras de Virginia, de Gabriela, de su madre… todas eran inútiles porque su aprendizaje no vendría de otros sino de ella misma. Y es que para entender lo que nos dicen los demás, es necesario primero aprender a escucharse a uno mismo. Y eso hizo Iveth. Andrés la llevó a una de sus clases de yoga y ella siguió yendo por su cuenta, hasta que se hizo una necesidad estar consigo misma antes que con otras personas. Con el tiempo agradeció la presencia de su exmarido en su vida y volvió a creer la posibilidad de una relación donde podría dar y recibir.

Ahora estaba solo a unos minutos de embarcarse en un nuevo camino con Gastón, ya no tenía miedo de que no fuera el correcto porque sabía lo que tenía que hacer si no lo era. Se marchó con su cortejo a la playa en un silencio absoluto. Miraba el paisaje desaparecer a su paso y de repente el océano se abrió inmenso en el horizonte. Habían llegado. Comenzaron a colocarse en sus respectivas posiciones debajo de una pérgola desde la que desfilarían hacia el hermoso altar instalado en la playa. Las sillas colocadas a cada lado del altar, daban cobijo a los invitados que,

puntuales y elegantes, esperaban el cambio de música. Los violines deleitaban a todos con un adagio del *Concierto de Aranjuez*.

—Estás muy callada, ¡me asustas! ¿Está todo bien? —dijo Virginia mientras ayudaba a la novia a colocar su cola fuera del auto.

—Estoy bien amiga, ¡es toda la tila que he bebido hoy! —respondió ella más calmada de lo que Virginia la había visto jamás.

Canon in D Major.mp3

Lourdes comenzó a poner el orden en la fila, y aunque ya lo habían practicado en el ensayo, todo mundo parecía haber olvidado lo que debía hacer. Los niños de arras irían delante, seguidos por la madrina y el novio, que estaban donde Iveth aún no podía verlos aún, les seguirían las damas de honor: las hermanas gemelas de la novia saldrían primero, luego su prima y por último Virginia, que desfilaba sola. La novia, a continuación, daría los primeros pasos hacia su nueva vida.

Los invitados escucharon el *Canon* de Pachelbel y se giraron de inmediato expectantes. Doña Elise inauguró el desfile con su majestuoso traje rosa, luciendo unas elegantes canas en un peinado recogido hacia atrás. De su brazo, Gastón lucía impecable y feliz en un traje azul pálido a juego con sus ojos. Caminaron hasta el altar y vieron desfilar al resto del cortejo.

Cerca del pasillo adornado con flores y cintas azules, estaba sentado Andrés, al lado de sus padres y transpirando impaciencia mientras veía a los graciosos chiquillos derramar flores por todas partes, luego muy de cerca a las quinceañeras, hermanas de la novia, su prima y finalmente a Virginia, que parecía flotar sobre su vestido. Con el cabello en ondas parecía una diva de los años cincuenta, pensó él. Ella se deshizo en ternura cuando cruzaron miradas y sonrió levemente como quien no lo puede evitar. Él hizo lo mismo.

Sin más, el cambio de música anunció la llegada de la novia y todos se pusieron de pie. Iveth inició su desfile sonriente y tan tranquila como le permitían los nervios, mirando a todos los invitados y finalmente depositando su atención total y definitiva en Gastón. Los violines desprendían las notas musicales con ligereza y armonía por toda la playa, y el cielo, exhibiendo un espectacular atardecer rojizo, despedía los últimos rayos de sol. El oficial civil inició el protocolo agradeciendo a los presentes y la ceremonia siguió su curso.

A Lourdes se le hacían eternos los minutos, con tanto calor las mariposas blancas que soltaría al final del pasillo podían sufrir. Así

que respiró aliviada al escuchar los aplausos que daban la bienvenida a la sociedad a la señora y el señor Michel. Decenas de mariposas blancas como símbolo de nacimiento y nuevo comienzo volaron por todas partes al desfilar los alegres novios. Los violines retomaron su melodía, pero apenas se distinguían entre el bullicio de los invitados que iban de camino al salón, entorpeciéndose los unos a los otros para ser los primeros en dar la enhorabuena a la pareja.

Algunos se adelantaban, mientras que otros se quedaban rezagados, entre ellos Andrés, que no veía la hora en que Virginia pudiera escapar del cortejo para unirse a él. Estaba decidido a que sus padres la conocieran ya mismo y desesperado por saber si había podido leer su mensaje, ya que ella no había respondido en toda la tarde. Pero los señores Nova sí querían unirse a la celebración y le hicieron apurar el paso hasta que finalmente Andrés optó por unirse a ella en la mesa del cortejo. Marcelo logró verlo en la procesión al salón y apuró el paso hasta alcanzarlo, saludando con familiaridad a sus padres y a Osvaldo y Gabriela, que caminaban a su lado. Aprovechó para entregarle a Osvaldo la llave del carrito de golf que Andrés había pedido para él y le indicó el número del aparcamiento donde lo encontraría. Después se dirigió con entusiasmo a su amigo.

—¡Ha sido una ceremonia preciosa!, ¿verdad? Aquí tienes la llave del apartamento catorce, en el quinto piso, la torre de la izquierda; y aquí la llave del carrito de golf que está en el aparcamiento número doce. Después de esta, mínimo me harás padrino de la boda y de todos los hijos que tengan… y nombrarás a tu primogénito o primogénita con mi nombre. Creo que eso es todo lo que va a costarte —bromeó Marcelo cuando ya estaban entrando al salón y esperaban a que Lourdes sentara al grupo que estaba en su turno.

—Eres un bromista. Este era tu plan, ¿recuerdas? Te pasabas el tiempo diciendo que yo era un tonto por no lanzarme a ella. Bueno, ahora no voy a perder más tiempo —respondió Andrés tomando las llaves discretamente y colocándolas en su bolsillo.

—Pues sí, hermano, pero no pierdas el romanticismo que mi amiga es una dama de historia antigua de esas que leen a Jane Austen y como no le des romance… —dijo Marcelo cuando ya Lourdes los interrumpía para indicarles sus asientos.

—Los señores Andújar están en la mesa nueve, mi compañera los llevará, los he puesto cerca del tocador como ha pedido la señora Gabriela. Marcelo, tú ya sabes dónde estás sentado, así que ayúdame y lleva al señor Nova a la mesa del cortejo, así los señores

Nova vienen conmigo a la mesa de los padres del novio —dijo Lourdes guiñando un ojo a Marcelo.

—¿La mesa del cortejo? No, no, debe ser una confusión —dijo doña Sonia con temor a que su hijo por error fuese a violentar alguna norma protocolar.

—Todo está bien mamá, yo paso por tu mesa y te explico en un rato, ¿de acuerdo? —dijo Andrés dando codazos a su padre y comprendiendo que Virginia lo había anotado como su acompañante.

—Sí, sí, querida, vamos que la chica sabe lo que hace. La acompañamos, joven y a ti, hijo, te vemos luego —dijo don David colocando una mano en el hombro de su mujer que los miraba desconcertada.

Todos partieron a sus mesas, que se encontraban cada una a un extremo de la pista de baile que todavía lucía desierta. Andrés, sin titubeos, caminó hacia la mesa donde estaban sentadas todas las chicas que vestían igual. Virginia estaba de espaldas, se giró con gracia para ver quién era el que tocaba sus hombros y se quedó solo a centímetros del rostro de Andrés, que se había agachado y se disponía a decirle algo al oído. Un beso en los labios se hizo inevitable estando tan cerca y, aunque apenas duró unos segundos, el tiempo se detuvo lo suficiente como para sonrojarlos a ambos cuando la prima de Iveth le preguntó a Andrés si no se encontraba incómodo allí. De inmediato él tomó su lugar en la mesa al lado de Virginia. De fondo, la melodiosa voz de Frank Sinatra interpretaba convenientemente *The way you look tonight*.

—Aprovecho la canción para decirte que estás muy bella. ¿Recibiste mi mensaje? ¡No supe de ti en todo el día! —dijo él mientras asentía al mozo que le ofrecía un whisky.

—Muchas gracias, tú no estás nada mal; con esa guayabera pareces todo un hacendado. Y sí, recibí el mensaje —dijo ella con intención de mover la conversación a cualquier otro tema.

—Bien. Quizá luego te lleve a mi finca. Ven conmigo, ¡te quiero presentar a mis padres! Están sentados… —respondió Andrés siguiendo el juego, cuando la voz de Lourdes en el micrófono lo interrumpió al anunciar el primer baile de los novios.

—¿A tus padres? —respondió ella sorprendida y sin poder replicar, pues ya sonaban los aplausos para la pareja, que estaba tomando el centro del escenario.

Las primeras notas de *Llegaste tú* se apropiaron del salón y todas las miradas se dirigieron a la pareja, que se deslizaba al suave ritmo de la bachata que los más románticos tarareaban en un tímido

susurro.

Unos minutos más tarde se unían otras parejas tras la invitación de Lourdes al baile. Virginia le pidió a Andrés que la acompañara. En un primer momento parecía dispuesta a girar la falda de su vestido al ritmo de la música, pero en su lugar, tomó a Andrés de la mano y salió con él al jardín.

Lourdes no había perdido detalle. Las flores y cintas que adornaban el salón se extendían al jardín, donde la luz tenue de múltiples velas iluminaba el césped y conducía a los bancos de madera tallada que ahora lucían desiertos. El cielo resplandecía con incontables estrellas que solo en el campo cobraban vida y la luna nueva pasaba desapercibida. Andrés siguió a Virginia con curiosidad sosteniendo su mano y caminando despacio a su lado en espera de que ella iniciara la conversación. Se detuvieron en un banco y ella se sentó invitándolo a que hiciera lo mismo.

—Estás más misteriosa que de costumbre hoy —dijo él al ver que el silencio se prolongaba.

—Bien, aquí voy… Es posible que esto llegue con diez años de retraso, pero voy a decírtelo igualmente. Es verdad que muchas veces nos interrumpieron; la tormenta, Cora, Fernando… pero también es cierto que quien hizo esto más difícil de la cuenta alguna vez fui yo. Desde el día en que me llamaste desde el aeropuerto supe lo que sentías por mí y asumo la responsabilidad si no tomé medidas al respecto. Hay mil cosas que pude haber hecho y no hice porque pensaba que algo tan perfecto no podía ser real. Pero antes de que digas algo, debes saber que tú tampoco hiciste suficiente, ni ahora, ni hace diez años, ni antes —dijo Virginia, luego respiró profundamente e hizo una pausa.

—¿Antes? ¿Antes de qué? —respondió Andrés ligeramente confundido.

—Antes… debiste volver por mí. Si no lo recuerdas, eres perfectamente capaz de hacerlo mal de nuevo —repitió ella enfática.

—Pero, ¿de qué estás hablando, Virginia? Creo que empezaste a beber champagne en el cuarto de la novia. Volvamos a la fiesta, ya te dije que quiero que conozcas a mis padres —dijo él levantándose y besándola en la frente.

Ella sonrió y elevó el rostro hasta alcanzar sus labios. Tomó sus manos y se puso de pie, hizo una pequeña reverencia indicándole que guiara el camino de vuelta a la fiesta.

Una brisa ligera hacía tolerable la calurosa noche de verano, la luna muda e invisible se deleitaba con la escena. La música de la

fiesta resonaba distante y el eco de una campana repicaba en la lejanía anunciando que dos almas se encontraban y quizá esta vez para siempre.

Capítulo 33

El murmullo interminable de los camareros distribuyendo las copas, la música de la orquesta en vivo, los zapatos de las mujeres golpeando el suelo al bailar, el secreteo de las mujeres en el tocador… Virginia podía escucharlo todo al mismo tiempo mientras se acercaba a la mesa de los padres de Andrés, que conversaban con los del novio. Doña Sonia, con su porte distinguido, la miraba con atención desde hacía un buen rato. Ya se había dado cuenta.

—Papá, mamá, ¿recuerdan a Virginia? —preguntó Andrés sin más preámbulos.

—¡Claro! Hace ya un tiempo. ¿Cómo estás querida? —dijo inmediatamente don David levantándose de la mesa mientras su esposa solo inclinaba la cabeza con una leve sonrisa.

—Bien, gracias. He estado hospedada en su hermosa casa. Debo agradecer a ambos su cortesía. Me ha tocado venir antes y han sido una salvación —respondió Virginia con gracia.

—Eres bienvenida. Todos los amigos de Andrés lo son —dijo doña Sonia con su inalterable sonrisa.

—Debo decirle que su terraza superior es un sueño. Tiene un gusto impecable. Y me encanta su selección de sales para meditar —continuó Virginia, pero fue interrumpida por Andrés que la tomó del brazo nervioso.

—¡Vamos a bailar! Los veo luego —dijo él al ver que quedaría en evidencia, pues su madre no había meditado en su vida.

Salieron de allí a prisa dejando a doña Sonia con el rostro confuso y a don David sonriente. Virginia, por su parte, reprendió a Andrés su rudeza al interrumpirla, pero aceptó su invitación a bailar y allí estuvieron un buen rato.

Las horas avanzaron rápidamente y Andrés pensó en distribuir las llaves antes de que todos hubieran perdido la cuenta. Salió a mirar dónde estaban estacionados los carritos de golf que le prestaría Marcelo y vio a poca distancia el bar donde habían estado celebrando un par de noches atrás. Recordó a una mujer que leía las cartas en la terraza. Aquella noche apenas notó su presencia, pero ella le dirigió unas palabras cuando pasó cerca y, aunque las olvidó enseguida por alguna razón, ver las luces encendidas allí lo hicieron desviarse de su destino original.

«¡Ah, es tu sombra quien la persigue», le había dicho Agatha aquella noche. Volteó para asegurarse de que se dirigía a él, pero

ella no dijo nada más. Andrés recordó lo que Virginia le había dicho apenas unas horas atrás en el jardín y recordó también que precisamente aquella noche en el bar, ella comenzó a actuar de forma extraña. Tantas actuaciones fuera de lo común terminarían por volverlo loco, así que al menos despejaría sus dudas con aquella mujer si es que lograba encontrarla. Continuó su camino atravesando los jardines para llegar al bar, cuando una voz detrás de él le provocó tal susto que todas las llaves de los carros de golf cayeron.

—Me estás buscando —dijo Agatha con tranquilidad.

Andrés, que no había visto a nadie ni detrás ni frente a él en todo el camino, respiraba con dificultad, mientras su corazón latía desmedidamente impidiéndole contestar. Se giró despacio, esperando no encontrar a alguien con un hacha en la oscuridad. Al ver que se trataba de la mujer con el turbante, se sorprendió aún más.

—Y usted cómo… —intentó decir Andrés.

—Es tu aura —respondió ella sin titubeos, señalando un óvalo en el aire con su dedo.

—¿Mi aura? —le inquirió él mientras recuperaba el aliento.

—Luna nueva. Si quieres preguntarme algo, hazlo sin perder tiempo —dijo la mujer tajante.

—Es que… la otra noche… usted me dijo algo que no entendí y quería que me lo explicara. No entiendo bien lo que usted hace, ¿debo pagarle, pedir una cita o qué? Sé que estamos en mitad de la noche y… —comenzó Andrés con el temor de un chiquillo que ha hecho algo indebido.

—Tu sombra la persigue. Es lo que dije y es lo que es. Ni siquiera tú mismo sabes cómo deshacerte de tu sombra. Arrastras el pasado a cuestas y a ella con él. Si no lo enfrentas, se volverá en tu contra y el tiempo perdido ya no podrá recuperarse.

—De verdad no la estoy entendiendo, señora —dijo Andrés confundido e intentando esbozar una sonrisa.

—La has dejado, tu sombra la ha dejado al menos. Debes cerrar el ciclo para que puedan estar juntos. Es curioso que ella pueda recordarlo y tú no, tu aura es tan poderosa como la de ella —dijo la mujer escudriñándolo con la mirada y haciéndole sentir como un conejillo de indias.

—¿La he dejado? ¿Se refiere a Virginia? ¿La conoce? Creo que usted está confundida, es la primera vez que estamos juntos, Virginia y yo quiero decir —dijo Andrés tan confundido como antes.

—Sabes respirar, algo habrás aprendido. No escuchas la campana repicando, ¿cierto? Debes ir, debes ir allí —sentenció Agatha dándose la vuelta para marcharse.

—¡Espere! ¿Ir, dónde? ¿Dónde debo ir? —preguntó Andrés pasando unos segundos en los que intentó descifrar por sí mismo el significado de aquellas palabras sin éxito.

—Trullos, supongo que debes ir a Italia —dijo la mujer cerrando los ojos unos segundos para, instantes después, desaparecer en la oscuridad de la madrugada.

Andrés se quedó solo en medio del jardín, a mitad de camino de la fiesta. Se agachó, recogió las llaves que se habían caído sobre sus pies y dio inicio al trayecto de regreso al salón, intentando asimilar todo aquel tema de los «trullos». Por alguna razón y, aunque era una idea completamente loca, toda aquella conversación le parecía familiar y a pesar de que no la entendía del todo, lo que había quedado claro era que debía ir de viaje. «¡Italia!», pensó en voz alta cuando estaba a punto de entrar al bullicio de la celebración y recordó todas las veces que su madre había insistido en que aprendiera italiano en su empeño por que sus hijos dominaran varios idiomas. Intentó que Andrés, que ya hablaba español, inglés y francés a la perfección, aprendiera el italiano. Pero fueron sus hermanas las que terminaron por dominarlo, mientras que Dante prefirió el alemán y él le siguió los pasos… todo con tal de no tomar clases de italiano, pues por alguna razón olvidaba todo enseguida y, a pesar de que lo intentó, pues doña Sonia no aceptaba un «no» como respuesta, un par de clases después lo abandonó. Ahora pensaba en lo irónico que era que justo él, que no hablaba nada de italiano, tuviera que ir allí. Era una locura. Atrapado en aquellos pensamientos lo encontró Marcelo en la entrada del salón.

—Estás pensativo, hermano, te creía ya en el apartamento de la Marina. Es más de medianoche —dijo Marcelo tocando su brazo.

—Marcelo, esa señora que viene a leer las cartas en la terraza, ¿vive en el complejo? ¿Dónde puedo encontrarla? —preguntó Andrés ignorando el comentario que le había hecho Marcelo.

—¿Agatha? ¿La gitana? No, viene únicamente los jueves. Además, está en España hasta el próximo mes. Se fue ayer temprano. ¿Querías que te leyera las cartas? —dijo Marcelo en tono burlón.

—No bromees, quiero preguntarle algo. Acabo de verla en el jardín —respondió Andrés, que no encontraba gracia alguna en el comentario.

—Andrés, no bromeo. Es una empleada y no tiene acceso aquí.

Se marchó ayer, yo mismo firmé su salida porque tiene que renovar documentos en España y los pasajes aéreos los pagamos nosotros. Te garantizo que se fue ayer mismo. Debes haber visto a otra persona, hay una chica que cubrirá su ausencia, tiene veintitantos pero lleva turbante, bien podrían parecerse. Quizá la viste a ella —dijo Marcelo viendo que su amigo iba perdiendo el color a medida que él le daba explicaciones.

—Quizá, quizá estoy confundido. Creo que iré a lavarme la cara —replicó Andrés con rostro confundido.

Pasaron apenas unos segundos cuando se unió a ellos la novia, que con el ritmo de una canción movida los tomó a cada uno por un brazo y los llevó a la pista de baile. Marcelo le siguió la corriente enseguida lanzando un animado paso de baile al estilo de los años sesenta y Andrés por su parte intentó esbozar una sonrisa mientras buscaba desesperado con la mirada a Virginia en el salón. La música estallaba estruendosamente en sus oídos y apenas podía escuchar lo que Iveth le decía. La veía mover sus labios pero no podía descifrar sus palabras. De repente todo a su alrededor empezó a pasar muy lentamente, sentía que le faltaba el aire. Su mirada no lograba encontrar en ninguna parte de la pista de baile lo que estaba buscando y de repente escuchó el repique de una campana…

Capítulo 34

La campana repicaba incesantemente anunciando la partida del tren. Un joven miraba con creciente ansiedad el andén y subía sin prisa, consciente de la partida inminente del tren y oyendo los gritos desmesurados del conductor, que en ese momento recogía los boletos. La campana seguía repicando sin cesar e instantes después el paisaje del pueblo de los trullos se perdía en la distancia. Ante sus ojos, el Valle de Itria exhibía sus flamantes olivares florecidos bajo el candente sol del mediodía. Las nubes se deslizaban sin prisa en el cielo imitando copos de algodón atravesados por los rayos dorados que se despedían por todas partes. Y al silencio ensordecedor le siguió una voz ronca que anunciaba la llegada a Bari.

La escena se desvaneció de pronto ante sus ojos cuando Marcelo entró al baño de los hombres.

— ¿Andrés? ¿Estás bien? Virginia está afuera preocupada. ¡Estás pálido! —dijo Marcelo al encontrar a Andrés en el lavabo con el rostro húmedo y la mirada perdida.

— ¿Virginia? Hmmm… ¿Está afuera? La estaba buscando, no la encontré y vine a lavarme la cara. Estoy bien —respondió Andrés recuperando poco a poco la conciencia del lugar en donde estaba, aunque aturdido por la imagen que le devolvía el espejo que tenía al frente.

— ¿Seguro? Saliste de la pista de baile como quien escapa de un perro rabioso. ¿Cenaste algo? ¡Te aseguro que te ves muy mal! —replicó Marcelo con auténtica preocupación.

—Estoy bien. Salgamos. Si mi madre se entera de que estoy pálido, como dices, me hará irme a la cama —dijo Andrés intentando agregar humor a una situación que él mismo no tenía muy clara.

—Pues si no te manda a la cama doña Sonia, me encargaré de que lo haga Virginia, eh, que no pienso dejarte conducir así mi costoso carrito de golf prestado. Dame las llaves que se las doy a ella. ¡Sin protestar! —contestó un decidido Marcelo, que siempre había hecho el papel de guía del grupo.

Él obedeció y salieron juntos. Iveth esperaba con Virginia en el pasillo, pues habían pasado casi veinte minutos desde la abrupta salida de Andrés de la pista de baile. Al salir, el primer sorprendido por todo el alboroto fue él, que todo lo que podía recordar era el

vaivén de personas en la fiesta y su búsqueda infructífera de Virginia entre la multitud. Intentó normalizar la situación y se despidió con naturalidad de la novia dándole un tierno abrazo, después dio un apretón de manos al novio, que se había acercado al divisar la reunión improvisada en el pasillo. Finalmente tomó a una confundida Virginia de la mano, le dio un abrazo a Marcelo sin soltarla a ella y dio las buenas noches. Marcelo le recordó que sus padres estaban en la fiesta.

Había olvidado por completo aquello. No les había entregado las llaves de la casa ni las del auto, tampoco a Gabriela y Osvaldo. Era un desastre. Debía recomponerse, no sabía qué le había pasado, pero fuera lo que fuese tenía que sobreponerse a ello y, además, rápido. Se dirigió primero a Gabriela y Osvaldo, que bailaban, les entregó la llave de uno de los carritos de golf y una copia de las llaves de la casa. Luego se dirigió a la mesa donde estaban sus padres que se preparaban para partir. Hizo una señal a su papá que se le acercó de inmediato con disimulo.

—Papá, Virginia y yo ya nos vamos, como te dije. Aquí están las llaves. Por favor, te puedes encargar de… —dijo Andrés señalando a su madre con la mirada.

—Yo me encargo de tu madre ¿Estás bien? Te ves… —dijo don David sin poder terminar su comentario.

—Estoy bien, papá, mañana hablaremos —le interrumpió Andrés mientras acercaba a Virginia hacia él.

—Buenas Noches, don David, fue un placer —dijo ella tímidamente, esbozando una sonrisa.

—Buenas noches, el placer ha sido mío. Almorzamos mañana, Andrés y eso no es negociable. Sabes cómo se pone…—respondió él señalando también con la mirada a su mujer, que seguía distraída conversando a poca distancia.

Dejaron el bullicio, la música y la celebración atrás. Se marcharon en dirección al aparcamiento, caminando de la mano en un inquietante silencio que solo interrumpían las olas del mar que se estrellaban en la distancia contra el arrecife. Cuando ya iban a subir al carrito de golf, Virginia desafió sus instintos de quedarse callada y rompió el arrullo musical del océano.

—Andrés, ¿vas a decirme qué es lo que te pasa? —dijo ella con voz firme.

—Vas a decirme que me estoy volviendo loco —contestó él desviando la mirada a la bahía.

—Pues seremos dos, porque entre todas las locuras de este fin de semana, ya no sé cómo volver cuerda al trabajo el lunes. Me da

igual y quiero saberlo, una locura más no cambiará el escenario —dijo ella rememorando todo lo que había pasado en apenas cuatro días.

—No te preocupes, igual te lo voy a contar porque si no le digo esto a alguien, entonces será cierto que estoy a punto de ingresar al manicomio. Pero, por favor… tenía una sorpresa para ti, ¿puedo al menos terminar esta noche como quería, como quiero? —dijo él muy bajo, casi susurrando al final, girándose de repente para sostener con ambas manos su cintura, acercar su frente a la de ella y rozar apenas sus labios con los suyos al terminar de hablar.

— ¿Pero estás bien? —preguntó ella más calmada y ya deshecha por el súbito abrazo.

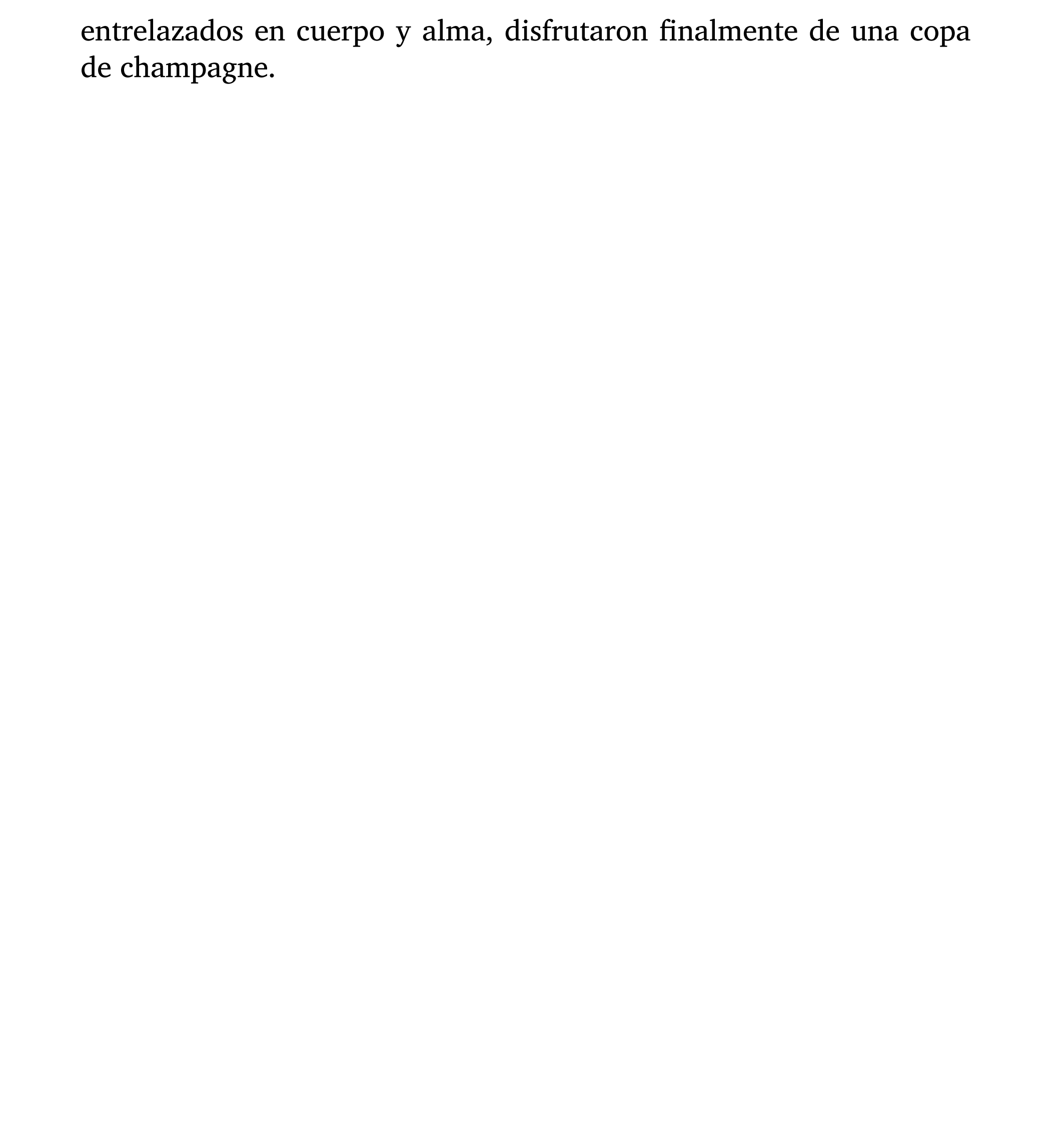
—Sí, pero yo que tú me quedaba las llaves igual. Eres libre de conducir. Vamos a la torre de La Marina —dijo él recuperando el humor.

La fiesta a sus espaldas se disipaba rápidamente y fueron perdiendo de vista a Paraíso Cian para, un par de minutos después, adentrarse en Paraíso Violeta, el rostro moderno de Villas Paraíso. Cuando llegaron a las torres, Andrés bajó una maleta diminuta del carrito y siguiendo las instrucciones de Marcelo, marcó en el elevador el quinto piso.

El apartamento catorce era una versión extravagante de un piso de soltero. La cocina moderna se unía a un gran salón con paredes frontales de cristal con vista a La Marina. Los muebles minimalistas en azul marino destacaban por las formas geométricas y las anclas de metal. Un pasillo los separaba de la exquisita habitación con una cama inmensa cercana al suelo y una multitud de cojines blancos, tal y como doña Sonia los hubiera escogido. Pétalos de rosas azules rebozaban la cama y salían despedidos por el suelo marcando la entrada al cuarto. Una botella de champagne cubierta de hielo descansaba en la mesita de noche, junto a dos copas que se acompañaban la una a la otra. A pocos pasos, el jacuzzi del baño burbujeaba incesante y las sales de lavanda perfumaban todo el lugar. Los recuerdos viajaron a la velocidad de la luz y pronto la falda de chiffon se peleaba con los pétalos azules por un espacio en el suelo. El corsé blanco desprendía aún más pétalos azules por toda la habitación y pronto ya no había más que recuerdos por desvestir.

Pronto quedaron en el olvido todos los eventos de la noche y, al primer contacto de sus cuerpos desnudos, las palabras fueron tan innecesarias como la ropa. Los edredones de algodón egipcio conservaron su espacio, pero los cojines y los pétalos ya estaban en cualquier parte de la habitación un momento más tarde. Y ellos,

entrelazados en cuerpo y alma, disfrutaron finalmente de una copa de champagne.



Capítulo 35

«Bari, Mercoledi 27 de aprile, 1932»

Se leía en un periódico que descansaba en la entrada de una librería en la calle Dante.

La ciudad delineaba una tarde fría pero radiante. Sus calles estrechas estaban atestadas de gente caminando en todas direcciones, él era uno más. Entró a la librería Laterza y tomó un libro que se anunciaba en el escaparate como la novedad, *Orgoglio e Prevenzione*. Era de una autora británica, Jane Austen. Lo abrió para hojearlo y se detuvo en una página del capítulo treinta y cuatro para leer algunas líneas:

«Ho lottato invano. Non c'è rimedio. Non sono in grado di reprimere i miei sentimenti. Lasciate che vi dica con quanto ardore io vi ammiri e vi ami.»

Fue a pagarlo y pidió que lo envolvieran para regalo. Antes, escribió una dedicatoria…

«Fiorella,

Ti aspetterò per sempre…

Il tuo Ignazio»

Unos días más y ella tendría la primera edición en italiano del libro en sus manos, y quizá se reuniría con él en Bari después de todo; de todos modos, él la esperaría por siempre, a pesar de que habían pasado dos semanas y no había recibido carta suya. Todo esto se lo decía a un dependiente que le escuchaba fingiendo simpatía mientras envolvía el libro con indiferencia. La campana de la iglesia repicaba escandalosamente y el tren de la tarde se acercaba a la estación. Salió de la librería y esperó a que bajara el último pasajero observando de lejos. Continuó su camino hasta una estación de correos para enviar el libro.

Escribió una dirección y el nombre de ella, estampó un sello y entregó el paquete. El repique de la campana redobló enérgicamente y, segundos después, él abrió los ojos.

Estaba otra vez sentado en el sofá de una oficina, era otra vez el común dominico-canadiense de siempre y volvía a llamarse Andrés. Una mujer rubia con gafas lo miraba extasiada. Estaba sentada frente a él con un cuaderno de notas y poco después inició la conversación:

— ¿Andrés? ¿Cómo te sientes? —dijo la mujer, que no cesaba de escribir.

—Normal —respondió él.

—Avanzamos mucho hoy. ¿Estás seguro de que te sientes bien? Estas regresiones pueden dejarte un poco confundido. Al menos me parece que ya sabemos su nombre… Fiorella. ¿Me llamarás si pasa algo? —dijo la mujer con tono preocupante.

—Sí, debo irme. Virginia me espera para ir juntos a la clase, supongo que nos veremos allá y podrás conocerla —respondió Andrés mientras se ponía de pie para marcharse.

—Allá los veré —contestó la mujer al despedirse.

Andrés salió de la oficina y tomó el ascensor repitiendo en voz baja «Fiorella…». Había pasado una semana desde la boda. Virginia y él habían regresado a la ciudad y al cotidiano ir y venir de sus respectivas vidas laborales. El domingo después de la boda habían pasado un día espectacular en Villas Paraíso, disfrutando la playa y la soledad que les brindaban aquellos que habían decidido marcharse temprano. Ellos lo hicieron el lunes muy pronto. Habían planeado reunirse para cenar, pero las cosas se complicaron y no volvieron a verse hasta el martes. Andrés no había olvidado lo ocurrido con Agatha y el repicar de la campana que lo había hecho perder por algunos instantes la conciencia de dónde se encontraba, y aunque no logró encontrar la ocasión para contarle a Virginia lo que había pasado, llamó a la persona que mejor pensó podía ayudarlo.

Ana tomaba clases de yoga en su grupo y ocasionalmente habían conversado sobre su trabajo. Ella era parapsicóloga y experta trabajando con regresiones; al menos así era como se describía en su página web, la cual Andrés exploró de principio a fin antes de decidirse a llamarla. No estaba seguro de lo que se trataba aquello que estaba ocurriéndole, pero definitivamente tenía que ver con el pasado. Con Virginia todo era tan natural y familiar para él, que haberle contado lo que pasó en la pista de baile no hubiera sido un problema, si él al menos tuviera idea de lo que había sido. Por eso decidió averiguarlo antes de decirle nada y empezó a tener sesiones con Ana.

La primera vez recordó las mismas imágenes que había visto en la boda… escuchó la campana repicar y empezaron a aparecer los paisajes de olivares en su cabeza. Ana le dijo que la campana era el detonante de los recuerdos y cualquier sonido similar era lo que despertaba a «Ignazio». Sintió deseos de contárselo a Virginia cuando se vieron para almorzar, pero no pudo. Nuevamente se verían en clase de yoga y pensó que tal vez ese era momento de contarle todo. La recogió afuera de su trabajo, minutos después de

dejar la oficina de Ana y se fueron juntos a la clase.

—Estás pensativo… ¿todo va bien en la oficina? —le dijo ella al ver que habían pasado unos minutos y ninguno de los dos hablaba.

—Sí, ¿quieres hacer algo al salir de la clase? —preguntó él cambiando inmediatamente la conversación.

—Podemos ir a mi casa, si quieres… Por cierto, acabo de enterarme de que debo salir de viaje la semana próxima. Debería regresar en una semana —respondió ella esperando una respuesta positiva.

—Podemos ir a tu casa, claro. ¿Y con respecto a ese viaje, me llevarás? Mis alumnos no regresan a clases hasta dentro de un mes y en la oficina todo está bajo control —dijo él ligeramente emocionado.

— ¿De verdad quieres ir conmigo? No crees que es… ¿pronto? —dijo ella sorprendida de que él quisiera acompañarla.

—No me vengas con eso, Virginia. ¿De verdad vas a empezar con esa tontería del tiempo? Ya te lo dije antes y te lo diré otra vez, no somos niños. Anda, dime a dónde vamos —respondió evidenciando que no aceptaría un no como respuesta.

—Es un viaje largo y repentino al que de seguro no te unirás. Tengo que ir a Europa. No es como ir a Nueva York o a Las Vegas. Iré a Italia. Mi oficina acaba de ganar un premio de la división y debo ir a la convención anual a recogerlo. Pensé que lo harían en Quebec a final de año, pero lo harán en la convención de ventas la semana próxima. Nunca he ido a Roma, así que estoy pensando en aprovechar que Noelia está con su papá y tomar unos días de vacaciones para conocer todo lo que pueda de Italia. ¿De verdad vendrías conmigo? ¿Así de la nada? —respondió ella sin ocultar la emoción.

Andrés tomó unos minutos para digerir todo lo que había dicho su acompañante. Después de escuchar a Virginia pronunciar la palabra «Italia», el restó fue solo ruido intermitente. Era una de esas coincidencias que no son coincidencias.

—Claro que iré contigo. No sé nada de italiano, pero te aseguro que no me aburriré mientras estés trabajando. De hecho, pensaba viajar a Italia uno de estos días, quizá de paso podamos ir a Bari… —dijo él mirando fijamente a su copiloto.

— ¿Bari? ¿Justo quieres ir a Bari? —dijo ella abriendo los ojos sorprendida y sintiendo un vacío inmenso en el estómago al recordar su propio sueño.

—Sí. ¿Por qué? ¿No te gustaría ir? —preguntó Andrés mientras aparcaba en el centro de yoga.

—Digamos que no tengo gratos recuerdos de Bari —respondió ella frunciendo el ceño.

— ¿Recuerdos? ¡Ja, ja, ja! ¡Pero si acabas de decir que nunca has ido a Italia! —respondió él sin poder evitar soltar una carcajada.

—En alguna parte leí que está lleno de fantasmas —dijo ella saliendo del automóvil visiblemente molesta.

La tarde dejaba atrás un dorado atardecer. Andrés y Virginia caminaron juntos a la clase de yoga. Se miraron sin hablar un par de veces y encontraron a Ana en el camino y ella sonrió al verlos. Andrés presentó a las mujeres y todos entraron a meditar.

Un par de horas más tarde, Andrés husmeaba en la habitación de Virginia mientras ella se daba una ducha. Él se había duchado en el centro de yoga, pero ella quería esperar para hacerlo en su casa. Esperó al principio en la sala y la cocina, pero, impaciente, siguió hasta su cuarto y con curiosidad recorrió cada rincón hasta detenerse en su mesita de noche al ver un título conocido. El libro en capa dura estaba escrito en italiano y rezaba con presunción *Orgoglio e Prevenzione, Jane Austen. Prima Edizione.*

Virginia salió del baño envuelta en una toalla blanca y al verlo hojeando el libro, sonrió.

—No te vayas a enojar. Es un regalo de Fernando. Me lo compró por mi cumpleaños hace mil años… Debió gastar un montón porque es una primera edición, así que entenderás por qué lo conservo. Está borrosa, pero todavía tiene la dedicatoria original de la primera dueña, hace tanto que no lo abro que ya ni siquiera recordaba ese detalle.

Virginia seguía hablando pero Andrés ya no escuchaba. Él ya había encontrado la dedicatoria por su cuenta…

Capítulo 36

El avión aterrizó en el aeropuerto Adolfo Suárez Madrid-Barajas, poco después de las siete de la mañana. El vuelo que los llevaría a su destino final al aeropuerto Leonardo da Vinci Roma-Fiumicino, partiría al día siguiente por la noche, así que pasarían ese día y el siguiente paseando por Madrid. Virginia había planeado una estadía corta en un hotel de la Gran Vía, y a pesar de que ya había visitado antes la ciudad, no quería perder la oportunidad de cenar en uno de sus restaurantes preferidos de todo el mundo, *La Favorita*. Había hecho una reserva para dos y estaba entusiasmada de llevar a Andrés a vivir la experiencia encantadora de escuchar ópera en vivo interpretada por los camareros y anfitriones del reconocido restaurante.

Pasaron gran parte del trayecto r avión profundamente dormidos. Virginia despertó una hora antes de llegar para descubrir que Andrés dormía recostado en su pecho y acarició su cabello con ternura pensando en lo lejos que estaba de aquel momento solo un par de semanas atrás. La convención de Virginia era de tres días, de los cuales, la mitad del primero y el último eran eventos sociales a los que Andrés podría acompañarla. Pasarían dos días más en Roma y luego harían un tour por el Valle de Itria en el sur de Italia; Andrés quería ver los olivos.

Virginia intentaba averiguar más del viaje, pero era inútil. Todo lo había planeado Marcelo con la asistente de Iveth, que seguía de luna de miel. Al verlo dormido, aprovechó para alcanzar los folletos que sobresalían del bolso de su computadora portátil a unos centímetros de sus pies. Se inclinó como pudo, intentando no despertarlo. El folleto exhibía en la portada una imagen que ya había visto antes, unos años atrás en el monitor de su vieja y olvidada *COMPAQ presario* y posiblemente antes de eso. Estaba viendo los trullos de Alberobello. Colocó los folletos en su lugar con miedo y sacó la terrible conclusión de que había estado hablando dormida y que Andrés lo había escuchado todo. No había otra forma de justificar que este pueblo desconocido fuera el destino de las vacaciones que estaban a punto de empezar. La única explicación lógica era que tal y como en su juventud, había estado hablando de más en las madrugadas. Decidió esperar para abordar el tema más adelante, no quería una discusión el primer día de viaje. El camino al hotel pareció corto por lo mucho que hablaron

sobre la siguiente parada, Roma, y todo lo que harían una vez allí, a pesar de que Virginia solo pensaba en cómo iba a explicar el origen de sus conversaciones nocturnas.

Un par de horas más tarde ya estaban entrando al hotel con sus maletas de mano para salir a pasear apenas unos minutos después. El Museo del Prado era una parada obligatoria y estaba a un par de cuadras, así que allí fueron inmediatamente. De camino, pasaron frente a la Iglesia de San Jerónimo y las campanas iniciaron su concierto del mediodía justo cuando la pareja admiraba la impresionante edificación. Andrés sintió cómo el sonido se adentraba en su cabeza mientras las campanas seguían repicando insistentes, provocando que se llevara ambas manos a los oídos intentando acallar el bullicio que se había desatado en su interior. Miraba a su alrededor y las imágenes se confundían con las de su sueño. De repente ya no estaba en Madrid y la desesperación comenzó a apoderarse de él.

Virginia tomaba fotografías con su teléfono y justo cuando le tomaba una a Andrés con la iglesia de fondo notó su extraño comportamiento. Se acercó a él con curiosidad y le preguntó si estaba todo bien, tocando levemente su hombro. Él parecía no escucharla. Seguía de pie allí, con los ojos cerrados y el rostro compungido como el de aquel que, en una prueba, intenta recordar la respuesta a una de las preguntas. Esperó unos segundos y lo intentó nuevamente, acariciando con ternura su mejilla y llamándolo esta vez con más energía.

— ¿Andrés? —insistió.

—Sí. Estoy aquí, estoy bien —respondió él tratando de convencerse a sí mismo de sus palabras.

— ¿Qué quieres decir con «estoy aquí»? ¡Sé que lo estás, te estoy viendo! ¿Seguro que estás bien? —respondió ella algo incrédula.

Las campanas de la Iglesia ya habían cesado su concierto improvisado. Andrés logró controlar el confuso momento respirando con profundidad y absorbiendo lo que ocurría a su alrededor, tal como hacía en su meditación. Esta situación, aunque desconocida para él, no sería más fuerte que sus años entrenándose para encontrar paz en su interior, y si lo había hecho antes, esta no sería la excepción. No obstante, estaba asustado, sabía que ella podría darse cuenta.

—Parece que me dolerá la cabeza. Debe ser el *jet lag*, quizá debamos almorzar, ¿está bien? La verdad no estoy de ánimos para museos —dijo algo aturdido.

Siguieron por la calle de la mano hasta encontrar un pequeño

restaurante y ordenaron el almuerzo. «Un tinto de verano no está de más», dijo uno de los dos, y se quedaron allí casi toda la tarde hasta que recordaron la reserva para cenar en el restaurante y regresaron al hotel.

Por alguna razón, cuando estaban juntos el tiempo era algo completamente irrelevante y el espacio que los rodeaba desaparecía por completo para dejarlos solo a ellos dos. Pasaba constantemente.

Ya en el hotel, mientras se cambiaban de ropa, Virginia sintió la urgente necesidad de preguntar lo que le preocupaba desde el avión.

—Andrés, estas noches que nos hemos quedado juntos, ¡y dime la verdad! Igual sabré si estás mintiendo… ¿He hablado dormida? —preguntó sin preámbulos.

—No, ¿por qué? ¿Yo sí? ¿Qué es lo que dije? —reaccionó él inquieto, asumiendo rápidamente que era él quien había estado hablando de más. «Es lógico, no puedo controlarlo completamente ni estando despierto», dijo para sus adentros.

—No hagas que este tema gire sobre ti, ¿quieres? Solo respóndeme, ¿qué es exactamente lo que dije? —dijo ella, interpretando como un intento de evasión su respuesta.

—No te he escuchado decir nada, ya te lo he dicho. Apenas hemos dormido juntos un par de veces. Y si he dicho yo algo, de seguro ha sido una incoherencia a la que no debes hacer caso —respondió él intentando suavizar el tono que estaba tomando la conversación.

Virginia quedó más confundida que antes y decidió olvidar por el momento algo que evidentemente no tendría un final feliz, y ambos partieron a su cena romántica, cada quien intentando descifrar al otro y creando sus propias historias sobre lo que realmente estaba ocurriendo. La luna, que ya se asomaba sigilosa en el cielo, los veía recorrer las calles de Madrid y sonreía escuchando los pensamientos que flotaban hasta ella, en la clandestinidad de la noche.

Capítulo 37

Cantar ópera era una de esas cosas que Virginia anhelaba poder hacer, pero no afinaba dos notas seguidas ni siquiera en la ducha. Por eso el encantador restaurante era una de sus lugares preferidos, pues se imaginaba cantando con la facilidad con que lo hacían los empleados de *La Favorita*.

Llegaron al número 25 de la calle Covarrubias poco antes de las siete de la noche y en la entrada esperaron a que les dieran su mesa. Otra pareja esperaba a solo unos pasos y los condujeron a ambos a mesas contiguas. Andrés distinguió una conocida cabellera rubia adornando la espalda de un vestido azul tenue, «demasiado largo y demasiado cubierto para ser ella» pensó, pero en pocos segundos se disiparon sus dudas cuando quedaron frente a frente para tomar asiento en sus respectivas mesas.

Aquellos inolvidables ojos azules, que ahora tenían una profundidad desconocida, lo miraron con genuino desconcierto. Cora no articuló palabra. Intentó hablar, pero todo lo que consiguió fue esbozar una sonrisa. Él estaba igual de confundido por lo extraño del momento y los acompañantes de ambos quedaron de pie esperando que alguien diera una explicación. El mesero seguía inclinado, invitando a Virginia a tomar asiento. Un poco más confundido que el resto, pero apurado porque el espectáculo empezaría en breve, interrumpió el silencio con un « ¿les parece bien la mesa o gustan otra?».

Andrés recordó todo lo que su padre le había enseñado acerca de los encuentros incómodos que eran inevitables y reaccionó con el mayor sosiego que pudo.

—Cora, han pasado algunos años. Me da gusto verte. Ella es Virginia —dijo sin más preámbulos inclinando levemente la cabeza al decir su nombre y tomando de la mano a su acompañante.

—Hola, Andrés. Mucho gusto, Virginia, creo que te recuerdo. Les presento a Diego, mi marido, ahora vivo en Madrid. Y por increíble que esto pueda parecer, Andrés es mi exmarido —dijo Cora, ya dirigiéndose a su pareja.

El camarero escuchaba atónito mientras tragaba en seco para repetir que podía conseguirles otra mesa. Fue Virginia quien, al ver que nadie tomaba una decisión, le deseó una feliz velada a la pareja y apretó la mano de Andrés para tomar una mesa en la esquina opuesta a la de ellos. No había mucha distancia, pero al menos no

escucharían sus respectivas conversaciones. Tomaron asiento. Enseguida Andrés ordenó una botella de vino y esperó a que Virginia rompiera el silencio incómodo.

—Cora se ve más joven que antes, ¿cuál será su secreto? —dijo Virginia mirando atenta a su interlocutor.

—Yo te diré su secreto: nadie le importa. No pienso hablar del tema un instante más y espero que esto no arruine la gran sorpresa que me ibas a dar al venir a un restaurante del que no había escuchado jamás —dijo sin titubeos Andrés.

—No estoy celosa, si es lo que insinúas. Pero la verdad es que tu ex es muy hermosa. No sé cómo lograste que te hiciera caso —respondió ella intentando minimizar el encuentro.

—Todas se vuelven locas por mí. En fin, ¿de qué se trata esto? La comida es mágica, dijiste —le contestó sonriente.

Pero en aquel momento, las gentiles teclas de un piano se apoderaron del lugar y de las escaleras inferiores salió una mujer delgada, vestida de camarera, interpretando un aria. Acto seguido, el camarero que antes ofrecía el pan, deleitó a los comensales con un fragmento operístico y comenzó la magia.

La noche se prolongó y pronto habían olvidado el inesperado encuentro que había dado inicio a la velada. La música llenó los espacios vacíos y la luna volvió a sonreír. Mientras tanto, en una mesa cercana, la rubia del vestido azul miraba de vez en cuando a la pareja de la esquina y no cesaba de preguntarse si había tomado la decisión correcta.

Ya no bailaba, ahora era ama de casa, Los treinta ya no eran la mejor edad para corretear en puntas, y en la noche de su última presentación en Madrid con el Ballet Nacional de Canadá, conoció a Diego, el empresario que había llevado la gira por toda España y a quien había visto en cada ciudad, en primera fila y en todas sus presentaciones. Se quedó en Madrid más tiempo del previsto y finalmente aceptó su propuesta de matrimonio un año atrás. Esa noche celebraban su aniversario. Diego miró a aquella sirena a quien llamaba «su mujer» y por primera vez sintió los años que los separaban. Ella hacía que se sintiera joven, pero esa noche lo hizo sentirse viejo. Sus cincuenta y tantos años jamás le habían pesado tanto como en aquel momento.

El malestar de un incipiente embarazo comenzaba a importunar a Cora, que no estaba acostumbrada a comer más allá de las verduras y proteínas aprobadas por su exigente academia de ballet. Se retiraron antes de que finalizara la función.

Andrés y Virginia, por otro lado y como ya era costumbre, se

habían sumergido en su propio mundo y presenciaban el espectáculo como si fueran los únicos espectadores. No fue sino hasta que todos los camareros juntos comenzaron a cantar el *Brindisi* de la Traviatta mientras distribuían copas de cava a los comensales que pusieron fin a la noche. Poco después de las diez de la noche salieron al jardín delantero del restaurante y Virginia no pudo evitar mirar a su alrededor buscando sin éxito a la rubia de azul.

—Parece que has perdido tu encanto, galán. No se han quedado para verte de nuevo —dijo ella buscando alguna reacción de su parte pero con más curiosidad que celos.

— ¿De verdad crees estar lista para hacer esas bromas? Eres terriblemente posesiva, digas lo que digas, así que mejor no hablemos de Cora. Hablemos de Italia. Mañana estaremos allá a esta misma hora, ¿qué crees que estaremos haciendo? —le inquirió sin inmutarse y desviando por completo el rumbo que estaba tomando la conversación.

—No soy para nada posesiva, es solo que no me gusta compartirlo todo. En cuanto a Italia, pues mañana estaremos a esta hora en la cena de bienvenida y quién sabe, tal vez te lleve de paseo luego a La Fontana de Trevi a lanzar unas monedas —dijo en broma mientras se abrazaba a él.

— ¿Unas monedas? ¿Así en plural? ¿Será tu forma sutil de pedirme que me case contigo? —dijo mientras le abrazaba por detrás con ternura, rodeando su cintura y besando su cabello suelto.

Ya estaban llegando a la puerta del restaurante para integrarse a la calle Covarrubias. Algunos comensales pasaban a su lado, ya de salida y conversando con soltura; otros disfrutaban la fresca noche de verano en las mesas dispuestas al aire libre por toda la terraza delantera.

Ella se detuvo; se dio vuelta lentamente con una sonrisa, dispuesta a regañarlo por su atrevimiento y, mientras lo hacía, sintió que aquellas manos que ya conocía bien bajaban de su cintura a sus piernas. Quiso hablar, pero debió bajar la vista… El resto del mundo desapareció por un instante, pues él estaba allí, arrodillado y ofreciéndole un anillo cuyo resplandor competía con el de la dueña indiscutible del fulgor de esa noche… Ella, la luna, que iluminaba cada rincón del jardín colonial, bañando con su luz plateada [e intemporal] a estos dos enamorados.

FIN DE LA PRIMERA PARTE-

Notas

1. El problema del año 2000, también conocido como error del milenio, problema informático del año 2000 (PIA2000) o por el numerónimo Y2K, es un error de software causado por la costumbre adoptada por los programadores de omitir la centuria en el año para el almacenamiento de fechas para economizar memoria, asumiendo que el software sólo funcionaría durante años cuyos nombres comenzaran con 19.

2. Juan Luis Guerra cantautor, compositor, arreglista, músico y productor dominicano, que ha vendido más de 30 millones de discos, y ha ganado numerosos premios, incluyendo múltiples Grammy Latinos y norteamericanos, varios Premios Latin Billboard. Autor de éxitos mundiales como “Ojalá que llueva Café”.

3. Alberobello está situado en el corazón de la Región Apulia -el “Tacón” de Italia- y es uno de los pueblos más extraños y pintorescos de Italia. Fundado en 1797, es actualmente un destino turístico de los más importantes del sur de Italia, se conoce por sus “Trullos”: edificaciones cilíndricas blancas con techos cónicos de piedra., que le hacen parecer un pueblo de cuento de hadas y duendes pues su belleza es casi “Irreal”.
4. AltaVista fue uno de los sitios más antiguos en la web. Fue lanzado en los primeros meses de 1995 y, en su momento, llegó a ocupar el primer lugar como índice de búsqueda. Google, que lo destronaría posteriormente, fue fundada un poco más tarde, en 1998.

5. Savasana, la postura de relajación, es uno de los ejercicios más importantes de la sesión de yoga. Aparentemente se trata de una postura sencilla pues no hay que hacer ningún esfuerzo, solamente tumbarse en el suelo, pero muchos maestros de yoga la consideran la asana más difícil. La complejidad no está en la forma de la postura sino en la actitud mental, en poder mantener la mente concentrada en las sensaciones del cuerpo cuando éste está

completamente relajado.

6. El Ho’oponopono es un arte hawaiano muy antiguo de resolución de problemas. Ho'oponopono significa “enmendar”, “corregir un error”. Según esta filosofía, todo lo que aparece en nuestra vida es un pensamiento, una memoria y se presenta para darnos una oportunidad de soltar, de limpiar, de borrar.
7. Morrnah Nalamaku Simeona (19 de mayo de 1913 - 11 de febrero de 1992) fue la creadora de la Auto-Identidad a través del Ho’oponopono. Fundó *Pacifica Seminars* en los años setenta. Fue reconocida como una Kahuna lapa´au (sanadora) en Hawái y distinguida como Tesoro Viviente por el Estado de Hawái en 1983.
8. Champán con licor de grosella, tradicional de Francia.
9. L'hymne à l'Amour. Letra e interpretación de Edith Piaf, música de Marguerite Monnot. Francia
10. Novela romántica cumbre de la autora británica Jane Austen.
11. Canción escrita e interpretada por el Cantautor Dominicano Jandy Feliz, producida y popularizada en los 90’s por la agrupación musical de Chichí Peralta y Son Familia.
12. Canción del cantautor Luis Fonsi e interpretada por él en un dueto con Juan Luis Guerra grabado en 2014.
13. “En vano he luchado. No quiero hacerlo más. Mis sentimientos no pueden contenerse. Permítame usted que le manifieste cuán ardientemente la admiro y la amo." Del libro de Jane Austen, *Orgullo y Prejuicio*.
14. La Fontana de Trevi es la fuente más grande de Roma. Sus orígenes se remontan hasta el s. 19 a.C. cuando esta fuente era el final del acueducto Aqua Virgo. Dice la leyenda que quien arroja una moneda de espaldas a la fuente de Trevi, se asegura su regreso a Roma. Según la tradición, si lanzas dos monedas en lugar de una, te aseguras encontrar el amor y, si arrojas tres, el matrimonio (o el divorcio si ya estás casado…).